

Volume 8, Number 3

Hipatia Press

www.hipatiapress.com



Homofobia y Orientación Sexual en Deportistas Federados en Cataluña:
 Inmersos en el Legado de la Heteronormatividad - Jordi García-Oriols
 & Xavier Torredadella-Flix 222

Taming the Volcano: Hegemonic and Counter-Hegemonic Masculinities
 in the Middle Ages - Miklós Hadas 251

Articles

Moustache for All: Do You Have? Can You Have? A Study of Roles,
 Stereotype, Crisis of Masculinity and Identity - Amit Kumar 276

La Violencia Masculina en la Pareja como Proceso Relacional: Un
 Desafío de Superación Cultural - Clarisa Martínez Bustamante, Rocío
 Ivonne Quintal Lopez & María del Carmen Amarís Macías
 307

A la Conquista del Cuerpo Equivocado - Elena Maria Gallardo Nieto
332

Reviews

Using Self-other Differences to Predict College Men's Willingness to
 Intervene: Assessing the Moderating Effect of Masculine Gender Role
 Stress – Josep Maria Canal Barbany..... 334

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

Homofobia y Orientación Sexual en Deportistas Federados en Cataluña: Inmersos en el Legado de la Heteronormatividad

Jordi García-Orriols & Xavier Torrebaddella-Flix¹

1) Universitat Autònoma de Barcelona, España

Date of publication: October 21st, 2019

Edition period: October 2019 - February 2020

To cite this article: García-Orriols, J., & Torrebaddella-Flix, X. (2019). Homofobia y Orientación Sexual en Deportistas Federados en Cataluña: Inmersos en el Legado de la Heteronormatividad. *Masculinities and Social Change*, 8(3), 222-250. doi: 10.17583/MCS.2019.4308

To link this article: <http://doi.org/10.17583/MCS.2019.4308>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CC-BY).

Homophobia and Sexual Orientation in Federated Athletes in Catalonia: Immersed in Heteronormativity Legacy

Jordi García-Orriols

Universitat Autònoma de Barcelona

Xavier Torrebaddella-Flix

Universitat Autònoma de Barcelona

Abstract

Nowadays, breaking with sexual diversity discrimination is a social requirement that is increasing. Thus, new theoretical frameworks have been appearing and being discussed but, scarcely, aren't known by society. Consequently, the heteronormative concept still remains on social contexts, from schools to sport stadiums. In this way, this study is focused on the homophobia grade analysis in different federated sports in Catalonia by the adapted version of Actitudes hacia la Diversidad en el Deporte scale (Piedra, 2016). Moreover, other personal factors (sex, age, sexual orientation) have been considered for the comprehension of this heterosexual masculinity pressure in society, in order to develop future socio-educative proposals to change this scenario.

Keywords: homophobia, heteronormativity, sport, sexual orientation, masculinity

Homofobia y Orientación Sexual en Deportistas Federados en Cataluña: Inmersos en el Legado de la Heteronormatividad

Jordi García-Orriols

Universitat Autònoma de Barcelona

Xavier Torrebaddella-Flix

Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen

La necesidad de romper con la discriminación hacia la diversidad sexual es cada vez mayor, y por ello, se cuestionan, se replantean y se agregan nuevos modelos sobre sexualidad que, desgraciadamente, no reciben la importancia social que deberían. Como consecuencia, el concepto de heteronormatividad o masculinidad heterosexual sigue impregnando los contextos sociales, desde escuelas hasta pabellones deportivos. De este modo, este estudio pretende analizar los grados de homofobia en distintas modalidades deportivas federadas en Cataluña mediante la adaptación de la Escala de Actitudes hacia la Diversidad en el Deporte confeccionada por Piedra (2016). Y además, son considerados otros factores personales (sexo, edad, orientación sexual y cambios) como ejes para la comprensión de la influencia de este marco heteronormativo a la que son sometidos los colectivos, con el fin de plantear futuras líneas de acción socioeducativas orientadas a cuestionar y cambiar este escenario.

Palabras clave: homofobia, heteronormatividad, deporte, orientación sexual, masculinidad.

Hasta el día de hoy se han definido y discutido distintos modelos en relación al género y la sexualidad que caracteriza a cada persona, y que a su vez, siguen siendo reajustados, acercándose cada vez más a estructuras conceptuales más complejas y más inclusivas, pero que no son conocidas por la mayoría de las sociedades actuales. Consecuencia de ello, la libertad sexual se ve condicionada por la falta de definición de un marco conceptual que realmente englobe a todos los colectivos.

Según Jackson (2006), el género define el rol social de los hombres y las mujeres de forma diferenciada donde cada cual se desarrolla dentro de una esfera de vida determinada y distinta a la del género opuesto, en la que también la identidad sexual se encuentra definida. Este fenómeno que se ha ido transmitiendo e incrustando con los años en la mayoría de las culturas occidentales mediante una cuestión de poder es explicado por Rich (1996). En él, se presencia cómo el poder del hombre ha condicionado las acciones de la mujer en muchos aspectos, desde los patrones de crianza, los roles en el hogar, hasta ser privadas de libertad, entre ellas, la sexual. Ésta, es claramente influenciada por la concepción sexual del colectivo masculino con el nombre de heteronormatividad. A raíz de ello, los aspectos que caracterizan a cada género de la misma forma que a la sexualidad, son regulados por este eje heterosexual normativo (Butler, 2004).

Junto con el de Butler y otros autores/as como Paglia (1992), el movimiento feminista desarrollado en las últimas décadas trata de romper y cuestionar, con el fin de construir más justicia e igualdad social, estos estereotipos que acompañan e identifican al sujeto desde el mero momento en el que nace solamente por el hecho de ser macho o hembra. Hardy & Jiménez (2001) destacan que ya es antes de nacer cuando el ser humano ya está condicionado por las propias expectativas de los progenitores, que ya han estado contaminados por el concepto de masculinidad, los cuales seguirán reproduciendo los modelos estereotipados de los que se emanciparon.

Aquí, deben ser consideradas las posturas críticas conceptuales de Jackson (2006) que tratan de responder a las complejas relaciones que existen

entre la diversificación de las identidades de género y las múltiples manifestaciones de la sexualidad; situación que invaden los imaginarios más allá de lo heteronormativo y lo heterosexual. Si bien la heteronormatividad es entendida como los modos en que una determinada sociedad impone las normas de relación sexual; la homofobia es la expresión –y mentalidad– de cualquier animadversión de la escisión de la norma y, en este sentido, no solamente se refiere a la homosexualidad, sino también a toda manifestación LGTBI. De aquí que el concepto de homohisteria de Anderson (2009), relativo al miedo de ser descubierto en público como homosexual y el alcance o inclusión de unas relaciones homofóbicas expresadas en sociedad, tenga una importante carga en las relaciones con los otros.

Este concepto de masculinidad no sólo se ha grabado en las esferas sociales, sino también en las deportivas y como resultado, actualmente no se encuentra ningún futbolista homosexual en la liga española por miedo “a salir del armario” (Gomar, 2017), a pesar de los esfuerzos de varias identidades como Acrópoli para luchar contra la discriminación LGTBI en el deporte (Garrido, 2017). Así, los avances de Piedra (2013, 2014, 2015) sobre heteronormatividad en España demuestran la presencia de esta situación, además de otros estudios que, aunque no se fijen en el mismo territorio, atienden a este enfoque (Silva, Jaeger & Valdivia-Moral, 2018). Consecuencia de ello, el objetivo de este estudio se centra en el análisis de sus efectos en el deporte federado en la comunidad de Cataluña, tratando de determinar su presencia, o no, en esta área, así como los niveles de homofobia en distintas modalidades deportivas. Garriga (2005) destaca la figura de niveles elevados de un concepto masculino heterosexual concretamente en el mundo del fútbol, y por ello, el estudio pretende, además, comparar y discutir las diferencias junto con otros deportes bajo los diferentes modelos teóricos sobre la sexualidad.

Marco Teórico

Resultado de la aparición de teorías críticas y reivindicaciones sociales en las dos últimas décadas, y con el fin de romper con esta construcción de una masculinidad con carácter excluyente, se ha logrado que el colectivo LGTBI deje de ser invisible para la sociedad.

De todos modos, por lo que al deporte se refiere, quedan abiertos nuevos enfoques que pongan al descubierto otras posibilidades de concebir una práctica deportiva no estructurada en el paradigma clásico del género (Vicente-Pedraz & Brozas-Polo, 2017). Y es en la educación física escolar donde tenemos la oportunidad de ensayar este tipo de prácticas alternativas y necesarias (Fuentes-Miguel, Pereira-García, López-Cañada, López-Samaniego & Devís-Devís, 2018), que normalicen y revindiquen una pedagogía contrasexual no excluyente.

Por otro lado, un claro ejemplo de reivindicación es la ley 11/2014 del 10 de octubre, con el fin de erradicar la homofobia hacia este colectivo y garantizar los mismos derechos planteada por el Parlament de Cataluña. El estudio de Carratalá (2017) destaca la importancia de los medios de comunicación en la construcción de los problemas sociales y la erradicación de la homofobia, los cuales sufren gran influencia del contexto político. Es decir, dentro del mismo entorno político existen situaciones de poder donde es presente la masculinidad. Así pues, la sociedad está contaminada de esta normativa masculina, incluyendo los medios de comunicación que, además, son una gran fuente de información para el resto de la ciudadanía.

Entonces, se presencian acciones legales para fomentar la inclusión y la ejecución de unos derechos para toda la ciudadanía - y sin exclusiones -, pero que, a su vez, también están influenciados por un eje de poder político sumergido en la heteronormatividad. Consecuencia de ello, modelos conceptuales sobre la sexualidad con un carácter más inclusivo no llegan a ser conocidos por la ciudadanía debido a los intereses de la masculinidad, y que son necesarios para fomentar la inclusión de todos los colectivos en la sociedad, tal como plantean Forbes (2014) y Killerman (2015).

El esquema teórico de Forbes (2014) plantea una definición conceptual de los individuos que forman parte de este colectivo a partir de dos categorías:

la identidad de género y la orientación sexual; incluyendo otros grupos como asexuales o queer (Figura 1).

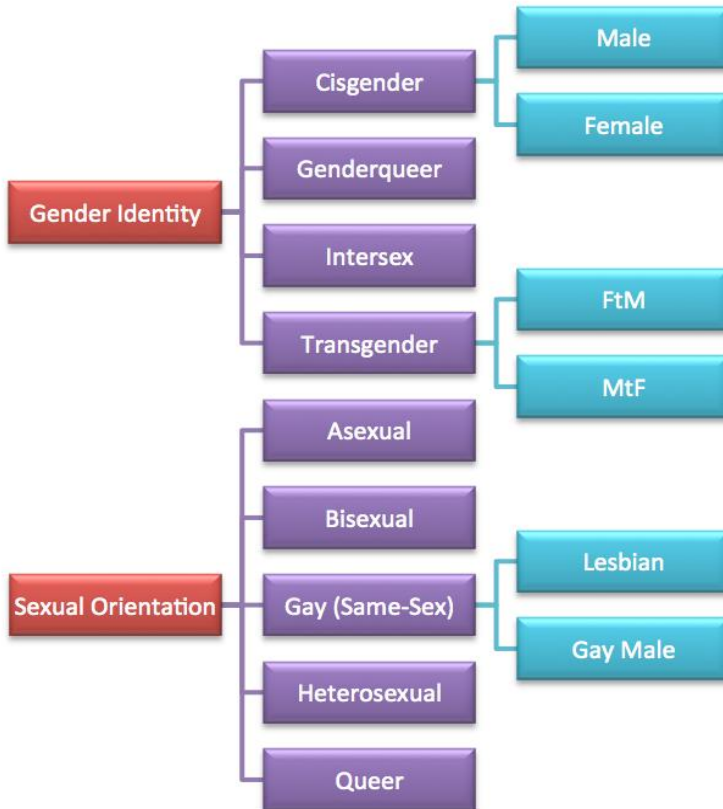


Figura 1. Esquema teórico Forbes (2014). Figura obtenida del Trabajo Final de PhD: A (short) primer on lesbian, gay, bisexual, transgender, and queer (LGBTQ) culture in America.

Pero existen otros planteamientos actuales, más inclusivos y completos como el de Killerman (2015) en *The complexity of gender: It is all that and more...In sum, it is complicated* (Keener, 2015), el cual desglosa la sexualidad de la persona en cuatro ejes: la identidad y la expresión de género, la atracción sexual, y el sexo biológico (macho/hembra). La primera y tercera (identidad y atracción) forman parte del eje cognitivo y emocional, mientras que la segunda (expresión) es parte de las formas de actuar de las personas (Figura 2).

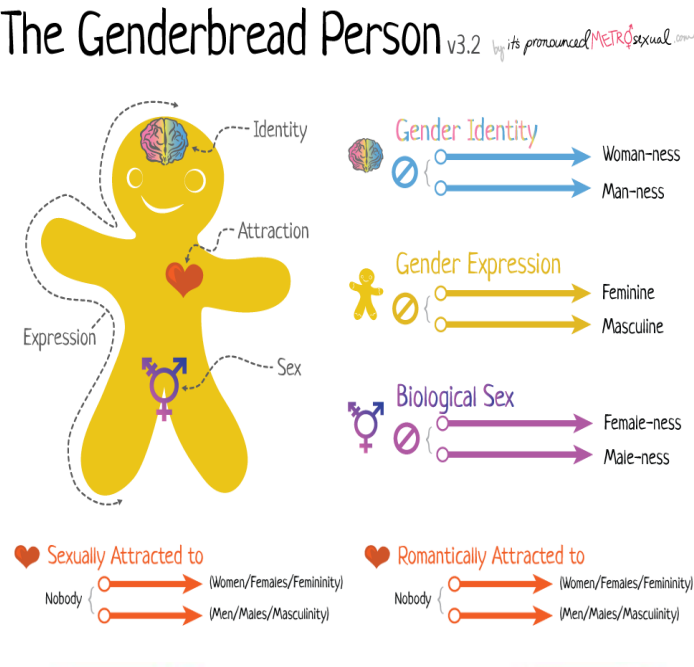


Figura 2. The GenderBread Person (Killerman, 2015). Figura extraída de “The complexity of gender: It is all that and more.... In sum, it is complicated” (Keener, 2015).

En tal sentido, en ambos modelos, es observable la existencia de una parte cognitiva o epistemológica y una parte de acción que define a los sujetos. Vermunt (1998) explica en su modelo teórico sobre los procesos de regulación de aprendizaje, cómo la parte de pensamiento o cognitiva influye o determina nuestras acciones desde un punto de vista académico. Por ello, extrapolando este concepto hacia el *lifelong learning*, más allá de la educación formal, puede entenderse que según cómo sea considerado el género y cómo uno se sienta, la identidad sexual será expresada de una forma u otra. Además, el propio autor (Vermunt, 2005), considera que existen un conjunto de factores contextuales y culturales que influyen en las formas de pensar y actuar. Asimismo, la heteronormatividad influye sobre el mismo sujeto, condicionando sus creencias, ideologías; y su propia identidad, influyendo a su vez, en sus formas de actuar. Por lo tanto, la identidad sexual y de género del sujeto se ve construida por un gran número de factores, que con el paso de los años se ha ido ampliando para representar al mayor número posible de colectivos e individuos. Pero a pesar de estos esfuerzos por crear nuevos esquemas teóricos más inclusivos, la mayoría de la sociedad no los conoce, y por ello, lamentablemente, no todos los colectivos son respetados y aceptados por ésta.

Distintos estudios demuestran la existencia de prejuicios del colectivo heterosexual sobre otros porque aún se encuentra sumergido bajo este ambiente hostil promovido por la heteronormatividad (Kyte & Bryant-Less; 2016). Así pues, distintos niveles de homofobia hacia el colectivo LGTBI son presentes en muchos contextos sociales.

El trabajo de Piedra, Rodríguez, Ries y Ramírez (2015), orientado al descubrimiento de la percepción de jóvenes universitarios españoles respecto la homofobia y el heterosexismo en las clases de Educación Física, el cual halló un elevado porcentaje de participantes que mencionó haber experimentado o presenciado comportamientos homófobos; plantea tres niveles de homofobia influenciados por los estereotipos sobre estos colectivos a partir de la construcción de la masculinidad:

- Homofobia Cognitiva: se refiere a los pensamientos y creencias de las personas sobre los colectivos diferentes a los que impone la norma heterosexual, es decir, el conjunto de prejuicios y estereotipos sociales.
- Homofobia Afectiva: conjunto de sentimientos de rechazo e incomodidad producidos por el eje de pensamiento anterior.
- Homofobia Conductual: entendida desde una perspectiva de comportamiento, el conjunto de acciones que reprimen o excluyen a colectivos distintos a los que rige la heterosexualidad (mediante agresiones físicas, verbales o rechazos).

Pero, concretando el interés de este estudio por el área del deporte federado, como ya se mencionó, esta heteronormatividad también está presente en prácticamente todos los contextos y sobre todo en el de la actividad física.

Esta masculinidad heterosexual, según Anderson (2014), está latente en el deporte con el fin de evitar la feminización del hombre potenciando una figura homófoba, estoica y fuerte que no muestra sentimientos, y que deja de lado a aquellos que no cumplen con las características que establece dicha norma. Estudios como el de Branz (2015) acerca de este papel de “machos” en el rugby lo confirma. Y, por lo tanto, todavía se identifican el machismo y la homofobia en deportes como éste y el fútbol que, si bien tienen sus elementos socio-genéticos anclados en una sociedad patriarcal (Elias y Dunning, 1986), ceden influencia y se debilitan ante las resistencias feministas actuales, como por ejemplo el movimiento *Me Too* o las alternativas culturales de la LiGay Nacional de Fútbol Society de Brasil - Brazil's National Soccer Society LiGay (De Jesús, 2018). Así, se trata de buscar aquellos símbolos culturales que potencian la virilidad y atribuyen el logro al hombre excluyendo a la mujer (Kimmel, 1997). Por lo tanto, aquellas personas deportistas que salen fuera de la normatividad impuesta por esta construcción masculina, siendo mujeres y cualquier otro colectivo fuera de estos parámetros, no son bien recibidas en las prácticas deportivas.

Piedra (2015, 2016), en España, y Zipp (2010), en Estados Unidos, llevan a cabo varios estudios en los cuales, por un lado, los primeros discuten los

niveles de homofobia de los deportistas; y por otro, la investigación americana, trata de analizar los motivos por los cuales ciertas prácticas deportivas potencian más la participación de unos colectivos y no de otros. Claro está que la presencia de la normativa heterosexual es determinante en ello.

En tal sentido, a partir de este marco conceptual, se destaca más que nunca la importancia del papel de la educación en la sociedad. Los estudios de Piedra (2013) y Piedra, Macías y Romero (2014) sobre las concepciones del profesorado y del alumnado ante la Educación Física, el género y la sexualidad, invitan, concebidos ciertos niveles de homofobia, a hacer hincapié en la necesidad de potenciar un conjunto de pedagogías críticas y sexuales que fomentan el pensamiento crítico y reflexivo en los sujetos, tratando de cuestionar estas estructuras impuestas por la masculinidad sobre las identidades sexuales.

McLaren y Puiggrós (1994), promueven educadores que cuestionan aquello que es considerado como “normal” o “real” por la sociedad y que ha sido determinante para el desarrollo y la existencia de muchas minorías: mujeres, inmigrantes, homosexuales, invitando al alumnado a reflexionar al respecto y romper con los estereotipos marcados.

Otro planteamiento, es la pedagogía queer, la cual, bajo la influencia del post-estructuralismo francés, dirige una crítica ante la heterosexualidad y la homosexualidad como ejes centrales que condicionan las estructuras sociales y las relaciones entre personas (Louro, 2001). Carrera, Lameiras, Cid, Rodríguez y Alonso (2015) reivindican la necesidad de potenciar un modelo pedagógico basado en la pedagogía crítica y pedagogía queer, y que ayude a entender la violencia que conlleva seguir las normas de género permitiendo a los estudiantes dudar sobre las mismas. Potenciando estas prácticas en el ámbito educativo, como sugieren Planella y Pié (2015), es indudable que otras áreas como la del deporte se verían beneficiadas.

Consecuencia de ello, y considerando los pocos estudios realizados sobre homofobia y heteronormatividad en el deporte en la península (Velez y Piedra, 2018; Vilanova, Soler & Anderson, 2018), y situando el foco de

estudio, tal como se mencionó, en Cataluña, donde aún es menor la indagación, esta propuesta se plantea la siguiente pregunta de investigación:

- ¿Existen niveles de homofobia en deportistas federados en Cataluña en los siguientes deportes: fútbol, baloncesto, waterpolo y balonmano?

La heteronormatividad está presente en el ámbito deportivo, tal como plantea Piedra (2013, 2014, 2015) y, a su vez, es encontrada más o menos participación de determinados colectivos en un deporte u otro según Zipp (2011), y por ello se han seleccionado distintos deportes de contacto. A partir de aquí se plantean las siguientes cuestiones:

- ¿Qué diferencias existen en los niveles de homofobia entre hombres y mujeres?
- ¿Qué diferencias existen en los niveles de homofobia entre los deportes seleccionados?

Además, teniendo en cuenta la propuesta teórica de Forbes (2014), se formula la siguiente pregunta según la orientación sexual:

- ¿Existe algún tipo de relación entre la orientación sexual, la edad, y las experiencias en nuevos clubes deportivos?

El factor contextual o el entorno influyen sobre la formación de la identidad de uno mismo, así como en la definición de su orientación sexual, y por ello, experiencias en nuevos entornos pueden generar cambios en las concepciones y creencias de los sujetos.

A raíz de ello, y considerando que, en el año 2017, se tramitaron 627.332 licencias deportivas federadas en Cataluña, el objetivo principal de este estudio empírico es identificar los niveles de homofobia de deportistas de clubes federados de esta comunidad autónoma en las cuatro modalidades deportivas de equipo con mayor número de licencias, así como identificar la relación entre otros factores personales (edad y género) y contextuales (experiencias) en la orientación sexual. A partir del marco teórico presentado se han planteado las siguientes hipótesis:

- Existirán niveles de homofobia cognitiva y emocional mayores que de homofobia conductual.
- Los hombres mostrarán niveles mayores de homofobia que las mujeres.
- Los deportistas que practican fútbol mostraran mayores niveles de homofobia.
- Se encontrará más diversidad en la orientación sexual de las mujeres que en los hombres.

Según Piedra (2015), la homofobia conductual ha disminuido con los años debido a los cambios legislativos; por lo tanto, los niveles en esta categoría deberán ser menores, pero podrán ser mayores en lo que a aspectos conceptuales y emocionales se refiere. En tal sentido, estos grados serán mayores en los hombres debido a la presencia de esta construcción masculina heterosexual. Por lo contrario, las mujeres, por lo que a su orientación sexual se refiere, se cree encontrar más diversidad por la necesidad de romper, bajo las riendas de distintos movimientos sociales y críticos (Butler, 2004; Paglia, 1992), con los esquemas heteronormativos.

Por último, Garriga (2005), en su estudio exploratorio habla de cómo la corporalidad y la hombría forman parte de un conjunto de sujetos que rodean el mundo del fútbol, bajo este marco masculino heterosexual construido. Dicho esto, es concebido que el fútbol invita a potenciar esta norma masculina.

Metodología

Muestra

Una muestra seleccionada de 201 (N) deportistas de clubes catalanes con licencia de la Federación Española en 2017/18, de entre 16 y 41 años, respondieron la adaptación de la Escala de Actitudes hacia la Diversidad Sexual en el Deporte de Piedra (2016). Jugadores (45,8 %) y jugadoras (54,2%) en activo de equipos de fútbol (27,4%), baloncesto (19,4%),

waterpolo (30,9%) y balonmano (22,4%), respondieron la versión en línea de este cuestionario anónimo.

Instrumentos

Escala de Actitudes hacia la Diversidad Sexual en el Deporte (EDSD)

Esta escala diseñada por Piedra (2016) se compone por 18 (versión reducida) o 32 ítems en una escala Likert del 1 al 5, desde Totalmente en desacuerdo (1) a Totalmente de acuerdo (5), que plantea un conjunto de enunciados acerca de las actitudes hacia la diversidad sexual en la práctica deportiva. Estos enunciados se agrupan en 4 sub-escalas acerca de la homofobia cognitiva y afectiva: actitudes cognitivas, actitudes hacia los estereotipos de género, actitudes hacia la transgresión y actitudes afectivas hacia la diversidad sexual en el deporte.

La ventaja de utilizar la EDSD como herramienta para medir la tolerancia a la diversidad sexual en el deporte viene concedida por la garantía de que, tras el trabajo preliminar de Piedra (2016), ha sido probada en otros significativos estudios (Piedra, 2016; Piedra, García-Pérez & Channon, 2017; Vélez & Piedra, 2018), y es precisamente el único instrumento que actualmente viene a corroborar la validez y fiabilidad para lo que fue diseñado: valorar las actitudes de los deportistas -propiedades psicométricas- en las diversas orientaciones sexuales e identidades de género en el marco del deporte. En este caso, se seleccionó la versión reducida de 18 oraciones del instrumento el cual fue revisado por un grupo de expertos que modificaron la formulación negativa de algunos ítems ajustando estos enunciados en forma de afirmación. Además, con el fin de realizar un cuestionario más completo y que incluyera los tres niveles de homofobia (cognitiva, afectiva y conductual) que plantea Piedra (2015), se agregaron tres ítems más acerca de la conducta de los deportistas hacia la diversidad sexual, que previamente fueron validados por este grupo de expertos, construyendo un cuestionario final de 21 ítems.

Por último, como parte inicial del cuestionario, se agregaron preguntas de carácter personal acerca de: edad, sexo (hombre / mujer), orientación sexual (homosexual/heterosexual/bisexual), deporte que practica (fútbol/ baloncesto / waterpolo / balonmano), cuándo inició su actividad deportiva en clubes, a qué edad se definió su orientación sexual (siguiendo los estadios de desarrollo evolutivo que plantea Piaget en Rice (1997), si existieron cambios en su orientación sexual a lo largo de su vida (sí/no), y si ésta, cambió al formar parte de nuevos equipos (sí/no). Así, el instrumento final se componía de una batería de ítems sobre factores personales, y un total de 21 ítems divididos en 5 sub-escalas.

Durante el período de mayo a julio de 2018, deportistas federados de las modalidades mencionadas respondieron la versión en línea del cuestionario mediante un enlace facilitado a través del correo electrónico o mensajería en redes sociales como Instagram, Facebook o LinkedIn contactando directamente con el/la atleta o mediante el contacto con su club como medio intermediario para proporcionar dicho enlace. Los datos obtenidos del cuestionario fueron introducidos a una base de datos del programa de análisis estadístico SPSS garantizando su total responsabilidad ética y confidencialidad de uso.

Resultados

Primero se realizaron los descriptivos para evitar cualquier pérdida de casos. Luego, mediante el análisis de fiabilidad de Cronbach, se construyeron las variables en referencia a cada sub-escala: actitudes cognitivas ($\alpha = .64$), hacia los estereotipos de género ($\alpha = .57$), hacia la transgresión ($\alpha = .67$) y afectiva hacia la diversidad en el deporte ($\alpha = .76$), y la homofobia conductual ($\alpha = .82$). La sub-escala de actitudes hacia los estereotipos de género se mostró $< .60$ y por lo tanto, debería ser revisada por su poca consistencia (Huh, Delorme & Reid, 2006). Aun así, ha sido considerada en este estudio ya que se trata de una escala que en su conjunto global obtuvo resultados satisfactorios ($\alpha = .90$). En relación al resto de sub-escalas, se obtuvieron valores que demuestran su consistencia interna.

Configuradas dichas variables, se prosiguió con el análisis de correlación de Pearson entre las sub-escalas, el cual mostró altos niveles de correlación significativa positiva entre ellas ($p < .01$). Además, para contrastar estos resultados, se llevó a cabo el modelo de regresión lineal para explicar esta relación entre los niveles de homofobia cognitiva y afectiva (sub-escalas de actitudes cognitivas ($M = 1.56$; $\sigma = .58$), actitudes hacia estereotipo de género ($M = 1.52$; $\sigma = .70$), hacia la transgresión ($M = 1.94$; $\sigma = .98$) y actitudes ($M = 1.79$; $\sigma = .81$) afectivas) respecto la homofobia conductual ($M = 1.23$; $\sigma = .64$). Así, en un 51% (R^2) de los casos, se explica una relación directa entre dichas variables, a excepción de las actitudes hacia la transgresión, donde la relación es inversa, es decir, a mayor puntuación de la variable de transgresión, menores son los niveles de homofobia conductual (Figura 3).

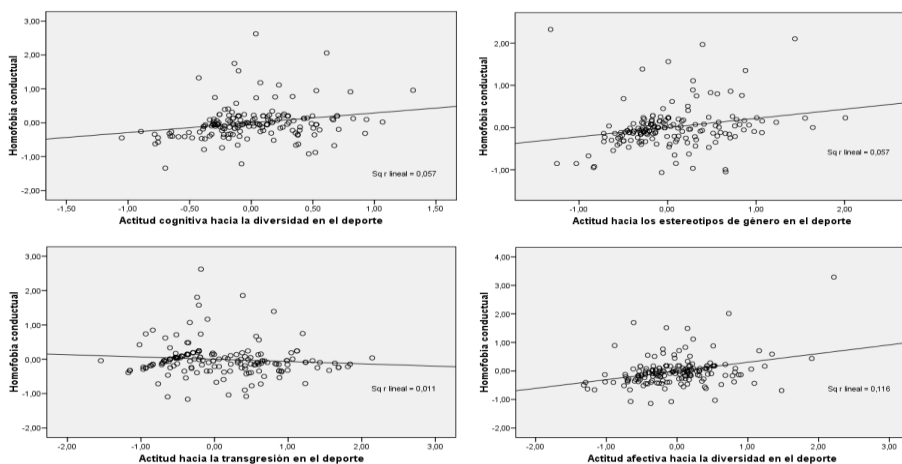


Figura 3. Gráficos de regresión parcial: homofobia conductual (variable dependiente) respecto las variables de homofobia cognitiva y afectiva. Elaboración propia.

Seguidamente, se llevaron a cabo un conjunto de análisis sobre los niveles de homofobia respecto las variables de sexo y modalidad deportiva. En relación

a la primera, mediante la prueba T para muestras independientes, se hallaron diferencias significativas entre hombres y mujeres según las puntuaciones obtenidas en todas las sub-escalas ($p < 0.05$), mostrándose, en los sujetos masculinos, los mayores de grados de homofobia (Tabla 1).

Tabla 1

Diferencias en el nivel de homofobia según sexo

	Sexo	Media	Desviación típ.
Actitud cognitiva hacia la diversidad sexual en el deporte	Hombre	1.85	.69
	Mujer	1.31	.30
Actitudes hacia los estereotipos de género en el deporte	Hombre	1.89	.77
	Mujer	1.22	.45
Actitudes hacia la transgresión en el deporte	Hombre	2.41	1.01
	Mujer	1.54	.76
Actitud afectiva hacia la diversidad sexual en el deporte	Hombre	2.19	.96
	Mujer	1.45	.41
Homofobia conductual	Hombre	1.42	.87
	Mujer	1.06	.24

Fuente. Elaboración propia

En referencia a la modalidad deportiva, siguiendo la comparación de medias ANOVA de un factor, se encontraron diferencias significativas en los valores

obtenidos en todas las sub-escalas respecto los distintos deportes ($p < .05$) a excepción de la sub-escala de homofobia conductual, donde no se identificaron disparidades.

En las pruebas *post hoc*, fue en la variedad futbolística donde se registraron mayores niveles de homofobia con diferencias significativas respecto waterpolo en las sub-escalas de actitud cognitiva ($M = 1.74$), actitud hacia los estereotipos de género ($M = 1.76$) y actitudes afectivas ($M = 2.20$), agregándose también en esta última diferencias respecto balonmano. Según Anderson (2009), los niveles de rechazo hacia la diversidad en waterpolo y balonmano son bajos en todas las sub-escalas (< 2), mientras que en la variable de actitud hacia la transgresión los niveles que se muestran son medios (entre 2.01 - 3) en fútbol ($M = 2.17$), y por último, también se mantienen dichos niveles medios respecto la actitud afectiva, de nuevo, en fútbol ($M = 2.20$) y baloncesto ($M = 2.06$). En tal sentido, fueron las modalidades de fútbol y baloncesto, destacando la primera, las cuales mostraron los mayores niveles de homofobia mientras que, menores en waterpolo y balonmano ([Figura 4](#)).

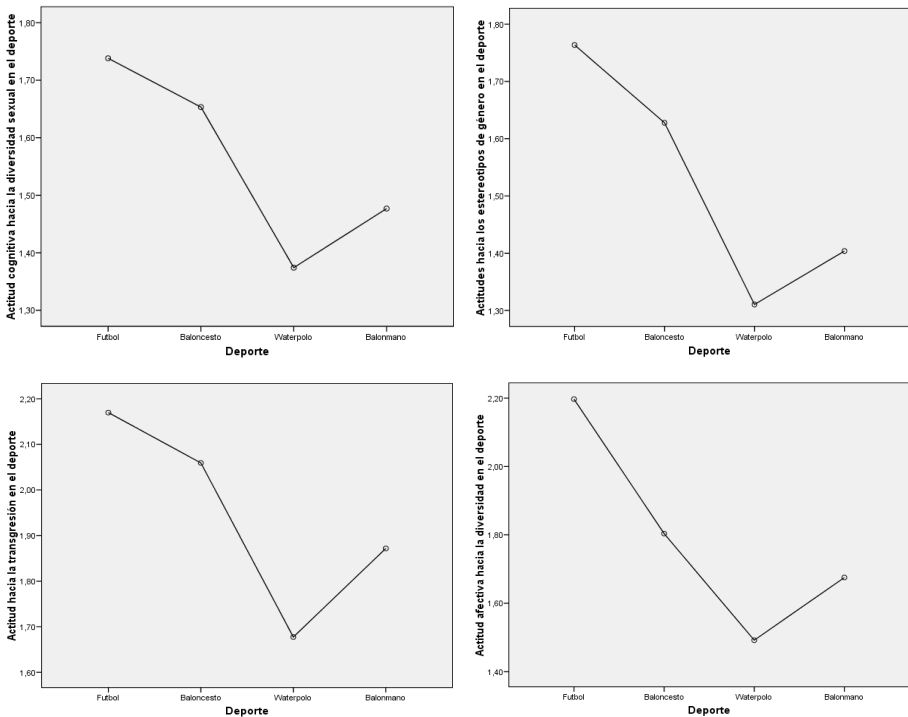


Figura 4. Gráfica de medias de los niveles de obtenidos en las sub-escalas según la modalidad deportiva. Elaboración propia

A posteriori, se prosiguió con el análisis de los factores personales: edad, sexo, orientación sexual y cambios. Respecto la edad, ningún tipo de relación fue encontrada aludiendo a los niveles de homofobia identificados.

Por otro lado, siguiendo el método de ANOVA anterior, diferencias significativas ($p < .05$) entre la orientación sexual respecto a las sub-escalas fueron identificadas, mostrando mayores niveles de homofobia en el colectivo heterosexual (83.1%) respecto al homosexual (9.5%) y bisexual

(7.4%) en referencia a actitudes cognitivas hacia la diversidad ($M = 1.61$), la transgresión ($M = 2.05$) y actitudes afectivas ($M = 1.87$). Respectivamente, otro dato relevante es la diferencia de porcentajes entre sexos en correspondencia con su orientación sexual. En el caso de los hombres, tan sólo un 3.3% se definió como homosexual y bisexual, mientras que en las mujeres, fue el 28.4%. Se debe mencionar, que no fueron halladas diferencias significativas por lo que hace a la orientación sexual de hombres y mujeres en relación con el deporte que se practica.

Haciendo hincapié en los cambios producidos en la orientación sexual del grupo de estudio, un 13.93% indicó haber sufrido cambios en ésta, de los cuales un 32.14% forma parte del colectivo heterosexual y un 67.86% del colectivo LGTBI. Cabe destacar que se identificó una correlación significativa positiva ($p < .01$) entre los cambios de orientación sexual sufridos a lo largo de la vida respecto a los cambios producidos en ésta cuando formaron parte de un nuevo equipo, de los cuales, un 57.1% de los casos, los padecieron entre los 13 y 18 años, en la adolescencia. Por lo contrario, no se halló relación entre estas variables y la edad de inicio en la práctica deportiva de la muestra.

Discusión

La finalidad de este estudio ha sido determinar los niveles de homofobia en deportistas de clubes catalanes federados en cuatro modalidades deportivas diferentes. Mediante la adaptación de la Escala de Actitudes hacia la Diversidad en el Deporte (EDSD) (Piedra, 2016) se obtuvieron las puntuaciones de los practicantes respecto la homofobia cognitiva, afectiva y conductual (Piedra, 2015).

Los niveles que mostraron este grupo de sujetos, considerando las subescalas de actitud cognitiva hacia la diversidad, hacia los estereotipos de género y la homofobia conductual, fueron bajos (< 2), según plantea Anderson (2009). El mismo Piedra (2015) menciona una disminución del grado de actos homófobos en el deporte debido a la aparición de nuevos marcos legislativos que regulan esta situación discriminatoria, y que se

reafirma en este estudio. Este marco de acción viene determinado por un eje epistemológico, es decir, existe una relación entre las creencias o concepciones y las acciones de las personas (Vermunt, 1998), y en este sentido, se encuentra cierta coherencia entre los bajos niveles de homofobia cognitiva que explicarían la conductual.

Por lo contrario, los niveles obtenidos respecto las sub-escalas de actitud hacia la transgresión y actitud afectiva hacia la diversidad, han resultado ser medios en el colectivo masculino (> 2.01), hecho que genera dudas en las formas de regulación que tienen los hombres ante la diversidad sexual a pesar de mostrar bajos índices en las escalas anteriores. Así, la primera hipótesis planteada, donde los niveles de homofobia cognitiva y afectiva serían mayores que los de conducta, ha sido aceptada. La implantación de leyes que luchen por la inclusión de todos los colectivos LGTBI en la sociedad puede explicar dichas puntuaciones obtenidas, pero que, aun así, en referencia a la homofobia afectiva, son niveles que sugieren cierto rechazo entre deportistas hombres en las esferas federadas.

Siguiendo esta línea, se encontraron diferencias significativas entre sexos, donde las mujeres mostraron niveles mucho menores que los hombres en todas las sub-escalas analizadas, a excepción de la de homofobia conductual, que confirman nuestra segunda hipótesis formulada. La presión que recibe el sujeto viril del marco heteronormativo en el ámbito deportivo le invita a promover el propio entorno en el que está inmerso (Kyte & Bryant-Less, 2016). Este entorno potencia un hombre varonil, impasible y que se rige por este conjunto de aspectos que la propia masculinidad heterosexual determina (Anderson, 2014; Kimmel, 1997). Así, la influencia del contexto social en el sujeto tiene un alto impacto en sus formas de desarrollo, pensamiento y acción (Vermunt, 2005). Asimismo, el propio Anuario de Estadística deportiva 2018 proporcionado por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, muestra una gran diferencia entre el número de licencias federadas en 2017 en España, donde sólo un 22.3% fueron mujeres mientras un 77.7% hombres.

Por lo que respecta a los niveles de homofobia entre los deportes seleccionados, confirmando la tercera hipótesis desarrollada; el conocido

como deporte rey en España, el fútbol, el cual ocupa alrededor de un millón de licencias de la Federación Española en 2017, mostró, con diferencia, la presencia de los mayores grados de homofobia cognitiva y afectiva. Garriga (2005) refleja la gran influencia de esta masculinidad heterosexual en el mundo del fútbol, donde los sujetos se sumergen en esta atmósfera y tienden a reproducir sus prácticas. Resultado de ello, son los hombres los que reciben más influencia y presión de este marco heteronormativo y por ello, indican tener un mayor grado de homofobia, e incluso rechazo a la aceptación de pertenecer a este colectivo LGTBI (Gomar, 2017). Si bien es pertinente considerar que recientes estudios de Vélez y Piedra (2018) con jóvenes futbolistas indican una tendencia a la mayor tolerancia de este fenómeno en el deporte.

También es destacable el papel que juega el baloncesto por el hecho que fue la segunda modalidad deportiva en indicar un mayor grado de homofobia ante la diversidad. Según fuentes del Consejo Superior de Deportes, en un estudio de deporte federado realizado en 2017 en España, el baloncesto se posicionó en segundo lugar, por detrás del fútbol, con el mayor número de licencias deportivas por federaciones. En cambio, la diferencia entre el número de licencias en waterpolo y balonmano respecto los dos anteriores es abrumadora. Dicho esto, se plantean varias cuestiones extradeportivas puesto que casualmente aquellos deportes que muestran tener mayor presencia de grados de homofobia son los que a su vez, mueven más masas, populismos, intereses y fondos económicos. En tal sentido, es evidente que el fenómeno de la masculinidad heterosexual va más allá de las esferas deportivas, tal como Butler (2004), Jackson (2006) o Paglia (1992) indican en sus aportaciones en relación con los roles de género sociales.

Consecuencia de este marco normativo, los resultados que se obtuvieron respecto a la orientación sexual son relevantes por el hecho que tan sólo un 16.9% de la muestra forma parte del colectivo LGTBI, factor que puede determinar la no aceptación de este grupo dentro del ámbito deportivo. Tal así, que son los propios sujetos heterosexuales los que indicaron tener los mayores niveles de homofobia. Además, sólo un 3.3% de los hombres de la muestra dijeron formar parte de los colectivos homosexual y bisexual,

mientras que en el caso de las mujeres es de una cuarta parte del total aproximadamente, confirmando la última hipótesis planteada, ya que la diversidad en la orientación sexual del sexo femenino es más amplia. De nuevo, al sector masculino es donde aparece un menor porcentaje del colectivo LGTBI considerándose el marco normativo heterosexual como el concepto causante al cual se le atribuirían los méritos porque promueve e invita a formar parte de ciertas prácticas deportivas a determinados miembros (Zipp, 2011) con características basadas en los términos masculinos heterosexuales. Este aspecto advertiría, considerando los párrafos anteriores, que las mujeres, a pesar de estar y haber estado sometidas durante siglos por este patriarcado, tratan de romper con estos estereotipos (Butler, 2004; Paglia, 1992) y, por ello, no sentirían la misma presión que el hombre en lo que a visibilizar su orientación sexual se refiere.

Por último, el estudio identificó una relación significativa positiva entre los cambios sufridos en la orientación sexual a lo largo de la vida del practicante y sus etapas en nuevos clubes. Un 13.93% de la muestra confirmó haber padecido cambios en su orientación sexual una vez habían entrado a formar parte de experiencias con nuevos equipos. Dos tercios de este porcentaje lo forman las mujeres, las cuales parecen mostrar más facilidad, a diferencia de los hombres, para generar cambios en su orientación según el entorno en el que se encuentran, fenómeno que podría deberse, otra vez, al marco heteronormativo. Pero, un aspecto relevante es el período en el cual se produjeron estas modificaciones en el interés sexual por determinados colectivos. Los datos revelan que en el 57.1% de los casos, se originaron en la etapa de la adolescencia, momento en que la persona transfiere su dependencia al grupo de iguales en un período de búsqueda de la propia identidad y de reivindicaciones (Aberastury & Knobel, 1970). Una vez más, la influencia del entorno (Vigotsky, 1987), como base de seres sociales que somos, es masiva en el desarrollo de la persona, desde su orientación sexual hasta su forma de actuar.

Conclusión

El afán ciudadano por romper con la discriminación hacia la diversidad sexual en las distintas esferas sociales requiere del cuestionar y criticar el marco heteronormativo y patriarcal en el que se encuentra inmersa la sociedad. De modo, en este estudio es demostrada la influencia mayúscula de dicha heteronormatividad en el ámbito deportivo siendo determinante, sobre todo, para el colectivo masculino. Los resultados obtenidos reflejan el poder de la masculinidad heterosexual en deportistas federados en Cataluña, siendo señalados los hombres y practicantes de la modalidad futbolística como los colectivos con mayores índices de rechazo hacia la diversidad sexual en el deporte.

Efectivamente, la principal percepción es que el mundo del fútbol es un espacio de dominación masculina, heteronormativo y marcado por una forma específica de masculinidad. Al respecto, se deben destacar dos aspectos sobre este deporte: ¿por qué las resistencias al cambio? y ¿por qué la importancia de esta homofobia subyacente? Algunas de las reflexiones para responder a estas cuestiones tienen declaradas bases sociales en los trabajos de Magrath & Anderson (2016, 2017); Magrath (2017).

Sin embargo, ante la constatación de las dificultades para abordar estudios que identifiquen la tolerancia a la diversidad sexual en el fútbol profesional -que deberían ser posibles-, el poder hacerlo en otros deportes y niveles, hace que cada día que pase, las resistencias en el fútbol sean menores.

Consecuencia de ello, junto con las indagaciones realizadas por Piedra (2013, 2014, 2015) y Garriga (2005) entre otros estudios, son planteadas varias cuestiones con relación a las líneas de acción que se están llevando a cabo desde las entidades deportivas. Un claro ejemplo es el de Acrópoli (Garrido, 2017) organismo que lucha en contra de la discriminación hacia el colectivo LGTBI en el fútbol. Pero a pesar de los esfuerzos, los signos de homofobia siguen persistiendo en el sector deportivo, hecho que invita a pensar que el concepto heteronormativo está incrustado en las demás esferas sociales. Por ello, se debe hacer hincapié en la obligación de la urbe por poner sus esfuerzos en el ámbito educativo como herramienta para trans-formar la sociedad.

El mismo estudio, no ha considerado para la adaptación del cuestionario todas las corrientes teóricas actuales sobre sexo, género y orientación sexual. Centrándose más en el planteamiento de Forbes (2014), ha dejado de lado aspectos del esquema The Genderbread Person de Killermann (2015) que son más inclusivos, pero que, a su vez, carecen de conocimiento por gran parte de la población. Por ello, el marco teórico utilizado en la construcción de los ítems que abarcan los factores personales se ha focalizado en el sexo biológico la atracción hacia el otro sexo, abandonando elementos de expresión o de identidad de género.

Es por esto por lo que este estudio, quiere reivindicar nuevos requisitos para la educación de hoy en día, invitando a desarrollar metodologías basadas en pedagogías críticas que introduzcan la reflexión al colectivo estudiantil sobre este marco masculino heterosexual con el fin de reprobos los fuertes lazos que lo conectan con la práctica deportiva. Carrera et al. (2015) y Sánchez-Ribera y Torredadella-Flix (2018) proponen la implementación de esta pedagogía crítica y de la pedagogía queer en los centros educativos para potenciar el desarrollo de futuros ciudadanos y ciudadanas que se cuestionen la normatividad impuesta por el paradigma social clásico. Esto es posible si se introducen prácticas transfronterizas propicias para discutir las limitaciones de los estereotipos sociales y diferencias de género establecidas y, por lo tanto, identificar los sucesos violentos subyacentes para evitar el reproducirlos.

De acuerdo con esto, se comprende que para erradicar el rechazo hacia la diversidad sexual en el deporte es necesaria una reducción coordinada a nivel de todas las esferas sociales, y para ello, el papel que juega la educación en este terreno es fundamental. De este modo, se invita a que desde todos los niveles educativos (educación primaria, universidad, formación para adultos), tanto formales como informales y no formales (en la práctica deportiva), se desarrollen este tipo de pedagogías que permita un desarrollo mucho más consciente de la propia identidad del individuo.

Referencias

- Aberastury, A., & Knobel, M. (1970). *Adolescencia normal*. Paidós: Buenos Aires.
- Anderson, E. (2009). *Inclusive masculinity: The changing nature of masculinities*. New York: Routledge.
- Anderson, E. (2014). *21st century jocks: Sporting men and contemporary heterosexuality*. Springer: Palgrave Macmillan.
- Branz, J. B. (2015). Ser Macho y Jugar al Rugby: Estudio sobre Masculinidades y Sociabilidad entre Hombres de Sectores Dominantes de la Ciudad de La Plata. *Masculinidades y cambio social*, 4(3), 298-320. Doi: <http://doi.org/10.17583/MCS.2015.1613>
- Butler, J. (2004). *Undoing gender*. New York: Routledge.
- Carratalá, A. (2017). La participación de la prensa de Cataluña en la construcción de la homofobia como problema social (2012-2014). *Prisma Social: Revista de investigación social*, (18), 365-392. Recuperado de <https://revistaprismasocial.es/article/view/1467>
- Carrera Fernández, M. V., Lameiras Fernández, M., Cid Fernández, X. M., Rodríguez Castro, Y., & Alonso Ruido, P. (2015). De las tecnologías del género a las tecnologías de la subversión, un desafío pedagógico para la educación social. *RES: Revista de Educación Social*, (21), 8-27. Recuperado de <http://www.eduso.net/res/21/articulo/de-las-tecnologias-del-genero-a-las-tecnologias-de-la-subversion-un-desafio-pedagogico-para-la-educacion-social>
- De Jesus, D. S. V. (2018). “Futebol é coisa para mano, mana e mona”? A LiGay Nacional de Futebol Society do Brasil. *Revista Periódicus*, 1(10), 343-372. doi: <http://dx.doi.org/10.9771/peri.v1i10.26521>
- Elias, N., & Dunning, E. (1986). *Quest for Excitement: Sport and Leisure in the Civilizing Process*. Oxford: Basil Blackwell.
- Fuentes-Miguel, J., Pereira-García, S., López-Cañada, E., López-Samaniego, V., & Devís-Devís, J. (2018). Más allá del binomio sexo/género: una propuesta pedagógica *trans-queer* en Educación física. En E. Lorente-Catalán y D. Martos-García (coords.), *Educación Física y pedagogía crítica: Propuestas para la transformación personal y social* (pp. 167-

- 192). Lleida: Edicions de Universitat de Lleida y Publicacions de la Universitat de València.
- Forbes, A. (2014). A (short) primer on lesbian, gay, bisexual, transgender, and queer (LGBTQ) culture in America. *Jury Expert*, 26(1), 15-24.
- Garrido, J. M. (2017). El plural. España: www.elplural.com.
https://www.elplural.com/politica/espana/por-supuesto-que-hay-futbolistas-gays-tenemos-constancia-de-ello_99329102
- Garriga, J. A. (2005). Lomo de macho: Cuerpo, masculinidad y violencia de un grupo de simpatizantes del fútbol. *Cuadernos de antropología social*, (22), 201-216.
- Gomar, I. (2017). El país. España: www.elpais.com
https://elpais.com/elpais/2017/06/09/viva_la_diva/1497017192_241257.html
- Hardy, E., & Jiménez, A. L. (2001). Masculinidad y género. *Revista cubana de salud pública*, 27(2), 77-88. Recuperado de
http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0864-34662001000200001
- Huh, J., Delorme, D. E., & Reid, L. N. (2006). Perceived Third-Person effects and consumer attitudes on prevetting and banning DTC advertising. *Journal of Consumer Affairs*, 40(1), 90-116.
- Jackson, S. (2006). Interchanges: Gender, sexuality and heterosexuality: The complexity (and limits) of heteronormativity. *Feminist theory*, 7(1), 105-121. doi: <https://doi.org/10.1177/1464700106061462>
- Keener, E. (2015). The complexity of gender: It is all that and more.... In sum, it is complicated. *Sex Roles*, 73(11-12), 481-489. doi: <http://doi.org/10.1007/s11199-015-0542-5>
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. *Masculinidad/es. Poder y crisis*, (24), 49-63. Recuperado de http://www.lazoblanco.org/wp-content/uploads/2013/08manual/bibliog/material_masculinidades_0434.pdf

- Kite, M. E., & Bryant-Lees, K. B. (2016). Historical and contemporary attitudes toward homosexuality. *Teaching of Psychology*, 43(2), 164-170. doi: <https://doi.org/10.1177/0098628316636297>
- Louro, G. L. (2001). Teoria queer-uma política pós-identitária para a educação. *Estudos feministas*, 9(2), 541. Recuperado de http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0104-026X2001000200012&script=sci_abstract&tlng=pt
- Magrath, R. (2017). *Inclusive Masculinities in Contemporary Football Men in the Beautiful Game*. New York: Routledge. doi: <https://doi.org/10.4324/9781315623689>
- Magrath, R., & Anderson, E. (2016). Homophobia in men's football. In J. Hughson, K. Moore, R. Spaaij & J. Maguire (ed.), *Routledge Handbook of Football Studies* (pp. 314-324) London: Routledge.
- Magrath, R., & Anderson, E. (2017). Football, homosexuality and the English Premier League. *The English Premier League: A socio-cultural analysis* (150-164). Inclusive Masculinity. The changing nature of masculinities. London: Routledge.
- McLaren, P., & Puiggrós, A. (1994). *Pedagogía crítica, resistencia cultural y la producción del deseo*. Buenos Aires: Aique
- Ministerio de Educación, cultura y deporte (2018). *Anuario de Estadísticas deportivas 2018*. p. 1 - 30. Recuperado de https://www.mecd.gob.es/servicios-al-ciudadano-mecd/dms/mecd/servicios-al-ciudadano-mecd/estadisticas/deporte/anuario-deporte/AED-2018/Anuario_de_Estadisticas_Deportivas_2018.pdf
- Ministerio de Educación, cultura y deporte. Consejo superior de deportes (2017). *Licencias y Clubes 2017*. (17). Recuperado de http://www.csd.gob.es/csd/estaticos/asoc-fed/licencias_y_clubes_2017.pdf
- Paglia, C. (1992). *Sex, art, and American culture: Essays*. New York: Random House, Vintage.
- Piedra, J. (2015). Gays y lesbianas en el deporte: discurso de jóvenes universitarios españoles en torno a su aceptación. *Movimento. Revista da*

- scola de educação física UFRGS, 21(4), 1067-1081. Recuperado de:
<https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/69014>
- Piedra de la Cuadra, J. (2016). Escala de Actitudes hacia la Diversidad Sexual en el Deporte (EDSD): desarrollo y validación preliminar. *Revista de psicología del deporte*, 25(2), 299-307. Recuperado de
<https://www.rpd-online.com/article/view/v25-n2-piedra/Piedra>
- Piedra, J., Rodríguez, A. R., Ries, F., & Ramírez, G. (2013). Homofobia, heterosexismo y educación física: percepciones del alumnado. *Profesorado: Revista de curriculum y formación del profesorado*, 17(1), 325-338.
- Piedra, J., Garcia-Pérez, R., & Channon, A. G. (2017). Between homophobia and inclusivity: Tolerance towards sexual diversity in sport. *Sexuality & Culture*, 21(4), 1018-1039. doi:
<https://doi.org/10.1007/s12119-017-9434-x>
- Piedra, J., Ramírez, G., & Romero, A. L. (2014). Visibilizando lo invisible: creencias del profesorado de educación física sobre homofobia y masculinidades. *Retos: nuevas tendencias en educación física, deporte y recreación*, (25), 36-42. Recuperado de
<https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/39659>
- Planella, J., & Pie, A. (2012). Pedagoqueer: resistencias y subversiones educativas. *Educación XX1*, 15(1), 265-283. doi:
<https://doi.org/10.5944/educxx1.15.1.159>
- Planella, J., & Pié, A. (coord.) (2015). *Políticas, prácticas y pedagógicas TRANS*. Barcelona: UOC.
- Rice, F. P. (1997). *Desarrollo humano: estudio del ciclo vital*. Maine: Pearson Educación.
- Rich, A. (1996). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. *DUODA: estudis de la diferència sexual*, (10), 15-48.
- Sánchez-Ribera, F., & Torredadella-Flix, X. (2018). La introducción del *netball* en la educación primaria. Hacia una didáctica crítica de las prácticas deportivas de género. *EmásF*, 9(53), 96-117.
- Silva, P., Jaeger, A. A., & Valdivia-Moral, P. (2018). Percepción de los estudiantes sobre comportamientos homofóbicos y heterosexistas en

educación física. *Revista de psicología del deporte*, 27(2), 39-46. Recuperado de <https://www.rpd-online.com/article/view/v27-n2-silva-jaeger-valdivia-et-al>

Vélez, L., & Piedra, J. (2018). Does sexuality play in the stadium? Climate of tolerance/rejection towards sexual diversity among soccer players in Spain. *Soccer & Society*, 1-10. doi:

<https://doi.org/10.1080/14660970.2018.1446002>

Vermunt, J. D. (1998). The regulation of constructive learning processes. *British journal of educational psychology*, 68(2), 149-171. doi: <https://doi.org/10.1111/j.2044-8279.1998.tb01281.x>

Vermunt, J. D. (2005). Relations between student learning patterns and personal and contextual factors and academic performance. *Higher education*, 49(3), 205-234. doi: <https://doi.org/10.1007/s10734-004-6664-2>

Vicente-Pedraz, M., & Brozas-Polo, M. P. (2017). Sexo y género en la contienda identitaria del deporte. Propuesta de un debate sobre la competición deportiva multigénero. *Cultura, Ciencia y Deporte*, 12(35), 101-110. doi: <http://dx.doi.org/10.12800/ccd.v12i35.881>

Vigotsky, L. S. (1987). *Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores*. La Habana: Editorial Científico-Técnica.

Vilanova, A., Soler, S., & Anderson, E. (2018). Examining the experiences of the first openly gay male team sport athlete in Spain. *International Review for the Sociology of Sport*, doi: <https://doi.org/10.1177/1012690218780860>

Zipp, J. F. (2011). Sport and sexuality: Athletic participation by sexual minority and sexual majority adolescents in the US. *Sex Roles*, 64(1-2), 19-31. doi: <https://doi.org/10.1007/s11199-010-9865-4>

Jordi García-Orriols es investigador de la Universidad Autónoma de Barcelona, España

Xavier Torreadella Flix es professor doctor en el Departamento de Didáctica de la Expresión Musical, Plástica y Corporal de la Universidad Autónoma de Barcelona, España

Contact Address: Direct correspondence to Universitat Autònoma de Barcelona, Facultat de Ciències de l'Educació,- Edifici G6, despatx 168, 08193- Bellaterra, email: franciscoxavier.torreadella@uab.cat

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

Taming the Volcano: Hegemonic and Counter-Hegemonic Masculinities in the Middle Ages

Miklós Hadas¹

1) Corvinus University of Budapest, Hungary

Date of publication: October 21st, 2019

Edition period: October 2019 - February 2020

To cite this article: Hadas, M. (2019). Hegemonic and counter-hegemonic masculinities in the middle ages. *Masculinities and Social Change*, 8(3), 251-275. doi: 10.17583/MCS.2019.4519

To link this article: <http://doi.org/10.17583/MCS.2019.4519>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License \(CC-BY\)](#).

Taming the Volcano: Hegemonic and Counter-Hegemonic Masculinities in the Middle Ages

Miklós Hadas

Corvinus University of Budapest, Hungary

Abstract

Relying to Norbert Elias' process sociology and the Bourdieusian theory of practice, this article intends to outline the beginnings of the long-term transformation of Western masculine habituses. First, it concentrates on hegemonic knightly masculine dispositions, pointing out how these patterns are structured by the uncivilized libido dominandi, i.e. by the more or less free indulgence in physical violence. Next, it scrutinises the counter-hegemonic dispositions of clerics, based on internalised violence control. Finally, it argues that there are several transitory figurations between the two ideal types, i.e. the borders between the knightly and clerical masculinities are blurred. Consequently, as a result of changing structural constraints, by the end of the Middle Ages hybrid masculine habituses are being formed.

Keywords: Middle Ages, uncivilized libido dominandi, long-term transformation, knights, clerics, hybrid habituses

Domar el Volcán: Masculinidades Hegemónicas y Contrahegemónicas en la Edad Media

Miklós Hadas

Corvinus University of Budapest, Hungary

Resumen

Basándose en la sociología de procesos de Norbert Elias y la teoría de la práctica de Bourdieu, este artículo pretende esbozar los inicios de la transformación a largo plazo de los hábitos masculinos occidentales. Primero, se definen las disposiciones hegemónicas caballerescas masculinas, señalando cómo estos patrones están estructurados por la dominación civilizada de la libido, es decir, por la indulgencia más o menos libre de la violencia física. A continuación, se analizan las disposiciones contrahegemónicas de los clérigos, basadas en el control de la violencia internalizada. Finalmente, se argumenta que hay varias figuraciones transitorias entre los dos tipos ideales, es decir, los límites entre las masculinidades caballerescas y clericales están borrosos. En consecuencia, como resultado de las restricciones de las estructuras que son oscilantes, al final de la Edad Media se estaban formando hábitos masculinos híbridos.

Palabras clave: Edad Media, dominación civilizada de la libido, transformación a largo plazo, caballeros, clérigos, hábitos híbridos

The earthly city was supported, it was believed, by two columns, and defended by two associated types of militia: the men who bore arms and the men who prayed to God. But what better place in which to pray than within the heavens of purity protected by the cloister walls? (...) Although the knighthood camped in the midst of Latin Christendom and held it firmly in its grip, it was the monks who reigned supreme in the enormous spiritual realm of mental anguish and religious fear. (Duby, 1981, p. 58).

By concentrating on the beginnings of a long story, this paper represents the initial phase of a larger work. The aim is to outline, from a birds-eye view, the thousand-year-long dispositional transformation of Western masculinities. My thesis is that as a result of changing structural constraints, violent hegemonic dispositions, conditioned by the knightly life, are gradually built upon by pacified and civilized counter-hegemonic dispositions, rooted in the clerics' existence. Following Pierre Bourdieu, I conceive of masculinities as habitus, i.e. the incorporation of durable behavioural patterns that govern human praxis at the non-conscious level. By being perceptible, these “structured, structural structures” are liable to social classification and differentiation. However, similarly to my earlier article (Hadas, 2016), I intend to prove that Bourdieu is wrong when he claims that “the constancy of habitus (...) is one of the most important factors in the relative constancy of the structure of the sexual division of labor” (Bourdieu, 2001, p. 95). I intend to emphasise the historically conditioned changeability and plurality of masculine dispositions. My aim is not to conceive of this process in terms of a linear story, but rather as a process of transformation during which, from period to period, different hegemonic and counter-hegemonic masculine dispositions emerge.

Besides Bourdieu, my most important reference is the process sociology of Norbert Elias. His opus magnum, *The Civilizing Process* (Elias, 2000), appeared in German in 1939, but was only released in English some thirty years later, after which it was translated into dozens of languages. In much of the world, it is now considered one of the most important sociological

books written during the 20th century. By analysing the long-term transformations in the behaviour of the secular upper classes in the West, Elias constructs a big-picture narrative about Europe as a whole. The core of his argument is that faced with external social pressures, people develop self-control mechanisms that suppress “uncivilized”, animal-like behavioural elements based on violence. These suppressions function as feelings of shame. Elias characterises the everyday activity of a knight and his wife in the following way:

‘He spends his life, we read of a knight, ‘in plundering, destroying churches, falling upon pilgrims, oppressing widows and orphans. He takes particular pleasure in mutilating the innocent. In a single monastery, that of the black monks of Sarlat, there are 150 men and women whose hands he has cut off or whose eyes he has put out. And his wife is just as cruel. She helps him with his executions. It even gives her pleasure to torture the poor women. She had their breasts hacked off or their nails torn off so that they were incapable of work’ (Elias, 2000, p. 163).

It is easy to understand the central thesis of *The Civilizing Process* if we reflect on the feelings and sentiments that overcome us while reading the above lines. No doubt, there is hardly any 21st century reader in whom the acts described in these sentences do not cause a feeling of embarrassment, confusion, puzzlement, abhorrence or shame. In other words, we have internalised violence control, which, according to Elias, is the decisive indicator of the civilizing process. After this description, he adds the following comment:

Such affective outbursts may still occur as unusual phenomena, as ‘pathological’ degeneration, in later phases of social development. But here no punitive social power existed. The only threat, the only danger that could instil fear was that of being overpowered in battle by a stronger opponent. Leaving aside a small elite, raping, pillage, and murder were standard practice in the warrior society of this time.

(...) Outbursts of cruelty did not exclude one from social life. They were not outlawed. The pleasure in killing and torturing others was great, and it was a socially permitted pleasure. To a certain extent, the social structure even pushed its members in this direction, making it seem necessary and practically advantageous to behave in this way (Elias, 2000, p. 163).

My third reference is Raewyn Connell, the most important researcher within the field of the studies on men and masculinities. As is well-known, the novelty of her approach was that since the late 1970s, s/he has concentrated on the plurality and changeability of masculinities. Her most frequently used term is “hegemonic masculinity”, i.e. “the configuration of gender practice which embodies the currently accepted answer to the problem of the legitimacy of patriarchy, which guarantees (or is taken to guarantee) the dominant position of men and the subordination of women” (Connell, 1995, p. 77). Nevertheless, Connell does not offer an fully-fledged analysis of the long-term transformation of masculinities. She covers the “history of masculinity” between 1450 and the end of the 20th century, in less than 20 pages: from the Protestant Reformation and the philosophy of Descartes, she passes via the issues of colonization, the growth of cities, gentry masculinity, the Boy Scouts of America, Bengalis in India to the “global gender order” of our time (Connell, 1995, pp. 185-203). Prior to offering this historical overview, sensing that her argument might not be sophisticated enough, s/he remarks: “What follows is, inevitably, only a sketch of a vastly complex history. It seems important to get even rough bearings on a history so charged with significance for our current situation” (Connell, 1995, p. 186). Similarly to Bourdieu, Connell also tends to ignore relations among masculinities that are not based on struggle or domination, but on co-operation and solidarity. Consequently, several decisive bonds within all-male communities (friendship; fanship; solidarity between soldiers, monks, classmates, members of subcultures, etc.) cannot be grasped through her conceptual framework.

To put it shortly, in the wake of Bourdieu, I conceive of masculinities as habituses conditioned in social practice. Following Elias, I assume that dispositional patterns are crystallised in the long run, as part of the Western civilizing process. My interpretation differs from the Bourdieusian approach inasmuch as I aim to take the structurally conditioned plurality of habituses into account. Unlike Elias, I intend to ascribe greater emphasis to the study of non-secular (i.e. clerical) dispositional patterns. Compared to Connell, the novelty of my analysis lies in the fact that it tries to grasp the historical dynamics of both hegemonic and counter-hegemonic masculinities.

Knights and Clerics

Feudalism, which crystallised across Europe in the Middle Ages, represented a social system in which groups of people gave up their autonomy, and for security's sake subjected themselves to the protection of other people. This brought about a feudal formation with the lord paramount at its peak (the king, after the emergence of feudal states). Below him were the vassals personally beholden to him, then the vassals of the vassals, the under-vassals. These relations created a web of dependencies, the basis of which was the granting of some fief (land, castle, office, or a tax collecting, minting, or juridical right, etc.) by the lord paramount. The cement that held these feudal relations together were the personal networks of interdependencies in which the obligation of fealty and loyalty to the superior were asserted.

Military service was the duty of the knights, a particular subgroup of the nobility that embodied hegemonic masculine dispositions. In Bourdieu's view, a man conditioned by the urges of the libido dominandi pursues activities throughout his life, "the extreme form of which is war" (Bourdieu, 2001). For mediaeval knights, Bourdieu's 'extreme form' is the everyday reality of their existence that is taken for granted. The main activities of the knights are nothing else but warlike practices in their purest sense, denoting brutal physical violence. In other words, contrary to the Bourdieusian terminology that refers to symbolic violence, the knightly habitus is conditioned by a monopoly on the more or less free indulgence in physical

violence. Hence it is possible to introduce the concept of uncivilized libido dominandi in this context to designate a masculine habitus structured around the desire to fight, which manifests itself in real, often cruel murders. These drives constitute the core, around which further layers of masculinities, like the scales of an onion, are superposed as a result of the long-term transformation of social interdependencies.

Knights were professional warriors whose status as vassals brought them landed property with tax-paying serfs. Besides, they usually possessed sufficient fortunes to cover the costs of deploying heavy cavalry. According to George Duby, a leading mediaevalist:

The vulgar dialect termed chevaliers [horsemen, knights] all men who sat high up on their war horses, looking down on the poor masses and terrorizing the monks. Arms and ability to fight – these are what brought them together. Some of them descended from the old nobility, (...) others were big village landowners. (...) The knightly class had been a disparate body; now it was more and more closely bound together by its privileges and its position at the peak of the political and social system. Its cohesion was due even more to a single type of behaviour, a single hope, a single set of virtue – those of the specialists in war (Duby, 1981, pp. 38-39).

In an ideal-typical sense, the knight was a young warrior; a valiant and cruel champion who organised his life around fights and adventures. He did not renounce mundane pleasures: he lived in hedonistic zeal, loudly, rallying in bands, maximising the risks, merrily in high spirits. He was basically optimistic. He did not curb his aggressive urges or sexual desires. He was proud of his masculinity and sexual performance; when he caught sight of a woman during his adventures, journeys or raids, he took her sexually without hesitation. He was proud of his manly feats, his many children. He had fierce fits of passion and effusions of emotions; his adrenaline and testosterone levels were high; he tried to avenge the tiniest speck on his honour immediately, and to amplified effect. He acted on instinct, not restricting his

savage, bestial impulses or uncivilized drives; he felt at home in transitional states and was accustomed to uncertainty:

Castle and manor, hill, stream, fields and villages, trees and woods still formed the background of their lives; they were taken for granted and regarded quite without sentimentality. Here they were at home, and here they were the masters. Their lives were characteristically divided between war, tournaments, hunts and love. (Elias, 2000, p. 181).

The knight's fundamental principle was to use every moment to give vent to his drives, to consummate pleasure and assert his strength, no matter how short his life might be. He took what he could: he acquired goods easily and squandered them just as easily. He was prodigal: he was in his element at festive rituals, knightly tournaments and bacchanals. He enjoyed being in a frenzy, revelling and wallowing in voracious pleasures. His cruelty was not only aimed at humans: he gladly killed game during hunts, and also took delight in causing pain, putting to the sword or torturing his victims. He was delighted to raze occupied settlements to the ground, and the cacophony of screams of the defeated was music to his ears. He spent little time at his home, whose primary function was to have a point of departure for his wars, adventures, conquests and plundering, and to have a place to return to with treasure. He was always on the move, away from home, for his life focused on arranging, often in an improvisatory manner, fights and physical struggle, sudden ambushes, battles and raids instead of the peace and quiet of the hearth.

As a matter of fact, a detailed examination would yield a somewhat more nuanced historical analysis of the knights. According to Elias:

There are three forms of knightly existence which, with many intermediate stages, begin to be distinguishable in the eleventh and twelfth centuries. There were the smaller knights, rulers over one or more not very large estates; there were the great, rich knights, the territorial rulers, few in number compared to the former, and finally

the knights without land or with very little, who placed themselves in the service of greater ones. It was mainly, though not exclusively, from this last group that the knightly, noble Minnesanger came. (Elias, 2000, p. 245)

We can distinguish two different ideal-typical forms of knightly existence: the predatory knight and the courteous knight. The former might be described as a mounted bandleader who hardly curbed his unruly energies, attacking savagely at the head of his troops, his urges propelling him toward conquest and seizure, i.e. the gratification of murderous drives. As a vassal of greater landlords, the courteous knight was obliged to subdue his impulses and internalise patterns of fidelity, solidarity and noble honour. The difference between the two ideal types can be traced to structurally conditioned dispositional factors that relate, first of all, to age and social position:

Youth were invited to prove their ‘virtue’ in the outside world so that families with women to marry off might promote the charade that these young men were capturing their brides by their own efforts. Even after they were married they could still tourney for a while. But once they took over their fathers’ seigneuries and became ‘new men’ (...) then they had to settle down, installed in the family house beside their ladies and bound to them (Duby, 1983, pp. 281-282).

However, from our birds-eye perspective it seems legitimate to accept that the dispositions of both the predatory and the courteous knights were essentially structured by the desire to fight and the drive for killing. Both intended to align their lives with the antique ideal of otium because they were first of all professional warriors who were most familiar with situations of war and tournaments. They were proud to stand aloof from ordinary people and the other estates by the privilege to possess and use weapons, as well as through their consistent display of courage and strength.

For historians of the Middle Ages, it is an axiom that the Church was present in all spheres of society during this period, that is, the: “identification

of the church with the whole of organized society is the fundamental feature which distinguishes the Middle Ages from earlier and later periods of European history” (Southern, 1990, p. 16).

Consequently, mediaeval society cannot be understood without taking into account the history of the Church. In this regard, “the Middle Ages is unparalleled in European history, this institution possessing several coercive monopolies: judicial, forensic, tax collecting, public administrative, including the most effective sanction: outlawry by means of excommunication” (Southern, 1990, p. 20). On the market for salvation goods, the Church also had exclusive monopolies and licenses: the duties and sanctions entailed by baptism determined both this-worldly and otherworldly existence. It proclaimed that human society was part of the God-created, eternal cosmic universe and that only the Church had adequate knowledge by which the divine logic of the cosmic order could be comprehended and the true path could be signposted. Entering this path held out the promise of eternal life and salvation – or else the miserable souls who succumbed to the lure of the devil were outlawed, excommunicated and cast into the depths of hell. It followed that the emperors, kings, lords and secular leaders had no other choice but to usher the people towards the path of Christian life. No alternative could be conceived of or exercised during this age.

The Church fought against sin, the devil and Satan and opined that it was the clerics who could do most to alleviate the wrath of God. Monks incorporated the ideal-typical cleric: they were ‘religious virtuosos’ (Weber 2002), wishing to organise their life according to God. They lived in religious communities under the rules of religious orders (*religiosi*), which were permanent and irreversible communities for life, the centres of mediaeval religiosity, severed from earthly existence. They were meant to assert and embody values and a lifestyle in accordance with God as a perfect and impeccable example in the extreme. The elements of monastic life, the tenets elaborated in the rules and holy books, the commentaries to the sacred texts, and the components of the value system that laid the foundations of monastic life were a model not only for all other ecclesiastics, but also for the laity:

Satan held his slaves prisoners by making them covet four things: meat and drink, war, gold, and women. Let men resist those temptations in preparation for the Day of Judgment. For centuries the monks had been doing just that: renouncing wealth, laying down their arms, fasting, observing continence. The Church now recommended that all Christians imitate the members of the religious orders, impose the same rules of poverty, chastity, peace, and abstinence on themselves and like monks, turn their backs on all that was fleshly in the world (Duby, 1981, p. 58).

With the help of its network of priests and parishes, the Episcopal Church tried to inculcate in everyday practice the examples incorporated by monks with the help of persuasion, control, punishments and threats, sometimes literally with fire and sword. That is, it tried to have this example internalised as a compulsory principle for living by means of the coercive techniques of the monopoly of domination. The monks' life followed the Rule of St. Benedict of Nursia (480-550), which, consisting of 73 chapters, was written as a guide for the autonomous Benedictine Houses. This 6th-century text regulated the daily life of the Benedictine Confederation, the earliest monastic community, which enjoyed considerable prestige for centuries. Its motto was *pax, ora et labora* [peace, prayer and work]. By the middle of the mediaeval period, the Benedictine Rule had been instated in most European monasteries and determined the patterns of daily religious practice. Its authority was stable and irrevocable. The ideal formulated by the Rule called on everyone to return to God, through the renunciation of one's own will and by arming oneself "with the strong and noble weapons of obedience" under the banner of "the true king, Christ, the Lord¹".

One chapter prescribed "absolute obedience to the superior without fear, hesitation, half-heartedness, grudging or answering back"; another recommended "moderation" in the use of speech. There were chapters that specified a graduated scale of punishments for "contumacy, disobedience and pride" by means of "private admonition, public reproof, separation from the brothers at meals, excommunication or even corporal punishment". The aim was total self-negation. Monks owned nothing and had to accept poverty,

illness and rigour to find their way back to God. The Rule had precepts for every detail of life, regulating the daily practices of silence and singing psalms, reading the prescribed books and receiving visitors. Each monk was to obey the 12 degrees of humility laying down the rules of everyday conduct, including refraining from laughing readily, confessing one's sins, and showing humility in body posture: "Chapter 7 treats of humility, which virtue is divided into twelve degrees or steps in the ladder that leads to heaven. They are: (1) fear of God; (2) repression of self-will; (3) submission of the will to superiors; (4) obedience in hard and difficult matters; (5) confession of faults; (6) acknowledgment of one's own worthlessness; (7) preference of others to self; (8) avoidance of singularity; (9) speaking only in due season; (10) stifling of unseemly laughter; (11) repression of pride; (12) exterior humility²."

The Benedictine monastery worked like a quasi-family with the abbot at its head in the manner of a *paterfamilias*. The monks, forming a fraternal community: "fought battles quite as real [as] the battles of the natural world; they fought to cleanse the land from supernatural enemies" (Southern, 1990, p. 224).

If we look at the activities at the centre of the knights' and the clerics' respective ways of life, the differences become apparent. While the control of violence was at the core of existence on the one side, it was hardly asserted on the other. In an ideal-typical sense, the knights were masters of fighting and war; their vocation in life was to defeat, annihilate, capture or plunder the enemy. On the other side, clerics found the meaning of life in the study of sacred texts, and by praying, teaching and leading their flock on God's path. As opposed to battle, murder and violence, they pursued a peaceful and pacified spiritual life on the basis of self-restraint and asceticism. They controlled their desires and suppressed their violent urges and aggressive impulses through the routine, repetitive ecstasy of monotony. Their days were spent in moderation, silence, humility and discipline. They lived in communities, subordinating their daily life to the divine will mediated by their *paterfamilias*.

The knight was at home in the carnal and physical world; he was socialised to improve his martial knowledge, to become an expert on warfare. His working tools were weapons: the sword, lance, dagger and other tools of killing; the rest of his accessories (armour, helmet, gauntlets, horse, etc.) also abetted his handling of weapons. By contrast, the cleric was not at home in the realm of the body; he was socialised to perfect his spiritual knowledge, and his main working tools included, first of all, words and prayers. The priest's cassock, the monk's frock and the bishop's cape were meant to signify the eternal spiritual hierarchy created by God. A cleric made a vow of chastity, that is, he mobilised immense inner forces to be able to stifle his sinful carnal and worldly desires. Constancy and stability characterised his life: he looked upon his earthly existence as a transition, a preparation on the road to his primary goal: salvation, i.e. entry into heaven and the attainment of divine bliss. He lived for eternity, and not for the moment, and thus deplored the drive for earthly pleasures and temporary happiness. He tried to protect the sacraments, entrusted to his care by God. He did not squander: he tried to render service, humbly. He was free from worldly vanity and ambition, and made efforts to forgive those who sinned against him. If need be, he produced or traded, begged or collected alms, or devoted his life to the care of the feeble, the outcast and the sick and provided the laity with salvation goods.

In the case of the knights, life was organised around this-worldly existence: the body, flesh, blood, physical strength, athletic performance. As for the clerics, their universe comprised otherworldly, spiritual, intellectual, symbolic and transcendental stakes and values. The knight's this-worldly existence centred on the body and the physical, most probably coupled with illiteracy and lack of education. By contrast, there was a good chance that the cleric was literate and educated. They mutually despised and disparaged each other: the cleric looked upon the knight from a position of intellectual superiority, whilst the knight scorned the cleric, convinced that his own physical skills and domination of this-worldly existence were superior to the spiritual and transcendental sphere. Contrary to the knight whose life was "divided between war, tournaments, hunts and love", the cleric was at home

in the house of prayer, in the church or in the monastery, i.e. places where the superiority of God was proclaimed. He hardly left the house of God: he existed in immobility, constancy, calm, humility and eternity, spending his days with work, prayers and vespers. He often uttered no words, bound by a pledge of silence. Silence and speechlessness helped him achieve gentleness and the absorption and introverted contemplation needed to achieve a more intense relationship with God and thereby gain a higher chance of receiving the gift of salvation.

The way of life of the monk aspired to spiritual perfection through disciplined asceticism that reached beyond the present: it was oriented towards heaven. That is, the monk existed teleologically, aiming at salvation goods to be collected, through this-worldly asceticism, for the afterlife. At the same time, these salvation goods had connotations for this-worldly life, as they exerted their effect in the here and now. It was the goal of the Catholic Church that striving for religious perfection should also become the organising principle of the laity in its this-worldly existence. Compared to the clerics, the patterns of the knight's life were more individual, as he gave himself more or less free reign to vent his urges, desires or libidinal impulses. Knightly communities were usually no more than temporarily constructed warrior bands of males bunching together to indulge in their libidinous drives. These fighting communities were not for life, irrevocably, as those of the monks. In other words, on the one side we have the ad hoc rallying of more or less free-ranging, present-oriented individuals hardly capable of controlling their impulses, while on the other we find the monastic community, a set of incorporated Christs, religious virtuosi aspiring to eternal life. Hence, in the Middle Ages - unlike in the modern period a few centuries later - the future was not yet a world conceived in terms of this-worldly stakes, but an afterlife that was to be interpreted in the context of a divine order to which only clerics were anointed. In other words, owing to the particular structural weight of the Church, clerics, internalising the patterns of the civilized habitus, created a pole of counter-hegemonic masculinity. (Unfortunately, as mentioned above, Norbert Elias ignored the clerical roots

of the civilized secularised habitus in his opus magnum. One of the aims of the present paper is to make up for this deficiency.)

Besides their relation to violence control, hegemonic knightly and counter-hegemonic clerical masculinities can also be distinguished by taking into account the types of habitus internalisation. For the cleric, there were no backdoors, loopholes or extraordinary occasions, for he pledged himself irrevocably and irreversibly: his life had no alternative in this world as its objectives could only be reached in the world beyond – in the form of salvation. It was thus a decisive element of the internalisation of the cleric's dispositions that he strove for religious perfection; his social position excluded the possibility of dispositional relaxation. In other words, the patterns of counter-hegemonic masculinity were internalised through total disposition drill. By contrast, the knight's duties of obedience were not as strong. Undoubtedly, he also subordinated himself to his lord, and in the network of feudal dependencies he had to fulfil his duties of vassalage as well as his lord's orders: in certain circumstances (on his manorial estate, in collaboration with his spouse, in the company of his overlords, in a courtly setting, etc.) he had to adapt to the civilized constraints of these relations. However, the knight had the possibility of dispositional relaxation: for example, when he was away from his lord or from his family, he could give vent to the drives of the uncivilized libido dominandi. In other words, the patterns of hegemonic masculinity were internalised through partial disposition drill.

Nevertheless, it seems prudent to close this sub-chapter with two remarks. First, it should be pointed out that – similarly to the knightly habituses – the social and dispositional universe of counter-hegemonic masculinities was also differentiated: in a more sophisticated analysis, diverging sub-variants and internal oppositions can thus be discerned. Let us take the difference between a parish priest and a monk: the dispositions of the former, living among the believers and performing administrative and other secular tasks, were far closer to those of the laity than to that of the monk. Furthermore, there were noticeable dissimilarities between Benedictines, Cistercians, Augustinians, Franciscans or Dominicans as far as their class embeddedness,

venue of activity, lifestyle, economic strategies, attitude to property and wealth, relations to the laity and theological references were concerned. At the same time, they all shared the common denominator of subordinating themselves to the strictest rules to acquire salvation in the world to come.

Second, the dichotomy between men driven by the impulse of uncivilized libido dominandi, on the one hand, and men suppressing these uncivilized urges on the other, sheds light on an omission in the models of Bourdieu and Connell, both of whom mainly ignore forms of male bonding. In fact, the monastic communities (and, in certain situations, the ad hoc bands of warriors, too) could be considered as archetypes of later all-masculine institutions based on collaboration and alliances of brothers, friends, brethren, comrades, soldiers, etc. For these men admitted into the community by an initiation ritual, there was always a common goal, a common cause above and beyond the individual, to which each member had to submit and, if necessary, sacrifice everything: wealth, manly delights, family, wife, and even life. The monk suppressed the urges of uncivilized libido dominandi not only because the abbot demanded it, but also because he lived in a community. He was not only obliged to obey the abbot, but also had to adjust to the norms of an all-masculine community. In other words, collective control created a structural constraint as far as the internalisation of dispositions was concerned.

Hybrid Dispositions

In spite of these opposing world views, the borderlines between the knightly and clerical masculinities in the Middle Ages cannot be drawn quite so clearly, and there were transitional, blurred zones between the two ideal types. First, the social background of knightly and clerical elites was mostly identical: powerful knights, high priests and superior monastics were most likely the offspring of noble families. It was quite natural for a king or prince or count to appoint his son or another descendant as bishop or abbot. Secular powers were happy to support religious orders, to found monasteries and to endow them with considerable estates. Chapters set up next to castles

primarily served to provide a place to live and a source of livelihood for redundant males, notably for illegitimate children who were otherwise excluded from the hereditary order. In the feudal society, organised along an intricate web of kinship relations, there was no sharp difference in the way of life of the clerical and lay elites: members of both groups were feudal lords, managed their manorial lands, collected taxes, rode and hunted.

By way of a specific example, the Benedictine monastery of Cluny in France, an elite within the elite, adopted the aristocratic stance that sullyng one's hands through manual work, ordered by God for slaves and peasants only, was unworthy of free people. Agricultural work, deemed inferior, was therefore left to serfs on the monastery's vast estates. Meanwhile, a number of priests who performed secular work (e.g. as lawyers or other officials) and executed various professional tasks became tied to this-worldly existence by a thousand threads. It was quite common for a priest or monk to have children in or out of wedlock, and priests often did not take interdicts issued by high ecclesiastical authorities all too seriously. For example, the popes banned knightly tournaments in vain, because, by the 13th century:

At least French priests seem to have been willing to ignore the papal strictures against tournaments, even to the extent of offering a special weekday liturgy to suit the occasion. No doubt they expected a generous level of oblations from their knightly congregation (Crouch, 2005, p. 72).

Another factor was that laic and ecclesiastical positions were often interchangeable over the course of a lifetime. The cause could be the search for penance, and it was not rare for someone to become "clerical" at the moment of death in the hope of salvation:

In 1234 Conrad, uncle and regent to the young Landgrave of Thuringia, joined the Teutonic Order. (...) Two years previously he had attacked the town of Fritzlar, massacring the inhabitants and burning down the church. Given time, he clearly regretted his actions and to show his repentance he offered himself to be flogged by

Fritzlar's surviving citizens; his decision to join the order may have been likewise a sign of his contrition" (Morton, 2013, p. 95).

Knights were uncertain and afraid of the eternal fire in hell and thus sought to ensure a peaceful transition for themselves from this world to the next. They regarded it as a sort of "post-mortem life insurance" to convert at last when they were nearing their final hour:

Virtually all lay Christians in the Middle Ages trembled at the thought of death and what followed. They busied themselves in finding ways of obtaining what Eamon Duffy frankly termed 'post-mortem fire insurance'. Duffy believes the late medieval parishioners he studies were overwhelmingly preoccupied with 'the safe transition of their souls from this world to the next, above all with the shortening and easing of their stay in Purgatory'. (...) All medieval folk knew that the punishment awaiting them on the far side of the grave was worse than anything endured on earth – the least pain of purgatory was commonly said to be more severe than the greatest earthly suffering (Kaeuper, 2009, p. 18).

The combination or even synthesis of the knightly and clerical realms was exemplified most perfectly by the religious military orders. These were founded for well-conceived, rational geo-strategic reasons. Before the 11th century, a constant military threat loomed over the Christian world on three sides: the Vikings to the north, the Slavs and Magyars to the east and the Arabs in the south. In this situation, it was strategically justified to set up an international military force that could take up arms against the foe. To this end, in 1095, Pope Urban II called on all the knights of the West to embark on the First Crusade. He asked them to join forces and go to Jerusalem, then under Muslim rule, to liberate the Holy Sepulchre. He held out the promise that those who went to war under the banner of Christ would be rewarded by having all their sins pardoned, and that the bishops would guarantee the safety of their property while they were away. It is also noteworthy that the crusading army of four divisions was placed under the command of a bishop.

Urban II and the theological authors of the time intended to legitimate the crusades with references to St Augustine and the military leaders of the Old Testament (mainly King David, Joshua and Judah Maccabee). They argued that St Augustine had differentiated between legitimate and illegitimate wars. A war was legitimate if centred on defence (in this case, that of Christianity), and the participants were not driven by the desire for personal gain or bloodshed, but by the pursuit of a true cause on legitimate grounds. In other words, the crusade served both pragmatic (this-worldly and military) and spiritual (otherworldly) goals and thus constituted a Christian justification and consecration of violence. In more trenchant terms: by promoting the crusades, the Catholic Church consented to murder. And the knights participating in these holy wars were not only able to perform their favourite activities - conquering, fighting, killing - but also to be acquitted of their earlier sins as well as those committed during the crusade itself.

One of the best known military orders was founded by the Knights Templars, who moved into the convent next to the Temple of Solomon (the Al-Aqsa mosque) in Jerusalem, submitting to a regime of poverty, chastity and obedience. Upon their request, St Bernard wrote his letter, in which the Cistercian abbot gave the Church's blessing to the activities of the order. The abbot's argumentation - a guideline of action for clerics - cropped up in later ecclesiastical manuals in pragmatic and simplified forms. St Bernard's letter was a masterpiece of rhetoric, containing in a condensed form all the arguments used by the clergy of his time to justify the war:

A new sort of knighthood, unknown to the world, is fighting indefatigably a double fight against flesh and blood as well as against immaterial forces of evil in the skies. (...) Truly the knight is without fear and totally without worries when he has clothed his body with the breastplate of iron and his mind with the breastplate of the faith. Indeed, endowed with both sorts of arms he fears neither demon nor man. Nor does he fear death, for he wishes to die. Why should he fear, whether living or dying, since for him life is Christ and death is reward? (...) Life brings its rewards and victory its glory, but a holy death is rightly considered preferable to both. 'Blessed are they who

die in the Lord', but how much more blessed are they who die for the Lord?" (Bernard of Clairvaux's treatise, 2013).

Urban II's initiative to launch a crusade and St Bernard's supportive attitude toward the knights were not without precedents. Pope Gregory VII, who was socialised in the Benedictine monastery of Cluny, opened so many war fronts during his reign between 1073 and 1085, that he was regarded as the "most warlike pope who ever sat in St Peter's chair" (Kaeuper, 2009, p. 13). He constructed his enemies along cosmic, material and ontological dimensions, locating them inside and outside the Church. He regarded the knights as "the army of Saint Peter" (*militia sancti Petri*) who could be deployed when the need arose against heretics and all sorts of foes of the Church. There were other occasions, too, when laics and clerics went to war together:

One bishop came to see Cid Campeador and told him, 'Today I said the mass of the Holy Trinity for you, then I left my village and came looking for you, for I would like to kill some Moors. I should like to do honour to my rank and to my own hands; and I want to be in the vanguard so as to strike all the harder'. When these prelates rode out on an expedition, helmets on their heads and lances in their hands, leading the armed band of young clerics from their church, the virtues of honour, loyalty, and valour were no less essential for them than they were to the knights they were about to face. Though they believed themselves responsible for God's peace, it did not mean they must refuse to fight" (Duby, 1981, p. 42).

Still, it cannot be stressed enough that the mediaeval Catholic Church was not monolithic. Consequently, its position on violence, war and knightly conduct was not homogeneous, either. Moreover, contradictory elements could be identified in a single person, too. Pope Gregory VII also proclaimed that "knighthood was a profession that 'can scarcely be performed without sin' and declared that a knight doing penance would normally have to set aside his arms while he atoned" (Kaeuper, 2009, p.13). There were

innumerable examples of clerics sharply criticising certain deeds of the knights and of knights in general. Pope Leo IX (1048-53) qualified the atrocities of the Norman knights in Italy as worse and more sacrilegious than the sins of the pagans. An early 13th century manual for priests accurately prescribed the questions confessors should ask about warfare. The confessors had to make it clear for the knights that they would have to atone for the sins committed:

The confessor is to ask if the warrior extorted any money or collected illicit exactions, whether he killed anyone and under what circumstances or with what motives. (...) Those who kill for avarice are as bad as idolaters. Warriors must not follow their worldly lord and condemn their heavenly lord. (Kaeuper, 2009, p. 14).

Alain of Lille (ca. 1128 - 1202), a prestigious Cistercian scholar, repeatedly lambasted the knighthood for its violence. In his book, entitled the Art of Preaching (*Ars predicandi*), he warned against knightly theft and violence:

Let him urge them to be content with their wages and not threaten strangers; let them exact nothing by force, terrify no-one with violence; let them be defenders of their homeland, guardians of widows and orphans. So, let them bear the outward arms of the world that they may be armed inwardly with the hauberk of faith. (quoted by Kaeuper, 2009, p. 14).

Searching for the dispositional basis of these interrelations, it can be argued that the fighting urge, the essence of uncivilized libido dominandi, was present on both sides. Both the knight and the cleric were destined to construct the world in terms of antithetical structures and to fight against enemies positioned on the negative pole. While the former fought and killed in a physical sense, the latter waged a symbolic fight against the enemy in this world and the next, and in this struggle he was ready to resort to the help of the secular knight. The knight and the cleric were thus allies, or, in a

structural sense, even accomplices. The knightly spirit infiltrated into the clergy while the spirit of the clergy imbued the estate of the knights. During this disposition circulation, the collectively grounded civilizing and disciplining drives of counter-hegemonic patterns were built upon the violent urges of hegemonic patterns. This is how the preconditions arose for the two universes to come gradually nearer to each other. From the 14th century onwards, the number of knights who were no longer illiterate but open and curious, familiar with both courtly and ecclesiastic culture, increased:

In the fourteenth century a growing number of men were members of both formations at the same time. On the one hand there were the clerks who had been thrust into profane activities and gradually contracted the worldly habits formerly codified solely for men of war, and on the other, the *milites literari*, or ‘lettered’ knights, capable of acceding to book learning and eager to widen their knowledge. The courts, where the same tasks were assigned to knights and clerks indiscriminately, as they were expected to possess comparable abilities, offered the best meeting place (Duby, 1981, p. 206).

This route of mobility was available for more and more knights towards the end of the Middle Ages. In times of peace, they got in touch with other knights and dames of more or less equal social standing at the princely courts. In this new environment, it became natural for the courteous behavioural patterns toward the sovereign to be applied to other members of court society. These expectations were put down in writing in the codes of chivalry and honour, which prescribed, apart from the fulfilment of loyalty and duties to the feudal lord, the requirements of largesse, chivalry, honesty and literacy. Besides, expectations concerning proper religiosity, protection of the Church, gallantry towards women, righteousness, patriotism, and brave conduct in face of the enemy were also prescribed for them.

During their socialisation, clerics for centuries internalised the patterns of the uncivilized libido dominandi with natural ease, but as time passed, social

constraints obliged them to suppress and tame these un-reflected urges. The primary tools of taming were obedience, discipline and rationally grounded asceticism, which they internalised as members of all-masculine communities. These were the patterns they had to disseminate among the lay groups of society. Undoubtedly, the laity was not capable of achieving the same level of self-control and self-mortification practiced by the religious virtuosi, yet aware of the threat of eternal doom, they more or less internalised various elements of the imposition of violence control, asceticism and obedience. Consequently, in the long run, uncivilized hegemonic dispositions, conditioned by knightly life, were gradually built upon by civilized counter-hegemonic dispositions, rooted in clerical existence. Hybrid masculine habituses therefore crystallised as syntheses of hegemonic and counter-hegemonic patterns. In other words, the foundations for dispositional hybridity were structurally conditioned.

Conclusion

This paper, concentrating on the opposition between two ideal-typical forms of habitus - the knightly and clerical masculinities - sought to focus on the beginnings, in the Middle Ages, of the thousand-year-long transformation of Western masculinities. Internalising the violent, uncivilized libido dominandi, the knights represented the hegemonic pole. Owing to the particular power position of the Church, clerics, challenging the hegemony of knightly patterns, incorporated the non-violent, civilized counter-hegemonic masculine habitus. Contrary to the knight whose life was “divided between war, tournaments, hunts and love”, the cleric was at home in the house of prayer, the church or the monastery, places where the superiority of God was proclaimed. Monks were obliged to obey not only their superiors, but also had to adjust to the rest of the ordained masculine community. It was the rational asceticism of the clerics, i.e. a teleological social practice focusing on the afterlife, which created the patterns of counter-hegemonic dispositions.

Knightly and clerical masculinities differed not only in terms of violence control, but also in the form of the internalization of the different dispositions. The cleric pledged himself irrevocably and irreversibly for life: his ascetic way of life had no alternative in this world, as it could only be reached in the world beyond - in the form of salvation. It was thus a decisive element of the cleric's masculinity that it excluded the possibility of dispositional relaxation. By contrast, the knight enjoyed this possibility of dispositional relaxation: when he was away from his noble lord, or he was not at home with his family, he could give vent to his primary drives: murdering with relish in wartime or during hunts, or womanising freely. Hence, the patterns of counter-hegemonic masculinity became internalised through total disposition drill, while those of hegemonic masculinity were internalised through partial disposition drill.

Finally, this paper argued that the foundations for dispositional hybridity were structurally conditioned. Between the two ideal types, there were transitional, blurred zones, a synthesis of the knightly and clerical realms that was exemplified by the religious military orders. The crusades served both pragmatic (this-worldly and military) and spiritual (otherworldly) goals and were thus interpreted as a Christian justification and consecration of violence. Thus, in a structural sense, the knight and the cleric were accomplices: the knightly spirit infiltrated into the clergy while the spirit of the clergy imbued the estate of the knights. During this disposition circulation, the martial urges of the hegemonic patterns were built upon by the collectively grounded civilizing drives of the counter-hegemonic dispositions.

Notes

- 1) See more in: <http://www.newadvent.org>.
- 2) See more in: <http://www.newadvent.org>.

References

- Bernard of Clairvaux's treatise for the Templars. In: Morton, N. (2013). *The Medieval Military Orders. 1120 – 1314.* (pp. 144-152). Harrow: Pearson.
- Bourdieu, P. (2001). *Masculine Domination.* Cambridge: Polity.
- Connell, R. W. (1995). *Masculinities.* Cambridge: Polity.
- Crouch, D. (2005). *The Tournament.* Hambledon and London: London.
- Duby, G. (1981). *The Age of the Cathedrals.* Chicago: University of Chicago Press.
- Duby, G. (1983). *The Knight, the Lady and the Priest.* Chicago: University of Chicago Press.
- Elias, N. (2000). *The Civilizing Process.* Oxford: Blackwell Publishers.
- Hadas, M. (2016). The Tricky “True Object”: Bourdieu's Masculine Domination and Historicity. *Masculinities and Social Change*, 5(3), 210-240. doi: <http://dx.doi.org/10.17583/mcs.2016.2029>
- Kaeuper, R. W. (2009). *Holy Warriors. The Religious Ideology of Chivalry.* Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Morton, N. (2013). *The Medieval Military Orders. 1120 – 1314.* Harrow: Pearson. *The Rule of Saint Benedict.* Retried from <http://www.newadvent.org/cathen/02436a.htm>
- Southern, R. W. (1990). *Western Society and the Church and the Middle Ages.* Harmondsworth, Middlesex, England: Penguin Books.
- Weber, M. (2002). *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism.* Los Angeles, California: Roxbury Publishing Company.

Miklós Hadas is professor of sociology and gender studies at the Corvinus University of Budapest, Hungary

Contact Address: Direct correspondence to Corvinus University of Budapest, Institute of Sociology, Fővám tér 8., 1093 Budapest, Hungria. email: miklos.hadas@uni-corvinus.hu

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

Moustache for All: Do You Have? Can You Have? A Study of Roles, Stereotype, Crisis of Masculinity and Identity

Amit Kumar¹

1) Institute for Development and Communication (IDC), India

Date of publication: October 21st, 2019

Edition period: February 2020 - June 2020

To cite this article: Kumar, A. (2019). Moustache for All: Do You Have? Can You Have? A Study of Roles, Stereotype, Crisis of Masculinity and Identity. *Masculinities and Social Change*, 8(3), 276-306. doi: 10.17583/MCS.2019.4080

To link this article: <http://doi.org/10.17583/MCS.2019.4080>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CC-BY).

Moustache for All: Do You Have? Can You Have? A Study of Roles, Stereotype, Crisis of Masculinity and Identity

Amit Kumar

Institute for Development and Communication (IDC), India

Abstract

Most people believe in a statement that ‘All men are same’, even most men have taken this thing for granted that at the end they are going to be entitled to the same statement. So most of them hardly try to question the basis of the same. A few men engaged in humanities or social sciences are aware of things; otherwise, most of the men merely step in this tangled zone of masculinity-femininity or the bigger picture as gender. It has been taken for granted that gender studies mean women studies, homosexuality is not even landed yet; there are no such concepts like masculinity/femininity/gender-inequality etc. Without questioning or inquiring the system, blindly believing later following whatever one has been asking to perform is the current state of role-performance of the society. Forget about gender equality. Still, men are not aware of how their deeds disadvantage their female counterparts. The paper investigates how sex-roles were assigned/imposed, implied and performed, and these sex-roles/stereotypes leads to identity assertion, conflict, violence etc. that results in disadvantaging women from their fundamental rights.

Keywords: masculinity, ecdysis of patriarchy, sex-roles, phallus- bigger the-better, homophobic-rhodophobic.

Bigote para Todos: ¿Tienes? ¿Puedes Tener? Un Estudio de Roles, Estereotipos, Crisis de Masculinidad e Identidad

Amit Kumar

Institute for Development and Communication (IDC), India

Resumen

La mayoría de las personas cree en la idea que "todos los hombres son iguales", incluso la mayoría de los hombres han dado esto por sentado. De esta forma, la mayoría de ellos apenas intentan cuestionar dicha afirmación. Unos pocos que están dedicados a las humanidades o las ciencias sociales son conscientes de dichas cosas; de lo contrario, la mayoría de los hombres simplemente pisan esta zona enmarañada de masculinidad-feminidad o la imagen más amplia de los géneros. Se da por sentado que los estudios de género significan estudios de mujeres, la homosexualidad aún no se ha alcanzado; no existen conceptos tales como masculinidad/feminidad/desigualdad de género, etc. Sin cuestionar o indagar sobre el sistema, se cree ciegamente en el desempeño de roles que ha ido construyendo la sociedad. Olvídate de la igualdad de género. Aún así, los hombres no son conscientes de cómo sus acciones perjudican a sus contrapartes femeninas. El artículo investiga cómo los roles sexuales fueron asignados/impuestos, implícitos y realizados, y como estos roles/estereotipos sexuales conducen a la afirmación de la identidad, el conflicto y la violencia. Lo que resulta en una desventaja para las mujeres y la consecución de sus derechos fundamentales.

Palabras clave: masculinidad, ecdisis de patriarcado, roles sexuales, falo- más grande, mejor, homofóbica- rhodofóbica.

Social-beings behave in a binary pattern, and every sphere of social-life is arranged in a binary-schema with well-defined boundaries and safeguards (social institutions) appointed to prevent any transgression. Social-institutions manage to place every being under the assigned role (based on biological sex, i.e., masculine and feminine roles for males and females respectively). This study discusses as for how following masculine roles not only disadvantage women but also become a problem for men too and to analyse these cognitive notions, stereotypes, society's expectation from men and their assigned roles by means of a binding framework. The targeted audience is the people, not accustomed to the disciplinary predicaments of humanities and social sciences. For instance, Young males (younger ones, who are just started adjusting with social systems), adult males (those are not familiar with the disciplines of gender, masculinity-femininity, patriarchy, sex-role division etc.). And last but not the least, the paper can be helpful to be used in social institutions (such as schools or any residential institutions) to make younger ones aware of such matters during gender-sensitisation programmes/campaigns. For instance, a model named Menstupidity ([Figure 11](#)) has been developed to address the social stereotypes of masculinities associated with body organs, which can help young males, to not become prey to toxic masculinity.

The paper addresses the characteristics (male-sex roles and roles transformed into stereotypes) that a man requires to fulfil the normative standards of masculinity. What are these characteristics, in what way and what limit one should possess these, and what can be the consequences, if one is not able to meet the defined criterion or what happens if one takes this privilege of being men for granted? With such intent, the paper deals with the theoretical assessment of the issues, presented in a cynical couplet form and the way these normative masculine roles/standards are being assigned, imposed or implied so far. An effort has been made to understand these issues through the lens of literature and to analyse the practicality of the same.

Theoretically, the paradigm shifts in masculinity can be traced as aligned to Kuhn's model of paradigm shift ([Figure 1](#)). Male sex-roles have been assessed accordingly under the stage of the current masculine

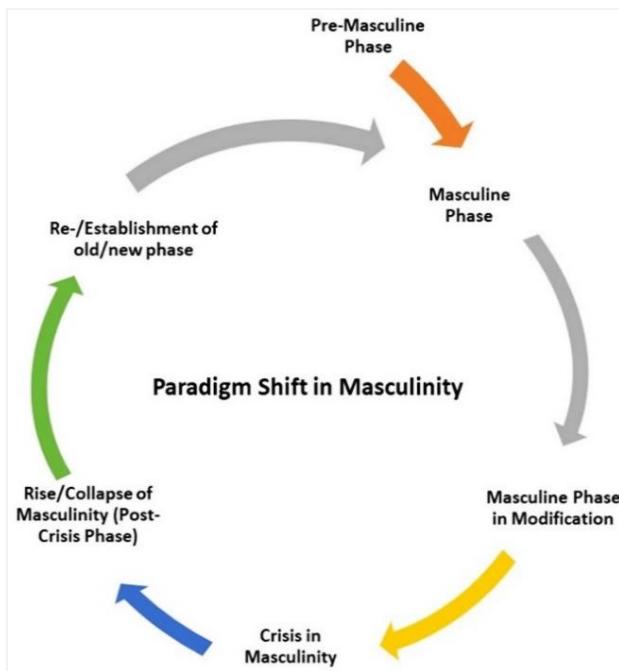


Figure 1. *Paradigm Shift in Masculinity.*

paradigm. It has been observed that the masculine phase has been targeted by anomalies and suffering from the crisis stage. The first section of masculine paradigm explains all the male-sex roles; those have turned into stereotypes (popularly called toxic masculinity). The second section discusses how the anomalies have brought the masculine paradigm on the verge of crisis. The last section elaborates the crisis stage of masculine identity following suggestions and conclusion. The final two stages (Figure-1), i.e., the Post-crisis phase followed by a new paradigm/model aren't predictable as it depends on society to decide that what kind of paradigm they want to live in. The actions of today will be structuring the new paradigm.

The study intends to cover all socio-cultural aspects and sphere, on which these masculine traits are being practiced such as caste, class, race, ethnicity, and religion-based hierarchies in order to assess dynamics of the power accumulation (resources based), control (control of women and other

marginalized sections; marginalised section includes all genders deprived of fundamental rights and necessities) and practice (in the form of assertion), as Indian society is channelised by caste-based division and control of power is mainly in hands of males. The analytic section relies on example from both local (Indian) and global level to provide a general position of masculinities throughout the world as patriarchy of India is not different than any other country's patriarchy, neither patriarchy in Hinduism is much different than any other major religions of the world. Instances from all over the globe will further help to assess the intensity of the prevalent forms of patriarchy and masculinities in specific. Assessing various forms of masculinities on a common platform will avoid the biasness of isolation, especially with diverse nature of global cultures.

Male-sex Roles, Stereotypes in Masculine Phase

“One day, I will have a moustache, and it will be a handlebar, or it can be a gunslinger. I am a late bloomer, but one day I will have,” said one of my colleague. Having moustache or not, does it matter? Growing a beard or moustache is deemed as a symbol of the masculine. Prior to Father's Day, it was surprising to notice that the seasonal merchandise corner in a gift gallery was bursting with greeting cards portraying moustaches. The point is not about keeping a moustache or growing beard or any other characteristics of manhood criteria but about the fact can you or cannot. Are you in position to achieve manhood and in what way/limit one can assert/perform that achieved manhood?

In 2017, in Limbodara village of Gandhinagar district of Gujarat (India), upper-caste men had allegedly attacked a Dalit boy for sporting/twirling his moustache in front of them ([Times of India, 2017](#)). Similarly, in Bhadraniya village of Anand district of Gujarat (India), another Dalit teen was beaten to death by upper-caste youngsters for watching the Garba¹ ([The Wire, 2017](#)). These incidents (Moustache and Garba) may seem like immature acts of youth at one hand, but on the other hand, one may observe it as an instrument or method to assert one's dominance or identity. If one carefully analyses both the cases, the victim belongs to the lower strata of the society and the perpetrator from upper caste. As per newspaper reports, victim's friends told that they were attacked because they belong to certain lower

caste and it is forbidden for them to watch the *Garba*. It is considered a masculine characteristic to twirl up moustache, and it is also a masculine characteristic to assert dominance but in this scenario how one can decide who will be right to call masculine as per norms of conventional masculinity. These cases are an exemplar of hegemonic masculinity where a Dalit identity represents the marginalised, subordinated masculinity and perpetrators at the top of the hegemonic position. Men are instructed to follow the norms, values and pass down the same model to their future generations by keeping in mind that no one dares to question the system. As mentioned before, caste and gender are two most important determinants of Indian society.

On historical relevance, masculinities are prevalent in all socio-cultural entities. Whitaker (2011) describe Indian masculinities and violence in ancient India through decoding Rig-Vedic literary works of poets and explains that how Indian masculinity has been constructed around all about men being brave, muscular, fighter or product for battle, dominant, violent or aggressive to provide a normative form to male dominance. Kakar (1978) justifies the violative and biased nature of masculinities along with the predictive nature of men's role in gender-based violence. In order to explain the uneven position of women in society, women's movement in India while unravelling the patriarchy bring forward the role of men and masculinities being practiced in social arena and how these sex-biased roles disadvantage women (women & women from lower caste group: rape, sexual assault, domestic abuses like marital rape, wife bashing, dowry-related crimes), girls (early marriages, female infanticide, technologies of neglect, absence of public healthcare services, herbal potions and ritual prescriptions, sex-selective abortions or foeticide, daughter-aversion or more preferences for sons, cultural neglect, trafficking and abduction, eve-teasing etc.), other marginalized sexualities (homosexuals & men from lower caste groups- emasculation, suicides, homicide, sex-selective killing) and also deprive them from the basic fundamental rights by restricting them into a defined territory of being masculine as normal, perfect and superior, whereas non-masculine as inferior, abnormal, and objects to be controlled. The couplets (Figure 2) illustrates the required criteria of manhood to fulfil the normative standards of masculinity. The masculine traits have been

framed in couplets to provide a concrete form to such abstract notions,

Moustache for All

We, the preachers, the teachers, choosers not losers, we are the mankind's sole
Be tough and rude, bring money-bring food, the way a man should play his role

We're told to learn-earn-stern and not to run, till one does not fall
We want that calibre of men, who rules and walks with fame to the hall

We, the protector - the sole elector, we cannot sit there and just wrawl
We want gun in pant, in order to rant or at least a moustache for all

We do smink and stay away from the pink, boy we don't play with a doll
We tired of being skinny - we sick of fattism, why can't you make us Li'l slim 'n tall
Be brave, be strong, be big, be long, and remember you are no one's thrall
We want fair-skin, we want flesh in muscles or at least a moustache for all

You can't be a candy-ass, you can't be pantywaist, and you cannot be an ear'ole
We want that tongue, full of orotund, and guts in our ass instead of homo's glory hole

Don't be a queer, you need your mind clear, just men-women is enough to call
We want big Phallus, heart full of callous or just give us a moustache to roll

Don't let them defy when you can avoid, being shy or cry, you gotta keep big balls
Who asks for breast - we want hairy bloated chest, or please! A moustache for all

We are warrior - supremely superior, we got right to make them scrawl
Give us anything but nothing feminine, or a moustache might work for all.

Figure 2. Moustache for All.

practices, or characteristics in order assess the same. Instead of dwelling deeply in psychoanalytic, sociological, or gender debates, the couplets are framed and structured in a manner to provide a more realistic and less technical mirror view of the same. These couplets emphasise how such traits are inculcated through socialisation process and manifested to maintain the male-dominance in the patriarchal paradigm impacting both men and women. Kuhn (1996, p. 6-7, 23) defines paradigm as an accepted model/pattern/phase or in technical terms, an object for additional articulation and specification under new or straighter conditions. He further

asserts that a community living in a particular paradigm assumes that they know what the world is like and accordingly they set up rules and norms. The community tends to defend supposed beliefs at any cost. It also suppresses the novelties to keep alive their established norm/standard/values within society. But values do not question the structure they assume its continuity (Allen, 1975, p.21). To avoid social resistance, in this transferring process of values/norms, the values are modified with new symbols and meanings not to eradicate any social evil or to achieve equality but to control and maintain the patriarchal power structure.

These values and norms make the subject to follow the channel without affecting its course. It follows as:

1 (a). Men as ‘Sole’ Provider

*We, the preachers, the teachers, choosers not losers, we are the mankind's sole
Be tough and rude, bring money-bring food, the way a man should play his role*

Figure 3. Men as ‘Sole’ Provider

1970s feminists pointed out the fact that academic historical writing has always been about men at higher social position (Connell, 2005a, p.27-28). Most of the work noted down since the invention of writing skills tells us about the accomplishments of men. Rarely have women been the subject of historical writings, if so, then mostly a heroic/tragic version of women. Women were always illustrated as trouble-makers. The loser/defeated men is considered as weak and waste as a discarded old ox. Patodi (1986b; 53–56 cited by Alter, 1992, p.67) narrates a conversation in which a king praised a wrestler being undefeated and asked those men who have defeated to give up wrestling. Historically, in any civilisation of any era, men as ruler/leaders/tutor/law or decision-makers, have occupied and controlled every sphere of public and domestic social-life by exaggeratedly elaborating in texts written on their life-histories considering men as the sole of mankind's survival on earth. Being tough and rude has always been regarded as staunch pillars of hyper-masculinity. Burstyn (1999 cited in Kimmel & Aronson, 2004, p.417-418) defines the term hyper-masculinity

as an exaggerated model of manhood linked mythically and practically to the role of the warrior.

On men's role of breadwinner, Wally Seccombe (cited in Connell, 2005a, p.28-29) states that 'breadwinner' wage is the recent creation and far from the universally accepted concept that was produced around the middle of 19th century in the course of broad re-alignment of social forces in Britain. This gave men the power to control female sexuality in public and domestic spheres. Men working in the household are often considered unmanly. Working women and unemployment has put men and their masculine identity into crisis. Paid-work or being employed represents a robust masculine identity and holds a dominant position. A man can only have control and influence over his family/kinship members as long as he is economically well-established (Morgan, 1992; Hearn & Collinson, 2001). Failing to fulfil the role of the breadwinner leads men into the trap of aggressive masculinity that often ends in domestic violence such as wife-beating/drug-addiction/alcohol consumption etc.

1 (b). Men as 'Sole' Bearer of Responsibilities

*We're told to learn-earn-stern and not to run, till one does not fall
We want that calibre of men, who rules and walks with fame to the hall*

Figure 4. Men as 'Sole' Bearer of Responsibilities.

Women can be an earner in conditions of widowhood or if one's husband's absence or disability. Prostitution as a profession is not qualified to play the role of the earner. Nyambi (2015, p.8) describes that a prostitute's identity despite successful earner was morally subordinated and denounced by the hypocrisy of a patriarchal society. The trio of learn-earn-stern explains the cycle of discrimination, control, and identity assertion. Every single male-child gets his birthright of patriarchal-dividend as Connell (2005a, p.82) puts it; "Men gain a dividend from patriarchy in terms of honour, prestige and the right to command." This birth-right allows men to get priority in various life choices over their female counterparts that result in sex-discriminatory practices. It is an experientially proven fact that preference is given to boys to study/learn. No doubt, now people are sending girls to school, helping them to achieve their goals but none of them has ever

supported a girl-child to play the role of breadwinner. (Neetha, 2004, p. 1687). Supporting a girl for higher education or getting her a job placement is not an effort to achieve equality but it is a formula to increase social esteem. Providing higher education and job opportunities are new ornaments of modernised society and adopted as ways to decorate the girls to find a suitable/profitable match. Lai (2008, p. 343-344) asserts that marriage transformed previously indirect ties into direct ones, such as in-law ties. While citing Lin and Westcott (1991); Stein et al. (1992), she further emphasises that through marital ties they [couple and relatives] enjoy the legal access to resources embedded in each other's network.

The breadwinner cliché remains reserved, untouched, and biased. The fear of losing manliness or the pressure of peers can be responsible for the aggressive nature towards women. Characteristics like being stern, harsh, hard, tough, fierce, rigid, authoritarian etc. have always been preferred to adorn a male-child.

1 (c). Men as 'Sole' Protector

*We, the protector- the sole elector, we cannot sit there and just wrawl
We want gun in pant, in order to rant or at least a moustache for all*

Figure 5. Men as 'Sole' Protector.

The concept of protection/role of the protector seems the biggest irony as men have been designated as protector to stop men. What is out there to be afraid of or why and what kind of protection we are dealing with? Is it survival, emotional, or physical, so that men have appointed themselves as Director, Control of Protection Department. Griffin (1971, p. 30) explains this dichotomous situation where at one hand, men behave sexually aggressive and on the other hand plays the role of protector. May West (cited by Griffin, 1971, p. 30) asserts that "Every man I meet wants to protect me. Can't figure out what from." Brownmiller (1975, p. 16) also states that "creatures who were her predators, some might serve as her chosen protectors." She further distinct the category of familiar men as protector and non-familiar men or strangers to be afraid of. It's a general conscience that considers men culprit first and protector later. As Kimmel and Aronson (2004, p. 809) cites Kimmel (2000) that

Men constitute 99 percent of all persons arrested for rape; 88 percent of those arrested for murder; 92 percent of those arrested for robbery; 87 percent for aggravated assault; 85 percent of other assaults; 83 percent for all family violence; 82 percent for disorderly conduct. Men are overwhelmingly more violent than women.

The role of protector often gets challenged in the intra-conflict situation. During the militancy period in Punjab, men, those were considered a symbol of strength and bravery gets questioned by young men who drew their power from militant affiliations. The entire militancy period challenged the manliness of Punjabi society that prided itself in being protectors and safeguards of women (Dagar, 2002, p. 32).

Sexual-Division of tasks/spheres limited women to household chores, whereas it was considered non-masculine for men. Paid work has been seen as a significant influence on definitions and performances of masculinity (Whitehead, 2002). An unemployed male, who sits all day at home and does nothing, is considered unmanly.

On the symbolic part, the weapons like gun or pistol have been often used as symbols to denote phallus, sexual aggressiveness, or male potency. Gun in pant/trouser, the colonel, the shotgun, nuclear missile, and the pocket rocket are some commonly used terms to denote a phallus (Eckert, 2011). For instance, Punjabi music videos portray gun as necessary as air to breathe (Masculinities and Violence, 2017). It is a cliché that gun is a penis-symbol as well as a weapon. By defending gun ownership, one is defending hegemonic masculinity at both symbolic and practical level (Connell, 2005a, p. 212). Ranting around with a gun or giving threat while denoting phallus are often used activities to assert masculine identity.

1 (d). Man, a ‘Perfectly-Crafted Model’ to Idealise

*We do smink and stay away from the pink, boy we don't play with a doll
We tired of being skinny - we sick of fattism, why can't you make us Li'l slim 'n tall
Be brave, be strong, be big, be long, and remember you are no one's thrall
We want fair-skin, we want flesh in muscles or at least a moustache for all*

Figure 6. Man, a ‘Perfectly-Crafted Model’ to Idealise.

The quatrain explains the stereotypes practised through various means of racial, physical, or verbal forms of discrimination. The lenses of conservative societies consider smoking and drinking ill-mannered. Drinking alcohol is regarded as a manly act, and it is believed that the consumption of such drinks gives strength and supports the internal mechanism of the body to perform courageous acts. Drinking is considered a symbol of royalty, high social esteem, and a solution to increase manliness/potency. Whitaker (2011, p. 149) cites a Rig Vedic excerpt, “píbā sómaṃ śásvate vīry ā ya” that means drink *sóma* (alcohol) for everlasting manliness. Whitaker (2011, p. 151-156) also asserts that drinking is considered a men’s birthright. Sminking² only becomes a social evil the moment women enter in this sphere. The reason behind such restrictions is nothing else but control of female bodies, behaviour, or sexuality in particular as Foucault (1978, p. 104) in the process of hysterization of women's bodies asserts that “feminine body was analysed-qualified and disqualified-as being thoroughly saturated with sexuality.”

Boys were often guided to avoid pink colour objects, toys, or clothes whereas girls were encouraged to buy everything in pink which is why most of the boys discard the objects that come in pink colour because it is considered feminine (*Masculinities and Violence*, 2017). Buying anything in pink challenges the masculine status and to avoid the same, men discard pink at every choice. Cahill (1989, cited by Schrock & Schwalbe, 2009, p. 281) state that pre-school boys were scolded by their peers for misbehaviour because of failing to grasp the pattern and wear dresses or pink ribbons. He further asserts that heterosexual fathers often reprimands pre-school sons who play with dolls or wear fingernail polish or pink clothing. A male-child playing with dolls becomes the target of bullying, isolation etc. Mentioning bullying and isolation, body-shaming explains men’s pretentious behaviour. It is believed that body-shaming implicitly provides a kind of boost to avoid the non-masculine traits among youths. Some primitive people used shaming as a technique to help a child to stand up, to self- realisation or to realise relative measures of size and power (Erikson, 1968, p. 110). Leonard and Nelson (2011, p. 156) also note similar facts that in schools, teachers often rely on shaming instead of any other force to motivate their students. Being too fat/skinny/short/tall/dark are characteristics to be considered odd. People with such characteristics do

often get isolated and face several mental disorders at a later stage if bullied/tortured. Hanlon (2012, p. 72) states that “Boys’ fear of being labelled inferior within the gender hierarchies of schools ironically contributes to the bullying of those perceived as different, disabled, weaker, or gay.” It is a commonly accepted fact that people feel ashamed accompanying those who have such bodily characteristics. The biases are deeply embedded in society, and everything is being performed under the superior-inferior criteria. In the context of Indian men, it is anomalous that they want their skin fair (not Black or dark brown) but desires Black hair (not white). Back’s (1994, p. 177-178) term “doubling of fear and desire” explains the dichotomous situation of Black masculinity where at one hand they are mistreated for their skin colour, violent nature and on the other hand, they are desired for their sexuality or Black Machismo.

As every man competes to keep themselves above the line of normative-masculinity but every man cannot flaunt his bare body. The gym provides a platform for the construction of gender identities (Johansson, 1996, p. 32). In gym masculinity, men do not, needs any social criteria or physical traits like skin colour/hair on the chest or on head etc. In gym masculinity, the issue of black and white masculinity fades away and focuses on muscles-based identity. Mansfield (2005, p. 16) cites Birrell (1988, 2002) as to how masculine ideology is being constructed and male-power has been produced through sport. Movies, music videos, and popular media imageries further feeds such notions.

1 (e). Men’s Standardized Sexuality

*You can’t be a candy-ass, you can’t be pantywaist, and you cannot be an ear’ole
We want that tongue, full of orotund, and guts in our ass instead of homo’s glory hole*
Figure 7. Men’s Standardized Sexuality³⁴

Along with homosexuality, some heterosexual men also face the challenge who has been disqualified for the masculine tag. Some heterosexual men and boys are too expelled from the circle of legitimacy (Connell, 2005b, p.258). Abusive terms such as candy-ass, pantywaist, and ear-‘ole are used to bully homosexual to protect the traditional power structure of patriarchy and make them believe that they are mentally sick and damaging the hetero-

normative model. A sensitive, submissive man is considered dysfunctional. Discussing men's importance in battlefield Sahgal (2015, p. 14) cites an excerpt from Mahabharata that *Vidura* while infusing a sense of masculinity into his sons said, "the forgiving man, the meek man, is neither man nor woman." To avoid the consequences (because of their submissive and sensitive nature), most of the men try alternatives to acquire masculine characteristics. For instance, eating spicy food to get a heavy or orotund voice. "Mirchi khaane se awaaz jananiyon si nahi rehti, bhaari ho jati hai" (One can get rid of the thin voice of women by having spicy food, and his voice will become heavy and intense.) (*Masculinities and Violence*, 2017).

In Punjab, a men's voice (*Zubaan*) define masculinity. The expression like "Zubaan taan mard di hundi hai" means a men's voice is trustworthy, 'Jo apni zubaan to mukar jaave, oh banda nahi' means one is not a man if he cannot keep up to his voice/promised words. The conceptualisation of body organs representing abstract notions are very common. The courage factor in masculine weighing scale is measured by the amount of guts (synonym for courage/bravery) one contains. The belief that fear resides in mind or heart; the place of guts varies from region to region in different body organs of man. McCartney's (1918, p. 18-38) work tries to explain the link between body organ and popular cognitive notions of society. McCartney cites Frazer's (1890) work that the liver is considered the seat of courage. In the context of Indian society too, the beliefs are connected to body-organs. The common slangs used to measure guts in man's body are; "Jigar mae dum" as guts in Liver, "Pichwade mae dum" as guts in Ass/Anus, "Gurdae mae dum" as Guts in Kidney, "Seene mae dum" as guts in Chest, "Ragon main khoon hona" as guts/courage in veins/blood, "Tatto mae dum" as having/keeping big balls, "Aag mootna" as urinating fire means aggressive nature, and 'Danda'ch dum' as guts in bones (*Masculinities and Violence*, 2017). Men who lack such guts also gets attacked with abusive terms like lily-liver, candy-ass, lady-finger, mother's boy, yellow-belly etc. (Connell, 2005b, p. 258).

Studying metaphorical concepts can help to understand the cultural model of society (Sihaan, 2008, p. 71). Men do not see the concept of guts as a characteristic to achieve in life but as the realisation of the self. Homophobic people believe that homosexuals are born without it, and

heterosexual needs the self-realisation to gain the strength of assumed hereditarily transferred guts/courage.

1 (f). Men's Phallic Manhood

*Don't be a queer, you need your mind clear, just men-women is enough to call
We want big Phallus, heart full of callous or just give us a moustache to roll*

Figure 8. Men's Phallic Manhood.

Every individual who transgresses the binary-schema theory of gender is designated as odd/queer. The term third gender is very recent in legal practice. Societies are accepting and treating them equally by providing opportunities through special schemes and reservations but legally, not socially. Fear of having homosexual people around explains the Warner's (1993) term "fear of Queer Planet." The society (furnished with gender-biasness) is still not in agreement to go beyond the conservative/traditional gender-division. Homosexuality and queerness still fall under the stigmatized and marginalised category (Dasgupta & Gokulsing, 2013).

The big phallus represents high fertility and manhood. Masculine is associated with phallus and feminine with the lack (Osella & Osella, 2006, p. 200). Big phallus proves the manliness and helps men to increase their social prestige via sharing sexual experiences. As society behaves in bigger the better style, Cameron (1992, p. 371) assessing terms used for penis finds out that penis is often compared with the name of giant beastly animals to resemble the power of being masculine by use of exaggerated metaphorical terms such as King Kong, King of the Jungle, Simba etc. Men with small-sized phalluses often face pressure from their partner and this challenges their masculine status. Osella and Osella (2006, p. 134) explain the fear of males on their first-night of wedding worrying about the size of phallus and doubts about the ability to satisfy their bride sexually. The fear of being labelled as non-masculine because of the small-size of phallus can lead men to anxiety disorder. The sexually satiated partner lowers the chances of incidents like adultery and promiscuity. Doniger and Kakar (2002, p. 29) cite Kamasutra that male having a small size of phallus can lead his sexual life in distress. The excerpt follows as: "But if a lover has a small penis, no matter how long the man works, women, they say, do not

grow very fond of him, because he does not relieve their itch." (Doniger & Kakar, 2002, 29).

1 (g). Femininity, a Curse

*Don't let them defy when you can avoid being shy or cry, you gotta keep big balls
Who asks for breast - we want hairy bloated chest, or please! A moustache for all*

Figure 9. Femininity, a Curse.

Most of our culture is built-up around religious thoughts, not on psychoanalytic theories. The psychological methods like to open up, speak freely, confess, and be forgiven are peculiarities of modern society. Most of the men prefer to stay behind the shadow, hiding from themselves, and other people (Oftung, 2000, p. 155). Pretending tough, strong, and brave are idealised to maintain social conformity in male roles. The Freudian concept of suppression of desire/feeling explains the situation of masculinity in the making (Freud, 1900, p. 217) through various forms of suppression mentioned in quatrain before. Goody (1997, p. 416) cites Ghaill's research (1994, p. 38) that tough boys often end up with a new generation of emotionally-disabled men by developing a cynical behaviour to hide their feelings. He further explains that boys do not often find a safe space to talk about their feelings of vulnerability.

Men express themselves freely with their female partners, but they never open up to their male friends (Masculinities and Violence, 2017). Every man remains introvert to their male friends regarding their emotional facet. One aspect can be that men feel more secure with female partners assuming that they will not disclose their secrets because they have the power of dominance over them whereas in case of male friends, they cannot assert their dominant position.

It is important to work along with men and helping society to wipe out social taboos and stereotypes. White (2000, p. 39) explains that "patriarchy may have had a makeover, it has not gone away. While I still maintain that it is important to 'bring men in.' Men are under surveillance/judgment every moment of their life. At every event, they are judged for their behaviour, and a single incident can cast them out of the circle of legitimacy. Men become placeless in cast-out situation, he doesn't belong

to category of women because he has taken the benefit of patriarchal-dividend, he does not belong to category of homosexuals because of his belief in hetero-normativity, and he does not belong to the category of men because due to certain reasons he has been labelled as non-masculine/impotent/effeminate. To assert his masculinity, one chooses the aggressive ways, adopting violent nature to stay above the masculinity line. Expressions like "having big balls", "grow a pair", or "keeping big balls" explains the valour, courage, fertility/potent manhood.

On the other hand, muscles on the chest represent masculine tag as long as it remains like muscles the moment it gains fat, one becomes the part of mockery of having breasts (Masculinities and Violence, 2017). Filault and Drummond (2007, cited by Murray & Hopkins, 2014, p. 115) defines macho man's look with a hairy chest and bulging muscles. Men with the hairless chest are considered effeminate/kid. A body full of hair is considered a masculine sign (Eckman et al., 2007, p. 16). The trend of the hairless, sizzling, and toned-chest is a recent concept promoted through mass media. No doubt it does put an end on desperate need of hairy chest but also replaced it with new criteria of manhood. Men in the race of competitive-masculinity are concurrently controlled by multi-disciplinary socio-regimes resulting in new masculine symbols to assert the same. For instance, in Punjab, keeping handlebar moustache with body fitting white clothing, stickers/tattoo of moustache and gun on vehicles (on car-windows, number-plates, fuel-tanks etc.) are new ways of asserting masculine traits (Masculinities and Violence, 2017).

1 (h). Men as Binary Superior

*We are warrior - supremely superior, we got right to make them scrawl
Give us anything but nothing feminine, or a moustache might work for all.*
Figure 10. Men as Binary Superior.

The low inclusion of women in the military can be credited to their non-violent/less-aggressive nature. War/battlefield has always been defined as the place where aggression, violence, roughness, or savagery can be found at its best. Women as a warrior are only seen in few heroic followed by tragic stories/incidents but the warrior status is still considered a key

symbol of masculinity (Morgan, 1994, p. 165). A male is socialised to fight for his people, community, or country and he will be known for the valour, courage he has shown in the battlefield. Sahgal (2015, p. 14) cites an excerpt from Mahabharata (V.131.30) that "standing tall, keeping the effort on (udyama) (in the battlefield) means 'manhood (paurasham)." A warrior is believed highly masculine (non-effeminate, hyper-masculine, callous etc.) Beauvoir (1989, p.111) demonstrates women's subordinated position in society as a result of men's biological privilege. She states that women never got the chance to decide for or position herself in society. It was always men who decide. Men controlling women's roles/activities makes women, their better-half less and a slave more. Wollstonecraft (1792, pp. 221-274) used terms like 'slaves of power', 'slavery of marriage', 'slaves of injustice', and 'slaves of pleasure as they are slaves of man' respectively to explain women's position in social and political life under control and so-called protection of fathers, brothers, and husbands.

Women have been considered inferior and blamed for making troubles. The expressions like Eve's apple, Pandora's Box etc. have been used to label women as misfortune and men their victims. All the stories/legends have been constructed in a manner portraying men as hero/saviour whereas women as cunning, intellectually inferior, and biologically defective. A man can desire anything but not a feminine trait or characteristic. He may welcome people referring them with nasty words [like "men as a liar, dogs, selfish asshole, douchebag, dick, prick, bonehead, knob, etc. (Luu, 2016)"] but he will try to avoid every moment that can associate him with a characteristic of women. He may have sometimes yelled and desired for a power to understand women but figuratively not literally. In the fight of staying in between the circle of legitimacy (to take the benefit of patriarchal dividend), men have to follow the normative standards of the masculinity. And for the same, one tries to assert himself best in all chores of the patriarchal-regime. The status of masculinity can be challenged by a mere statement or allegation, and that can bring down him from the top level to the bottom of the hegemonic masculinity. And that is why the smallest way of asserting masculine identity matters. Then, it can be a moustache/hairy-chest/big-phallus/toned-body/body-tattooing/piercing/using symbols of weapons on the vehicle or ranting around with a gun.

2. Masculine Phase in the Modification

Newton's first law of motion (law of inertia) precisely explains the cause of drift in masculine phase. For an extended period, the masculine phase was in rest or was moving in particular track maintaining consistency but started drifting by anomalies or what Kuhn (1996, p. 6) call it "tradition-shattering complements." These tradition-shattering complements include all those events/incidents/achievements of women's right-based movements that challenged male-dominance in the society. The earliest instances of such anomaly are of the Pre-Hellenistic period, (Agnodice of Greece, 400 BC).⁵ Very few events are recorded that openly challenged biased sex-role division as most of the time such raised voices were suppressed and masculine-dominant society maintained its consistency throughout the Hellenistic period, Renaissance/Reformation and post-renaissance periods. But the age of Enlightenment implanted the idea of women's rights, Olympia de Gouges publishes Declaration of the Rights of Woman and of the [Female] Citizen, and later Mary Wollstonecraft's 'A Vindication of the Rights of Woman' came in 1791 and 1792 respectively. It took enough time for people to replace geocentric belief with heliocentric and our society is in that transition where the concept of heliocentric (gender equality here) belief has been introduced but not accepted.

Two significant periods, Age of Post-Enlightenment (1800-1900) and Age of Globalization (1900-2000) turned the whole conservative society upside down. They are like two-half, in which, first half set the plot and second-half decided to act. In first-half, major events like establishing college for women (in Massachusetts, 1838), Seneca Fall's convention for women's rights (1848), Stowe's anti-slavery novel "Uncle Tom's Cabin" (1852), achieving women's right to own property (1869-70) helps to set the plot for later generation to work on. The prompt response from later on generation in the second-half, i.e., Age of Globalization (1900-2000), moved little further by using the premise laid by first-half revolutionaries or in the first-wave of feminism. The world-war slows down the pace of revolution, but it rises again around the 1960s with the second wave of feminism putting an end to discrimination in equal pay right (1963), employment (1964), education (1972), and right to avail paid maternity leave (1975). Whereas second-wave feminists focused on family,

workplace, sexuality, and reproduction rights of women, the third-wave of feminism discarded the concept of women as feminists and focused on gender equality or in other words, to understand the true meaning of feminism. For instance, the formation of CEDAW (1981), adoption of Gender Equity in Education Act (Congress, USA, 1994) etc. But all those protests/achievements are not enough, climax (gender-equality) is in mind, but it is not still in nearest sight. The age of Digitalization (2000-present) has unbiasedly provided a platform (for both men/women of any class, caste, colour, race etc.) to achieve what one had imagined/worked (outcasting old by starting fresh or maintaining old) for so far.

This platform laced with equal-access to opportunities is beneficial for both oppressor and oppressed. If oppressed gets a chance to get rid of oppression, oppressor also gets equal opportunities to maintain one's doing through various modes such as modifying slavery, dominance, power/identity assertion etc. For a long time, guards of masculine phase tried/trying to suppress these novelties/anomalies, but at present, the masculine phase has been challenged so far and propelled in the midst of identity/masculine identity-crisis by these anomalies/tradition-shattering complements.

3. Crisis in Masculinity and Identity

An understanding needs to be established between crisis, identity, and masculinity to avoid misapprehension. Masculinity is an identity in itself. Masculinity and identity share some common characteristics such as both are defined as inherited and achieved. The present study follows the achieved concept of identity and masculinity. It was assumed by sex-role theorists of the first generation that roles were defined well so that socialisation worked smoothly so far and performing sex role was rigorously a good thing (Connell, 2005a, p. 23). The masculine phase has survived so long that society has taken this paradigm for granted. But now keepers of this shattered-masculine paradigm has realised that their model has been attacked and unshielded. A paradigm feeds on its rules/norm, but crisis loosens the rules (Kuhn, 1996, p. 80). The crisis has made them take some initiative to modify its outdated model to survive. As these masculine identities have created new space (virtual via social media), learned new

ways to assert (via makeover/assigning new symbols and meanings to old identities), structured and portrayed in a way or given the face of so-called 'normal' behavioural pattern that society can hardly notice its steady transformation. Instead of reducing, modernisation/digitalisation has reinforced the traditional masculine structure via modifying/assigning new symbols and meaning and maintaining the dominant culture of patriarchy. The youth are socialised accordingly and assured that acquiring traditional masculine character (modified here) is the only way to be a man. So does thinks Amrinder: "What do you want to be, when you have your adult age-id in your right side of back-pocket?"⁶ I asked a schoolboy of 10th standard. "A police officer he said. Because he has that ruab (public figure here), when he enters in the street, people do respect (fear) him, and he becomes the centre of the attention" (*Masculinities and Violence*, 2017).

To maintain the social conformity, teenagers represent an appropriate medium of passing down the modified traits, and also provides a platform for experimentation and later in practice. For youth, old generation seems outdated and this situation let in the Erikson's (1968, p. 91-96) fifth stage identity vs identity confusion. And this stage provides the platform for patriarchy to step in and mould itself by leaving behind the character of traditional, outdated role model- the ecdysis process of patriarchy. The youth plays the role of a mannequin that helps to enforce social conformity in the male role.

It is often taken-for-granted that men will be men, they won't and can't change. Men's behaviour is considered static, unchangeable. The expression or metaphors used in day to day activities and practices has been believed to be changeless. As Allen (1975, p. 14) state that 'reality of everyday life, is taken for granted as reality.' In response to that few things needs to be mentioned here. A man or any human being is like a canvas on which society draw what they want to. This canvas is painted through brushes of socialisation and to make it worthy (operational/useful), roles are portrayed (imposed/assigned) by various artists (institutions like family, schools, mass media etc.). Connell (2005a, p.23) suggests that social processes can change role norms through social institutions by transmitting new expectations. One has to understand that these roles and behaviour can be improved. Masculinities are not simply different neither they are fixed but fluid and subjected to change (Connell & Messerschmidt, 2005). The

masculine model has changed over time, and it was different in different situations and societies for all men of all ages within a male population (Madrigal, 2006). All one needs is the right direction and approach. Gender identities are not inherited but socially constructed and non-static. Meyer (2013, p. 3) cites Foucault (1976-1980) that in every society it is a discourse that determines the validity and invalidity of knowledge and knowledge are controlled by society thus society holds power. In particular most of the societies, it is men who hold power and position to implement any change, so it will always be in men's hand to discard that is outdated/of no use.

Suggestions

No one said performing male-roles supposed to be easy, but nobody said that it's supposed to be that hard, so in case if one cannot perform such roles he will be cast out and left to choose such alternatives that can negatively impact their female counterparts. Instead of being adjusting to the same model, it will be men who have to decide to bring change. It is necessary to understand that gender biases, masculinity/identity assertion based violence can be changed through the socialisation process and policies. Speaking of policies, most of the men are not aware of how assertion of their masculine identity disadvantages women and reason behind this may be the lack of quality to speak out whatever they are suffering from. Men often suffer from the inability of expressing their feeling due to the absence of an emotional language (Ghail, 1994, p. 38, cited by Goody, 1997, p. 416). Here, policies (awareness programs for men too) can play a significant part. The point is, if we know that men are perpetrator/culprit then policies/programmes should be targeted to fixing the fault in men not by the so-called protecting victim through schemes. Schemes for women are quite well-defined to end resource-accessibility or opportunity based discriminatory practices but not violence-related. There are a handful of organisations/programmes active to make men aware of their misdeeds/hazards done by performing traditional masculine roles.

Programs carried out to raise gender-sensitive conscience among male students proved inadequate that further level up the scale of differentiation. For instance, adult-education is being delivered in schools separately for

boys and girls which is not much different than distinction implanted by social institutions during the socialisation process (Masculinities and Violence, 2017). Hiding or isolating it from anyone will only reinforce the taboo, it will not help to break it. We need to bring men in (White, 2000, p. 38-39). Mere accusations will not contribute dismantling this patriarchal infused tangled model of masculinity.

The model of Menstupidity (Figure 11) shown here is prepared to address and challenge the patriarchal structure sustaining through various stereotypes (associated with body organs of a human body, and) practised via various masculine traits. It is to suggest that by introducing such methods in gender-sensitisation programmes in institutions of socialisation (like in schools or any other institute of learning) and further guided to avoid such stereotypes may help in reducing toxicity of masculine roles leading to toxic mental growth among teenagers. As the study maintains throughout that “being submissive is not harmful, being toxic is”.

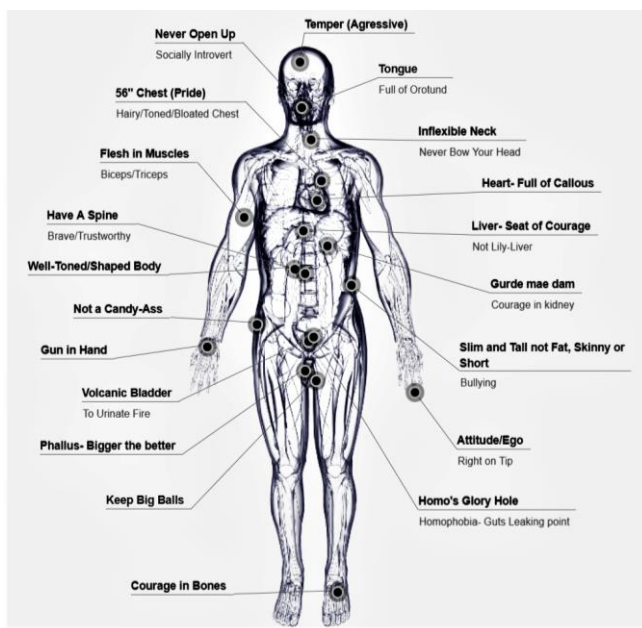


Figure 11. Model of Menstupidity

Conclusion

Though the question raised in the introductory part remains unanswered that who has the right to keep a moustache, but it provides an alternative to focus on a broader aspect of the so-called taken-for-granted notion of “All men are the same, and they cannot change.” To conclude, it might seem little idealistic to suggest to put an end to sexism, violence, patriarchy but the key suggestion of this study is to make men realize their unpremeditated misconduct by bringing together most of the stereotypes and their unconscious misdeeds in the spotlight to provide a face (to such abstract notions) in order to re-evaluation of the self, and to emphasise that gender notions are fluid and subjected to change along with introducing the process of patriarchy being modified, assigning new identity and meaning through new symbols or bearers of male-dominance. The crisis has provided a platform to bring in the necessary changes in policies, a way of tackling such sensitive issues, and an opportunity to act as long as the iron is hot. The moment metal will regain its colder form it will be difficult to mould it. The society is in high-rise crisis stage, and one must act with all efforts/focus (effective policies targeting men too and along with women rather in isolation) before it starts ebbing away. No doubt, it will be a great achievement for the human race if we will find a sign of life on some other planet. But my question is for whom? We aren’t in a position to make society better here, what we will do with another planet? Kuhn (1996, p. 39) asserts and it befits validly that we humans are defining new puzzles without solving the previous ones.

Acknowledgement

I am thankful to Dr Shuchi Kapuria, Associate Director, Gender Studies Unit, IDC, Chandigarh, for her valuable comments and suggestions. I am especially indebted to Dr Pramod Kumar, Director, IDC, Chandigarh, who have been supportive in providing academic assistance. I am also grateful to Samanwita Paul, Shamim Ali, Rajashree Borah, Dilpreet Kaur, Ajay Verma, Arvind Tomar, and Rajeev for their valuable contribution in the preparation of the manuscript.

Notes

- ¹ Garba, also spelled 'garaba', singular 'garbo', type of Indian dance commonly performed at festivals and on other special occasions. (See; The Editors of Encyclopaedia Britannica, for more details on Garba Dance).
- ² Sminking is a slang word for smoke and drinking at the same time.
- ³ Guts here refers to bravery, valour, courage, and daring character.
- ⁴ Homo's glory hole refers to anus and here, it is an expression often used to bully homosexual people, here, men are expressing their fear of becoming homosexual assuming that hole in the ass/anus leaks guts and makes men non-masculine.
- ⁵ Agnodice (400 BC, Greece), first female gynaecologists, she was caught and vindicated but allowed to continue as her patients came to her defence.
- ⁶ Keeping wallet or anything (handkerchief, Id-card etc.) in right side of the back-pocket of pant is considered manly as it gives a perfect masculine shape to buttock and it looks appealing to women and it also represents status of wealth as a well-shaped heavy wallet is considered symbol of wealth. (Masculinities and Violence, 2017).

References

- Allen, V.L. (1975). *Social Analysis: A Marxist Critique and Alternative*. London and New York: Longman.
- Alter, J.S. (1992). *The Wrestler's Body: Identity and Ideology in North India*. Berkeley: University of California Press.
- Back, L. (1994). The 'White Negro' Revisited: Race and Masculinities in South London. In A. Cornwall and N. Lindisfarne (Ed.), *Dislocating Masculinity: Comparative Ethnographies* (pp. 177-178). London and New York: Routledge.
- Beauvoir, S. de. (1989). *The Second Sex*. New York: Vintage Books.
- Brownmiller, S. (1975). *Against Our Will: Men, Women and Rape*. New York: Fawcett Columbine.
- Cameron, D. (1992). Naming of Parts: Gender, Culture, and Terms for the Penis among American College Students. *American Speech*, 67(4), 367-382. <https://doi.org/10.2307/455846>
- Connell, R.W. (2005a). *Masculinities*. Cambridge: Polity Press.
- Connell, R.W. (2005b). The Social Organization of Masculinity. In C. McCann and S. Kim (Ed.), *Feminist Local and Global Theory Perspectives Reader* (pp. 258-263). New York: Routledge.
- Connell, R.W. & Messerschmidt, J.W. (2005). Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept. *Gender & Society*, 19(6), 829-858. <https://doi.org/10.1177/0891243205278639>

- Dagar, R. (2002). Gender Violence and Construction of Masculinities: An Exploratory Study in Punjab. In ICRW (Ed.), *Men, Masculinity and Domestic Violence in India: Exploring Strategies, Promoting Dialogue* (pp. 27-38). New Delhi: Sharp Prints.
- Dasgupta, R.K. & Gokulsing, K.M. (2013). Introduction: Perceptions of masculinity and challenges to the Indian male. In R.K. Dasgupta & K.M. Gokulsing (Ed.), *Masculinity and its challenges in India: Essays on changing perceptions*. (pp. 5-25). Jefferson, NC: Jefferson Publishers.
- Doniger, W. & Kakar, S. (2002). *Vatsyayana Mallanaga. Kamasutra*. United States: Oxford University Press.
- Eckert, P. (2011). List of Penis Terms: In Slang for Penis and Testicles. *Stanford University*.
<https://web.stanford.edu/~eckert/PDF/PenisTesticlesSlang.pdf>
- Eckman, A., Jain, A., Kambou, S.D., Bartel, D., Crownover, J., Prvulovic, M., Dusanic, S., Matkovic, V., & Husic, A. (2007). *Exploring Dimensions of Masculinity and Violence*. Western Balkan Gender-Based Violence Prevention Initiative. CARE and ICRW.
<https://www.care.org/sites/default/files/documents/Exploring-Dimensions-of-Masculinity-and-Violence.pdf>
- Erikson, E.H. (1968). *Identity: Youth and Crisis*. New York: Norton.
- Foucault, M. (1978). *The History of Sexuality. Volume I: An Introduction*. New York: Pantheon Books.
- Freud, S. (1900). *The Interpretation of Dreams*. New York: A Member of the Perseus Books Group.
- Goody, J. (1997). Boys Don't Cry: Masculinities, Fear of Crime and Fearlessness. *The British Journal of Criminology*, 37(3), 401-418.
<http://www.jstor.org/stable/23637949>
- Griffin, S. (1971). Rape: The all-American Crime. *Ramparts*, 10(3), 26-35.
<http://www.unz.com/print/Ramparts-1971sep-00026>
- Hanlon, N. (2012). *Masculinities, Care and Equality Identity and Nurture in Men's Lives*. New York: Palgrave Macmillan.
- Hearn, J. & Collinson, D. (2001). Naming Men as Men: Implications for Work, Organisations and Management. In S.M. Whitehead and F.J.

- Barrett (Ed.), *The Masculinities Reader* (pp. 2-22). Cambridge: Polity Press.
- Johansson, T. (1996). Gendered Spaces: The Gym Culture and the Construction of Gender. *Young. Sage.* 4(3), 32-47.
<https://doi.org/10.1177/110330889600400303>
- Kakar, S. (1978). *The Inner World- a Psycho-Analytic Study of Childhood and Society in India*. Oxford India Perennials.
- Kimmel, M. (2000). *The Gendered Society*. New York: Oxford University Press.
- Kimmel, M. & Aronson, A. (2004). *Men and Masculinities: A Social, Cultural, and Historical Encyclopaedia*. Volume I. A–J.
- Kuhn, T.S. (1996). *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Lai, G. (2008). Marriage, Gender, and Social Capital. In N. Lin and B.H. Erickson (Ed.), *Social Capital: An International Research Program* (pp. 343-344). Oxford University Press.
- Leonard, A.E. (2011). Sugar and Spice and Everything Nice: Gender Difference in German Primary School Education. In A.E. Leonard and K.L. Nelson (Ed.), *Masculinities, Childhood, Violence. Attending to Early Modern Women-and Men Proceedings of the 2006 Symposium* (pp. 151-168). Newark: University of Delaware Press.
- Lin, N. and Westcott, J. (1991). Marital Engagement/Disengagement, Social Networks, and Mental Health. In J. Eckenrode (Ed.), *The Social Context of Coping* (pp. 213-237). New York: Plenum Press.
- Luu, C. (2016). Bad Language for Nasty Women and Other Gendered Insults. *LINGUA OBSCURA. JSTOR Daily*.
<https://daily.jstor.org/the-language-of-nasty-women-and-other-gendered-insults/>
- Madrigal, L.J. (2006). Masculinities: Hopes to Change. In M. Baltodano, M. Blyth, L.J. Madrigal, S. Mabetembe, & W. Robins (Eds.), *Celebrating Changes: Exploring Quality and Equity of Diakonia in the Church* (pp. 51-59). Geneva: World Council of Churches.
- Mansfield, L. (2005). *Gender, Power and Identities in the Fitness Gym: Towards a Sociology of the 'Exercise Body-Beautiful Complex'* (Doctoral dissertation. Loughborough University, Louise Mansfield).

<https://pdfs.semanticscholar.org/19c9/31a270fa213165f4b60707f2f552edc4eba4.pdf>

Masculinities and Violence: A field study in Bhikhiwind district of Punjab. Unpublished raw data. (2017). Institute for Development and Communication (IDC), Chandigarh, India.

McCartney, E.S. (1918). Some Folk-Lore of Ancient Physiology and Psychology. *The Classical Weekly*, 12(5), 35-38.

[doi:10.2307/4387710](https://doi.org/10.2307/4387710)

Meyer, J. (2013). Deconstructing Masculinity: Dominant Discourses on Gender, Sexuality and HIV and AIDS from the experience of the Adolescent Male Orphan. *HTS Teologiese Studies/Theological Studies*, 69(1), Art. #1947, 12 pages.

<http://dx.doi.org/10.4102/hts.v69i1.1947>

Morgan, D. (1994). Theater of war: Combat, the military and masculinities. In H. Brod and M. Kaufman (Ed.), *Theorizing Masculinities* (pp.165-182). Thousand Oaks, California: Sage Publications.

Morgan, D.H.J. (1992). *Discovering Men*. London: Routledge.

Murray, A.G., & Hopkins, P. (2014). *Masculinities and Place. Gender, Space and Society*. Farnham, Surrey, England: Ashgate Publishing Limited.

Neetha, N. (2004). Making Female Breadwinners: Migration and Social Networking of Women Domestic in Delhi. *Economic and Political Weekly*, 39(17), 1681-1688.

https://idwfed.org/en/resources/breadwinners-migration-and-social-networking-of-women-domestics-in-delhi/@@display-file/attachment_1

Nyambi, O. (2015). Re-framing the Prostitute Identity in Zimbabwe: An Approach to Virginia Phiri's novel Highway Queen 2010. *Literator*, 36(1), Art. #1105, 10 pages. <https://doi.org/10.4102/lit.v36i1.1105>

Oftung, K. (2000). Men and Gender Equality in the Nordic countries. In I. Breines, R. Connell and I. Eide (Ed.), *Male roles, Masculinities and Violence: a Culture of Peace Perspective* (pp. 155-162). Paris: UNESCO.

Osella, F., & Osella, C. (2006). *Men and Masculinities in South India*. London: Anthem Press.

- Sahgal, S. (2015). Situating Kingship within an Embryonic Frame of Masculinity in Early India. *Social Scientist*, 43(11/12), 3-26.
<http://www.jstor.org/stable/24642382>
- Schrock, D., & Schwalbe, M. (2009). Men, Masculinity, and Manhood Acts. *Annual Review of Sociology*, 35, 277-295.
<https://doi.org/10.1146/annurev-soc-070308-115933>
- Siahaan, P. (2008). Did he break your heart or your liver? A contrastive study on metaphorical concepts from the source domain ORGAN in English and in Indonesian. In F. Sharifan, R. Dirven, N. Yu, and S. Niemeier (Ed.), *Culture, Body, and Language: Conceptualization of Internal Body Organs across Cultures and Languages* (pp. 45-74). Berlin, New York: Mouton de Gruyter.
- Stein, C.H., Bush, E.G., Ross, R.R., and Ward, M. (1992). Mine, Yours and Ours: A Configural Analysis of the Networks of Married Couples in Relation to Marital Satisfaction and Individual Well-Being. *Journal of Social and Personal Relationships*, 9(3), 365–383.
<https://doi.org/10.1177/0265407592093003>
- The Editors of Encyclopaedia Britannica. (2015). Garba. Dance. *Encyclopædia Britannica*. Retrieved from
<https://www.britannica.com/art/garba>
- The Times of India*. (2017). Dalit youth beaten up for sporting a moustache. Retrieved from
<https://timesofindia.indiatimes.com/city/ahmedabad/Dalit-youth-beaten-up-for-sporting-a-moustache/articleshowprint/60876240.cms>
- The Wire*. (2017). In Gujarat, Dalits Under Attack for Watching Garba, Sporting Moustache. Retrieved from
<https://thewire.in/184271/gujarat-Dalits-attack-watching-garba-sporting-moustache>
- Warner, M. (1993). *Fear of a Queer Planet: Queer Politics and Social Theory*. Cultural Politics, Volume 6. Minneapolis, London: University of Minnesota Press.
- Whitaker, J.L. (2011). *Strong Arms and Drinking Strength: Masculinity, Violence, and the Body in Ancient India*. Oxford: Oxford University Press.

- White, S.C. (2000). Did the Earth Move? The Hazards of Bringing Men and Masculinities into Gender and Development. *IDS Bulletin*, 31(2), 38-41. <https://doi.org/10.1111/j.1759-5436.2000.mp31002005.x>
- Whitehead, S. M. (2002). *Men and Masculinities*. Cambridge: Polity.
- Wollstonecraft, M. (1792). *A Vindication of the Rights of Woman*. London: Walter Scott.

Amit Kumar is Research Assistant and PhD Scholar, Gender Studies unit, Institute for Development and Communication, India

Contact Address: Direct correspondence to Amit Kumar, Institute for Development and Communication (IDC, An approved Research Centre of Panjab University), Sector 38-A, Chandigarh, India.email: amitchauhanfbi@gmail.com

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

La Violencia Masculina en la Pareja como Proceso Relacional: Un Desafío de Superación Cultural

Clarisa Martínez Bustamante¹, Rocío Ivonne Quintal Lopez²
& María del Carmen Amarís Macías¹

1) Universidad del Norte, Barranquilla - Colombia

2) Universidad Autónoma de Yucatán, México

Date of publication: October 21st, 2019

Edition period: February 2020 - June 2020

To cite this article: Martínez Bustamante, C., Quintal López, R., and Amarís Macías, M. (2019). La Violencia Masculina en la Pareja como Proceso Relacional: Un Desafío de Superación Cultural. *Masculinities and Social Change*, 8(3),307-331. doi: 10.17583/MCS.2019.3809

To link this article: <http://doi.org/10.17583/MCS.2019.3809>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License \(CC-BY\)](#).

Male Violence in the Couple as a Relational Process: A Challenge of Cultural Improvement

Clarisa Martínez Bustamante
Universidad del Norte, Colombia

Rocío Ivonne Quintal López
*Universidad Autónoma de Yucatán,
México*

María del Carmen Amarís Macías
Universidad del Norte, Colombia

Abstract

The present essay tries to understand the dynamics of domestic violence from the three following angles: masculinity, identity and power relationships as socio-cultural expressions. The first two are approaches to masculinity as a culture construct, its relationship with the process of culture identities and the exercise of violence against the intimate partner as a mechanism of cohesion. The third angle is based upon Bourdieu's (2000) concept of power and domination, in dialogue with Ramirez's explanatory proposal of power relationships (2005), to finally criticize the approach of the victim / aggressor dichotomy from changes within the gender relationships where the role of men and women take new nuances. From the analysis of these components we reflect on the phenomenon of intimate violence as part of a relational process within globalization's growth, in which both men and women are capable of transcending the "social destiny" by contributing to their generic practices new meanings for its overcoming.

Keywords: masculinities, intimate partner violence, power.

La Violencia Masculina en la Pareja como Proceso Relacional: Un Desafío de Superación Cultural

Clarisa Martínez Bustamante
Universidad del Norte, Colombia

Rocío Ivonne Quintal López
*Universidad Autónoma de Yucatán,
México*

María del Carmen Amarís Macías
Universidad del Norte, Colombia

Resumen

El presente artículo busca comprender la dinámica de la violencia doméstica desde tres ángulos: las diferentes formas de expresión sociocultural de la masculinidad, la identidad y las relaciones de poder. En los dos primeros se realiza un acercamiento a las masculinidades en tanto construcción supeditada a la cultura, su relación con el proceso constitutivo de las identidades masculinas y con el ejercicio de la violencia contra la pareja como mecanismo de cohesión. El tercero se apoya en las relaciones de poder y dominación expuestas por Bourdieu (2000), en diálogo con la propuesta explicativa de Ramírez (2005) sobre las relaciones de poder, para finalmente realizar una crítica al abordaje de la diada víctima / victimario desde los cambios en las relaciones de género, donde el papel de hombres y mujeres cobra nuevos matices. A partir del análisis de dichos componentes, se reflexiona sobre el fenómeno de la violencia íntima como parte de un proceso relacional inmerso en el proceso de globalización, en el que ambos miembros de la pareja son susceptibles de trascender el “destino social” aportando a sus prácticas genéricas nuevos significados que posibiliten contribuir a su superación.

Palabras clave: masculinidades, violencia contra la pareja, poder.

Entre las diversas formas de violencia que padece la mujer contemporánea, la violencia masculina en el ámbito doméstico es de especial relevancia. En las últimas décadas, los avances en materia de equidad y protección de los derechos de las mujeres gracias a las diversas luchas feministas han sido decisivas y han permitido a este sector de la población posicionarse en ámbitos sociales, económicos, políticos y académicos que antaño eran exclusivos de los hombres. Pero en casa, a menudo continúan los mismos conflictos derivados de la jerarquización de los géneros (Thomas, 1997). En cuanto aproximación cualitativa, este ensayo no busca citar los índices de violencia masculina contra la pareja; para dar cuenta de esta contradicción basta mirar las historias de las mujeres circundantes, entre las cuales se encuentran también investigadoras y académicas. ¿Cuál es la razón para que persista la violencia contra las mujeres con tal frecuencia? Como diría Florence Thomas, aquí los hombres de cierta manera continúan ausentes. Pero ahora, más que una ausencia en el debate, se percibe su aparición aún tímida con diversos tópicos de resistencia en un campo con justicia estigmatizado.

El Hombre en Entredicho

La inclinación por las masculinidades como categoría de análisis no surge precisamente de los varones hegemónicos: la brecha fue abierta por los movimientos feministas, los cuales cuestionaron el género y el modelo androcentrista (Butler, 2001; Quirós, 2013; Viveros, 2016). Con estos precedentes, el enfoque de género incorpora la pregunta por el hombre y, dado que los varones no cuestionaron su posición de poder, tuvieron que ser inicialmente interpretados por las mujeres, visión que se hizo más nítida a través de la incorporación de investigadores de diversas vertientes, lo que dio paso a los estudios de género de los hombres y las masculinidades (Ramírez, 2005; Núñez, 2016). Este proceso enriquece el análisis de la relación violencia doméstica / identidad masculina desde una visión posmoderna, en la cual el varón no es sólo parte del problema sino un factor clave en la búsqueda de soluciones (Ramírez, 2005; Bonino, 2005b, 2008). Esto permitió a los estudiosos de las masculinidades, auto observarse despojados de los supuestos que posicionaron su género como paradigma

de lo humano. Cada vez son más los investigadores que se suman a este camino, aunque siguen siendo pocos en relación con los varones que continúan aferrados a un orden social alienante que anula su “lado femenino” encarnado en el aspecto emocional (Bonino, 2005b, 2004). Un ejemplo citado por Thomas podría extrapolarse, cuando admite el dilema que afrontan las feministas y aún más las mujeres que no lo son:

No es lo mismo para el trabajador asalariado denunciar la opresión del patrón, que denunciar la sutil y amorosa opresión del hombre con el cual vivimos y hacemos el amor y que es por demás el padre de nuestros hijos e hijas (1997, p. 45).

De igual manera no es sencillo para los hombres despojarse de su coraza artificial, heredada de un orden histórico erigido sobre la subordinación de las mujeres, para descubrir las sensibles fibras que quedan expuestas al estudiar de una forma crítica las masculinidades, incluyendo la propia.

Masculinidades y Violencia contra la Pareja

En el siglo pasado, el interés académico e institucional se centró más en subsanar las consecuencias de la violencia masculina contra la pareja que en sus raíces. Si bien los estudios sobre estos varones que violentan a su pareja van en aumento, aún son exiguos en comparación con aquellos realizados desde la perspectiva de las víctimas (Benítez, 2012; López, 2013), teniendo en cuenta la magnitud del problema y el papel que los hombres en general pueden desempeñar como agentes de cambio. El abordaje de los varones tampoco ha sido tarea fácil: con relación al papel del padre en la formación de la identidad masculina, los estudios sobre la relación padre / hijo son realizados en menor proporción que aquellos sobre madre / hijo, en parte porque los hombres omiten su paternidad en las encuestas obstaculizando su identificación (Clare, 2002). Otra dificultad radica en que los varones se han acostumbrado a que son otros (familiares, allegados o instituciones) los que se ocupan de los problemas derivados de su violencia, delegando en ellos su atención: «entre más trabajan los demás para que él atienda su violencia, menos responsabilidad toma él para

atenderla» (Jenkins, 1990, p. 18). Por otra parte, los maltratadores minimizan la violencia que infligen a las mujeres y suelen culparlas o justificarse en las circunstancias, desplazando a ellas su propia responsabilidad (Ramírez, 2005; Quiroz & Duque, 2009; López, 2013).

Es claro que este artículo no justifica a los agresores ni resta responsabilidad sobre sus actos, los cuales han de tener las consecuencias legales que correspondan a cada caso. El hombre que maltrata requiere sanciones, pero también respuestas (Jenkins, 1990), ya que el abordaje netamente punitivo no garantiza la no repetición, ni mucho menos que el penado comprenda el hecho violento en su verdadera magnitud (Bonino, 2008). Quienes cumplen su sanción, no obstante retornan a una sociedad que les aboca a escenarios ambiguos: por un lado la normatividad jurídica que la constriñe y por otro, el entorno sociocultural que legitima la violencia contra su pareja.

Así pues, la necesidad de incluir a los varones en un abordaje integral de la violencia contra la pareja, debe tener en cuenta las causas para comprender las consecuencias, su papel en la relación conflictiva y los componentes culturales, familiares e intersubjetivos de su conducta. Requisito para un proceso de cambio que apunte a la re-significación de su masculinidad, así como a impulsar propuestas más efectivas y equánimes en las que los hombres participen como coautores del cambio junto con las mujeres.

En efecto, para dar cuenta del proceso mediante el cual la violencia llega a formar parte del repertorio de respuestas masculinas en la relación de pareja, que se manifiesta de diferentes formas y obedece a múltiples causas, es menester observar el modelo de género binario, el concepto de masculinidad hegemónica, sus estructuras de poder y la forma en que estas son introyectadas como parte de la construcción de las identidades colectivas y las subjetividades (Ramírez, 2005; Bosch & Ferrer, 2013a; Pérez & Fiol, 2016).

El Hombre detrás del Macho

La masculinidad hoy es entendida, sobre todo en Occidente, como una posición en las relaciones de género que forma parte de una estructura mayor y está asociada a una serie de prácticas que tienen efectos en la

personalidad, en la corporalidad y en las relaciones interpersonales (Connell, 1995). Constituye un factor determinante de la identidad y la subjetividad de los hombres, cuyos componentes y manifestaciones difieren según los patrones de cada cultura (Quiroz & Duque, 2009). Autores como Vázquez (2013), Cazés (2002) y Tjeder (2008) coinciden en concluir que la jerarquización de los géneros basada en la dominación masculina, se encuentra de forma transversal en todos los grupos étnicos y estratos sociales (Novo & Seijo, 2009) compartiendo determinados patrones, entre ellos la violencia, la “homofobia” y la misoginia. La variabilidad de las masculinidades y sus significantes depende de aspectos como la filiación étnica y cultural, la ubicación geográfica, la orientación sexual, el nivel educativo y socio-económico, así como de eventos circunstanciales como el desempleo, la senectud, la migración o el desplazamiento forzado (Viveros, 2002; Hernández, 2008). De ahí que en los estudios contemporáneos sobre género, conceptos como identidad, masculinidad y subjetividad se pluralicen.

En general este trabajo considera pertinentes para el presente análisis las siguientes categorías:

Masculinidad patriarcal, hegemónica, normativa o tradicional: Se constituye en el eje del orden social de poder basado en el género, como parte un sistema binario de carácter universal, que se perpetúa sobre la inferiorización y enajenación previa de las mujeres y lo femenino, así como del “dominio de unos hombres sobre otros” (Lagarde, 1996, p. 52). Se compone de un sexismo de tipo ambivalente, pues presenta a su vez dos manifestaciones, una de carácter benévolo supeditada a la sujeción de la mujer a los cánones de feminidad y otra de tipo dominante, de las cuales se derivan los “micromachismos” (Bonino, 2005b; Montesinos & Carrillo, 2010; Cárdenas et al., 2010). Así se denominan las estrategias masculinas de poder más sutiles, naturalizadas tanto por hombres como por mujeres. De manera consciente o inconsciente son empleadas incluso por varones no violentos, pues están arraigadas en la estructura social de género para mantener un *statu quo* a partir de la subordinación.

Masculinidades “gay” o subordinadas: Ambos términos, pueden ser susceptibles de ser usados como sinónimos. Para Connell (1995) las masculinidades subordinadas hacen referencia a los hombres homosexuales y a los que son catalogados como “afeminados” por no cumplir los estereotipos de la masculinidad normativa, sin que necesariamente estos últimos sean homosexuales. Barrios (2016) prefiere usar el término masculinidades “gay”, lo que permite distinguirlos de los “afeminados heterosexuales”, resaltando su carácter reivindicativo y las diferencias existentes a nivel intragrupal.

Masculinidad cómplice: Sanfélix (2011) extrae el término de la clasificación realizada por Connell en varias de sus obras. Se asocia a los hombres que si bien no se auto-reconocen como violentos, se benefician del orden social de género sin cuestionarlo. Estos investigadores ven el vaso “medio vacío”, pues intrínsecamente reclaman a estos hombres, que pueden ser un grupo significativo, un activismo en materia de equidad de género, al que sin embargo no son proclives.

Masculinidades reconciliadas o género-sensibles: En algunos textos aparecen bajo el nombre de *nuevas masculinidades*, se caracterizan por su postura crítica frente a los mandatos de género y los privilegios masculinos. Los hombres en esta categoría generalmente son conscientes de las consecuencias nefastas del orden de género imperante (Benítez, 2012; García, 2013; Ariza et al., 2015). No obstante, aún no son suficientes los cambios en los sistemas socioculturales para que las sociedades produzcan por sí mismas hombres de esta clase, por lo que se consideran fruto de un proceso de filtraje (Bosch & Ferrer, 2013a; Ferrer & Bosch, 2016).

La Construcción de las Identidades Masculinas

Está íntimamente ligada al modelo hegemónico de género, como productor de los dispositivos culturales que reproducen hombres y mujeres (Bourdieu, 2000; Pineda, 2008). En este orden social, el prestigio y por ende los privilegios del varón, están asociados al ideal de poder que se ejerce sobre los subordinados, lo que Jenkins (1990) denomina ideología del estatus. La subalternidad en este caso, hace referencia a las mujeres y hombres que no

gozan de las características estereotípicas, estructuradas desde sistemas ideológicos más amplios como el económico y político. Dicha estructura de poder es transmitida mediante normas culturales denominadas “mandatos de género” (Bonino, 2005a) que delimitan las características y acciones deseables o incorrectas destinadas a hombres y mujeres, en un complejo juego de pares y opuestos. En el caso de los hombres los ideales suponen características como poder, dominio, autoridad, control, razón, restricción de las emociones, violencia y autosuficiencia, en contraposición (pero a la vez de forma interdependiente) a las “virtudes” complementarias fomentadas en las mujeres, entre ellas sumisión, bondad, obediencia, afectividad y empatía (Cazés, 2002; Bonino, 2005a; Benítez, 2012). Paradójicamente algunas de las conductas que se inculcan a las mujeres como virtudes, se suponen indignas para la masculinidad hegemónica por ser consideradas sinónimo de debilidad e inferioridad. En consecuencia, se crean unas expectativas de control basadas en el derecho que tiene el varón sobre “su mujer”, mismo que legitima el uso de distintos tipos de violencia para dejar claro el estatus de jefe del hogar, aunque los cambios sociales y en las relaciones de género evidencien el nuevo rol de las mujeres como proveedoras y dueñas de su destino (Pérez & Fiol, 2016).

Otro elemento preponderante de este tipo de masculinidad es la *sexualidad heteronormativa*, esto es, la heterosexualidad como parte intrínseca de la hombría (Butler, 2001), lo cual como parte de un fenómeno universal atávico es observable desde los estudios etnográficos de las comunidades autóctonas, en los diferentes los rituales de iniciación (Badinter, 1994), con todas sus variables socioculturales hasta hoy. Estos preceptos se exacerban en las sociedades regidas por la cultura del honor, donde la violencia se considera un recurso correcto y esperado en los varones, cuyo prestigio depende no solo del cumplimiento de los cánones de masculinidad sino de la moral de las mujeres (Clare, 2002). Estos patrones se transmiten y refuerzan de manera constante a través de mitos y creencias, avalados desde las instituciones y agentes socializadores que influyen a lo largo del ciclo vital masculino (Puente-Martínez et al., 2016). Entre los agentes socializadores que más influyen en la construcción de la identidad masculina se encuentran la familia, las creencias religiosas, las instituciones educativas, los medios de información y en general la cultura

local, regional y global. La masculinidad, por tanto, es considerada como un proceso en asidua construcción, que debido a las presiones socioculturales se halla sometida a prueba de manera constante (Vázquez, 2013).

La “enajenación virilizadora”, como la llama Cazés (2002, p. 66), comienza desde tierna edad. Los impulsos naturales del niño a ser un sujeto independiente de la madre y de lo que ella representa, son potenciados de manera prematura y a veces en forma abrupta, según Badinter (1994). Es común encontrar en los diferentes escenarios de interacción de los niños y adolescentes, voces que reprimen llantos y castran emociones, así como manos que empujan a ejercer violencia a manera de defensa de la propia masculinidad (Ramírez, 2005; Vázquez, 2013; Cazés, 2002). Por otra parte, los niños suelen recibir más estímulos que las niñas en relación al liderazgo, la educación y el uso de la violencia como herramienta efectiva de dominio, al tiempo que, en determinados contextos parentales, pueden recibir menos protección (Bosch & Ferrer, 2013b; Jenkins, 1990). En este contexto, el aprendizaje de la masculinidad se da en virtud del rechazo a las mujeres y a todo lo considerado femenino; de ahí que uno de sus soportes sea la “homofobia”, pues el hombre hegemónico pasa gran parte de su vida luchando por demostrar que no es mujer y que no es homosexual (Benítez, 2012). De ahí el apremio de participar en diferentes gestos rituales que permiten a adolescentes y jóvenes demostrar su virilidad como someter a los “menos hombres”, hacer alarde de conquistas sexuales y demostrar su valor mediante conductas agresivas o temerarias que ponen en peligro su salud física y emocional (Cazés, 2002; Vázquez, 2013). Estas vías de legitimación de la masculinidad agresiva, hacen a los hombres más proclives que las mujeres a creer en los mitos de género y desarrollar comportamientos violentos en la edad adulta (Clare, 2002; Héritier, 2007; Puente-Martínez et al., 2016).

La construcción social del género media en la toma de decisiones y en el establecimiento de prioridades: para las mujeres la vida de pareja y la maternidad suelen ser parte esencial de su plan de vida, lo que encaja con el desarrollo previo de actitudes relacionadas con la subordinación y el cuidado, orientados al entorno privado (vivir para otros). En el caso de los varones priman los proyectos de *autopromoción* o individualismo (vivir para sí), fundamentados en la adquisición de habilidades enfocadas a la vida

pública y la competitividad; una de ellas, la agresividad, donde prima el desarrollo de la competitividad sobre el de conductas pro-sociales o de cooperación (Bonino, 2005a). En cuanto a las relaciones sentimentales por parte de los varones, estas se determinan por la dominación y la independencia, lo que representa otro contraste de la masculinidad; en el fondo hay una profunda dependencia socio-emocional y afectiva de la pareja (Jenkins, 1990; Bosch & Ferrer, 2013b).

El Precio de los Privilegios

Si bien los ideales, privilegios y mitos que giran en torno a la masculinidad y estructuran la subjetividad de los hombres (Bonino, 2005b) tienen consecuencias innegables sobre las mujeres, los hombres no están exentos de los efectos negativos de un modelo de masculinidad que les implica carencia de empatía y analfabetismo emocional (Bosch & Ferrer, 2013b; López, 2013). Las características adquiridas durante la socialización, en aras de llegar a ser un “hombre de verdad”, favorecen la contención de emociones supuestamente femeninas, las cuales son reemplazadas por otras consideradas masculinas como la ira, el rencor y la competencia. Ello empobrece su capacidad de diálogo y el reconocimiento de sus sentimientos y los de su pareja (Bonino, 2005a), asimilando que la forma más sencilla de resolver las dificultades en la vida de pareja es mediante la violencia.

La autoestima del hombre hegemónico aparece así como un constructo bastante inelástico que se fundamenta en aspectos como la homosociabilidad, el éxito laboral, la masculinidad por oposición a lo femenino, el rol de seductor, la sexualidad exacerbada, la capacidad de mando, el rol de proveedor y de cabeza de hogar. Cuando el valor del hombre como sujeto se encuentra en lo que hace y no en lo que es, cualquier amenaza real o imaginaria que pueda romper su equilibrio tenso, despierta gran temor y representa una herida en la estima propia (Jenkins, 1990; Clare, 2002). Los estereotipos inalcanzables y los cambios en las relaciones de pareja derivados de la creciente autonomía de las mujeres, son incompatibles con los ideales machistas y marianistas e impiden el cumplimiento de las expectativas de control que dotan de sentido la identidad del hombre tradicional (Bosch & Ferrer, 2013a, 2013b). La dureza exterior protege así

de la vulnerabilidad interna, dando lugar a lo que Bonino denomina *patología de género masculino* (2000), quien advierte que optar por formas alternativas de masculinidad, también tiene un costo para los hombres en una sociedad machista, pues tanto sus pares como las mujeres pueden censurar y sancionar tales disidencias; de ahí la resistencia interna y externa a las relaciones equitativas (Bonino, 2004).

Esta coraza sumerge a la masculinidad hegemónica en el mutismo y la evasión, tanto en la dinámica de pareja como a nivel subjetivo. Habitualmente, después de los episodios de maltrato, el hombre que violenta a su pareja experimenta sentimientos dolorosos que no sabe cómo enfrentar, tales como culpa, compunción o vergüenza. La inhabilidad para gestionar las emociones además de los parámetros externos al sujeto, que legitiman el uso de la violencia como recurso en la resolución de conflictos, influyen en los mecanismos de huida y evitación. Esto limita su participación en la intimidad y en la familia, acota su capacidad de reflexión frente al impacto sobre la víctima y de asumir la responsabilidad sobre sus actos, razón por la cual cualquier iniciativa de cambio se ve frustrada en poco tiempo (Jenkins, 1990).

Otro obstáculo se presenta a la hora de buscar ayuda, ya que los varones son dados a padecer enfermedades crónicas por ser renuentes a buscar ayuda médica o psicológica (Clare, 2002). Un claro ejemplo se da en referencia a las enfermedades de transmisión sexual o las patologías de próstata, y es común que los hombres depositen en las mujeres la responsabilidad sobre el cuidado de la salud sexual y reproductiva, dado que para ellos es una afrenta a su virilidad (Héritier, 2007; Badinter, 1994). En la misma línea, se encuentran también los hombres que encabezan las cifras por muerte violenta y suicidio (Ramírez, 2005).

Además de los riesgos están las pérdidas: el estilo de vida y prioridades de un hombre apegado a estos estereotipos, le impiden disfrutar de las prebendas femeninas del campo emocional y afectivo; los cuales deberían ser asumidos realmente como privilegios que, de compartirlos, le llevarían al crecimiento personal y a hacer de sus hijos e hijas personas más felices e integrales (Clare, 2002). Tal el caso de la paternidad, un ejercicio que desde el modelo hegemónico de masculinidad se limita al sustento económico y moral de la familia. Quizás el desgano derivado del modelo de género tradicional que envilece las labores de crianza, la inmersión en un modelo

económico y laboral extenuante que no da espacio para otras vivencias, además de la resistencia femenina a ceder el protagonismo en los cuidados como producto del instinto del amor materno mistificado, contribuyan a las resistencias de los hombres a replantearse su papel. Se necesitan por tanto, más estudios referentes a la importancia del papel del padre en la formación de hombres y mujeres que actúen con equidad, que trasciendan los estantes académicos y formen parte de las políticas públicas, así como un mayor número de referentes positivos de masculinidad que motiven a asumir la co-responsabilidad de las labores domésticas y de crianza, y ayuden a los varones a comprender que pueden ser hombres sin ser violentos (Bonino, 2008; Ariza et al., 2015).

Un aspecto capital a la vez muy problemático es la sexualidad, la cual gira en torno a mandatos de género que condicionan la masculinidad al desempeño sexual. Las creencias acerca de los impulsos sexuales incontrolables, incluso el mito de la violación que supone el disfrute de la mujer aunque esta se resista, forman parte de las justificaciones a las que suelen apelar los abusadores. También las que limitan el placer compartido y disfrute de un erotismo no necesariamente genital, que paliaría los efectos ocasionados por disfunciones sexuales (Héritier, 1997; Clare, 2002).

Relaciones de Poder, Dominación y Resistencia

La violencia como herramienta de dominio en la vida de pareja, en estos casos, suele formar parte de la estructura de la relación desde su simiente. El contexto anterior sobre la construcción de la masculinidad nos permite observar desde otra perspectiva las relaciones sentimentales de los varones, muchas de las cuales son alimentadas por los mitos sobre el amor romántico y los mandatos de género (Bosch & Ferrer, 2013b), que sucumben ante la realidad: dos personas que cargan con historias familiares disímiles, que sienten, piensan y perciben el mundo de forma diferente. Según Bourdieu (2000), para que la interacción violenta se convierta en el medio de dominación por excelencia en la relación de pareja, previamente ambos agentes han de haber introyectado las normas de comportamiento del orden social, destinadas a garantizar el posicionamiento del varón. La relación dominador - dominado y todo lo que ello conlleva, da lugar a las

interacciones asimétricas en la pareja, cuyos componentes parten del orden de lo simbólico y actúan como potenciadores de la violencia física, sexual, moral y psicológica.

En esta dinámica la pareja comparte “los mismos instrumentos de conocimiento” (Bourdieu, 2000, p. 51) derivados del orden social binario de oposiciones, el cual determina el deber ser de cada género, de las relaciones que entre ellos se establecen y, por ende, cuál de los dos debe ocupar el puesto de mando en la relación de poder:

Si para las mujeres se espera pasividad, cuidado, renuncia, entrega, sacrificio... para los hombres tiene mucho más que ver con ser el héroe y el conquistador, el que logra alcanzar imposibles, seducir, quebrar las normas y resistencias, el que protege, salva, domina y recibe (Bosch & Ferrer, 2013b, p. 114).

Dichos parámetros condicionan las elecciones amorosas, razón por la cual el vínculo se establece desde un principio de dominación naturalizada y por tanto imperceptible, hasta que pasa de la violencia simbólica a violencias más evidentes. Ramírez (2005), como en general Bourdeau, consideran que estas relaciones están socialmente constituidas y son el punto de partida de la violencia masculina en contra de la pareja.

Muchas de las relaciones que devienen en violencia física, presentan estas asimetrías acompañadas de patrones de dependencia que dejan claros los límites de las relaciones de poder desde el comienzo. Pueden ser incluso aceptadas a partir de la adolescencia, cuando las jóvenes, socializadas para ello, ceden a las expectativas de control de su novio, quien toma las riendas de elecciones personales como el uso del tiempo libre, las amistades o la manera de vestir, dejando claras las condiciones para dar continuidad a la relación (Rodríguez & Rodríguez, 2009). Así las mujeres, incluso inconscientemente pueden contribuir a favorecer su propia dominación, conforme al conjunto de guiones de género, ideologías y valores en los que fueron socializadas (Ramírez, 2005; Vázquez, 2013). Las dinámicas relacionales no son estáticas, y aunque la asimetría de poder físico, social o económico esté inclinada a favor de los varones, las mujeres también establecen sus límites y tácticas de resistencia que modelan las acciones de dominio generando un “flujo poder-resistencia” (Ramírez, 2005, p. 376), u otras formas de posicionamiento en la relación. El término “flujo poder –

resistencia” se refiere a la interacción entre las estrategias frecuentadas por el hombre para dejar clara su posición de poder y las respuestas de la pareja que actúan como contrapeso ante dicho dominio, lo que el autor denomina “tácticas de resistencia”.

Ciertamente los cambios políticos y sociales alejan a las mujeres de los parámetros de feminidad que convienen al varón hegemónico. Los diferentes tipos de poder a los que ahora ellas acceden a través de la educación y el trabajo remunerado, se evidencian en las dinámicas de poder en la pareja produciendo una serie de crisis derivadas de las inseguridades y temores producidos en el contexto de la masculinidad hegemónica. Entran entonces en juego las resistencias por parte de los varones, que al carecer de elementos psicosociales para afrontar unos cambios que comprometen aspectos básicos de su identidad de género, como la autoridad incuestionable derivada del rol de proveedor, esgrimen la herramienta más rápida y eficaz de control: la violencia (Bonino, 2005a; Vázquez, 2013). Dado lo anterior, tanto hombres como mujeres deben ser formados en equidad de género, no solo porque son los que establecen las relaciones asimétricas de poder, sino porque a su vez son los principales socializadores de los niños y niñas que, entre tanto, continúan siendo bombardeados con mensajes contradictorios que los preparan para establecer relaciones de género asimétricas y posiblemente reproducir manifestaciones violentas en el futuro.

Desmantelando el “Destino Social”

La configuración de la masculinidad en relación con los escenarios y agentes socializadores constituye una suerte de destino social para los varones, como bien afirma Bourdieu (2000). La violencia como “práctica de género” (Ramírez, 2005, p. 371) no solo es un componente de la identidad de los hombres que introyectan el rol de macho pues buena parte de los varones que no se identifican como violentos, pueden ser cómplices silenciosos de los que sí lo son (Bonino, 2005b; Quiroz & Duque, 2009; Cárdenas et al., 2010).

Empero, dicha construcción no es impermeable ni se da a expensas del sujeto, quien la moldea de acuerdo a su experiencia, procesos de

aprendizaje y educación. Los varones, bien sea por la presión de las mujeres o por los procesos de filtraje, están generando cambios. Algunos positivos como aquellos que comparten las cargas domésticas, y otros de solapamiento, cuando refinan las técnicas de dominación. Estas modificaciones suelen ser lentas a nivel global, máxime cuando se trata de un orden histórico social de una doble naturaleza: una invariante, evidenciada en sus rígidas estructuras y otra de carácter dinámico, cuyas manifestaciones cambian según las culturas, los sujetos y los procesos históricos (Héritier, 2007). Los varones no son, pues, objetos pasivos de un orden social que moldea su psique y su expresividad sin mediaciones o negociaciones, ni están enteramente predestinados por los mandatos de género que han ordenado hasta ahora los caminos de las masculinidades y sus estrategias de dominación. En virtud de tal dinamismo, los hombres en tanto sujetos con capacidad de decisión y de cambio, pueden llegar a modificar sus patrones de comportamiento. Para ello es necesario que generen conciencia de las inadecuaciones, desventajas y costos de una masculinidad violenta, tanto en relación con su pareja como respecto de sí mismos, y comprendan que muchas de las características vedadas a los hombres y atribuidas a las mujeres, como en el caso de las emociones, no son inherentes a un género en especial sino a la humanidad misma. En términos de Ramírez, el varón no es sólo un “sujeto socialmente estructurado” que reproduce estereotipos mecánicamente, sino un “constructor social” (2005, p. 380), capaz de orientar y reorientar su inmensa capacidad creadora y co-creadora.

Repensando al “Victimario”

La forma más usual de denominar al hombre que violenta a su pareja es la de victimario, debido a su innegable ejercicio del maltrato. Lo mismo ocurre con el concepto de víctima, ambas condiciones determinadas por causa y efecto. Sin embargo, tales condiciones dejan de lado los procesos intrínsecos que dan lugar a la violencia como forma de relación. El problema está en las implicaciones discursivas de dichas palabras, que limitan a los actores a roles también estereotípicos: el hombre duro e implacable y la mujer pasiva que no posee estrategias asertivas de respuesta para la superación de la violencia.

El carácter dinámico de las relaciones entre los géneros nos lleva a la necesidad de reflexionar sobre la doble implantación de estereotipos, no solo los que corresponden a los roles de género sino a los que como investigadoras e investigadores hemos contribuido a estructurar. De acuerdo con Ramírez, este tipo de abordaje centrado en el individuo, deja de lado al “sujeto que encarna el mandato social” (2005, p. 372) y el proceso mediante el cual se gesta su identificación con la violencia. Este sujeto, fruto de un proceso inacabado que inicia con la infancia, forma parte de un proceso histórico-social y aunque ello no le resta responsabilidad sobre sus actos, sí da cuenta de que la masculinidad, tal como la ejerce, tiene unos costos para su vida, y para que replantee su posición subjetiva al respecto es necesario que también reciba atención tanto formativa como institucional. Así, como en el tema que aquí se trata, lo que gana la mujer que logra desvincularse del hombre violento, lo pierde la pareja siguiente de aquel, puesto que, cuando se ha introyectado la violencia como parte de la masculinidad, tiende a repetirse en ambos actores deliberada o soterradamente el mismo esquema de enamoramiento y proceso relacional, hasta que emerja otro proceso que les permita re-construir desde nuevos parámetros su masculinidad y su feminidad. Este principio es igualmente válido para los esquemas de violencia doméstica o abusos que se transmiten de padres a hijos de una generación a otra, en los que se hace pertinente romper el ciclo de repetición. De igual forma es menester visibilizar a los hombres que son maltratados por sus parejas, ya que las mujeres también son susceptibles de ejercer violencia (Clare, 2002; Pichón, 2013) y emplear estrategias de dominación de naturaleza patriarcal aprendidas, como manifestación del poder. Así también, los casos en que la violencia es ejercida de manera bilateral en la pareja (Puente-Martínez, 2016).

Las Políticas Públicas Internacionales a Favor de la Equidad de Género

Resulta pertinente revisar aquí los principales argumentos a favor y en contra relativos a la inclusión de los hombres en la construcción de una agenda internacional a favor de la igualdad de género. Los principales documentos sobre políticas públicas relacionadas, tales como la Convención de Naciones Unidas Sobre la Eliminación de Todas las Formas

de Discriminación Contra la Mujer, no suelen considerar a los hombres como grupo y rara vez discuten sobre ellos en términos concretos; sólo aparecen como trasfondo en estos documentos y mayormente se les señala como un grupo privilegiado frente al conglomerado de las mujeres en franca desventaja (Connell, 2015). Esta posición oficial ha servido para encubrir una diversidad de condiciones, intereses y problemas tras la idea de hombres, jóvenes y niños como un grupo –sólo en apariencia – homogéneo. La clase, la raza y las diferencias nacionales, regionales y generacionales, así como los énfasis en el abordaje de las problemáticas y los marcos legales estatales, atraviesan la categoría “hombre” y determinan que la distribución de las ganancias y los costos en las relaciones de género sean muy desiguales entre los mismos hombres.

El papel de hombres y niños en relación con la igualdad de género empezó a problematizarse en los debates de los años noventa y el cambio se hizo evidente en la Cuarta Conferencia Mundial Sobre la Mujer, celebrada en Beijing (1995). El párrafo 25 de la Declaración de Beijing comprometió a los gobiernos participantes a “alentar a los hombres para que participen plenamente en todas las acciones encaminadas a garantizar la igualdad”, haciendo énfasis en áreas específicas donde es necesario y posible que hombres y niños se involucren: socialización durante la infancia, educación, cuidado de hijos e hijas y trabajo doméstico, salud sexual, violencia de género y equilibrio de responsabilidades laborales y familiares. En la Declaración Política de la Asamblea General de Naciones Unidas del año 2000, se subrayó aún más la responsabilidad de los hombres.

Por parte de los hombres no hay consenso ni a favor ni en contra de la igualdad de género. De acuerdo con Holter (1997), una tercera parte de los hombres apoya el cambio hacia la igualdad, una tercera parte se opone, y una tercera se mantiene indecisa y/o neutra. El apoyo a las políticas de igualdad de género aumenta entre las generaciones más jóvenes y muestra más resistencias entre hombres de mayor edad, quienes equiparan la igualdad de género con amenazas a su identidad masculina y el ejercicio de poder que esta conlleva. Esta resistencia puede significar tanto una defensa ideológica de la supremacía masculina como de patrones culturales imperantes. No obstante, «cuando las reformas o las políticas de apoyo están bien diseñadas y dirigidas hacia el proceso cultural continuo de

cambio, el apoyo activo de los hombres a la igualdad de género se incrementa» (Holter, 2003, p. 126).

Connell (2015) ha identificado cinco razones por las que algunos hombres se han vuelto promotores de la igualdad y las políticas públicas de género. En primer lugar señala que los hombres no son individuos aislados, su calidad de vida depende en gran medida de la calidad de sus relaciones con otras mujeres (madres, pareja, hijas, tías, sobrinas, amigas, colegas, vecinas, etcétera); es decir, hay un interés relacional en la igualdad de género. En segundo lugar, el apoyo de los hombres a la igualdad de género conlleva la evitación de los efectos negativos o tóxicos que el orden de género tiene sobre ellos. Tercero, hay quienes consideran que apoyar políticas a favor del género es una forma de impulsar el bienestar de la comunidad en la que viven. Un cuarto argumento es que la flexibilización de los modelos de masculinidad tiene beneficios en la seguridad, pues las relaciones de género se vinculan causalmente con la militarización y la guerra. Por último, hay ocasiones en las que el apoyo a las reformas de género se derivan de sus propios principios políticos o éticos. En efecto, “muchos hombres alrededor del mundo se están involucrando en las reformas de género por las razones positivas aquí descritas” (Connell, 2015, p. 98).

En lo que se refiere a factores presentes en el escenario global Connell (2015) llama la atención sobre el neoliberalismo, la ideología económica dominante de nuestro tiempo, como una política de género indirecta, que ha contribuido al deterioro en la calidad de vida y posición de las mujeres. Y en cuanto a la violencia de género, las investigaciones sugieren que los agresores suelen tener posturas muy conservadoras sobre el papel de la mujer en la familia (Ptacek, 1998), argumentos que, sin embargo, se van renovando de forma activa para no perder vigencia y efectos concretos en las relaciones entre hombres y mujeres.

El debate sobre la manera como deben participar los hombres, jóvenes y niños en la construcción, implementación y avance de las políticas públicas y legislaciones a favor de la igualdad está abierto, y es un proceso politizado y de contrastes. En 2003, por ejemplo, la discusión de la Comisión sobre violencia contra las mujeres llegó a un punto muerto. En 2004, quedó claro que ciertas oenegés no estaban contentas con que el foco

de atención estuviera en los hombres y los niños, pues insistían que su papel era de perpetradores de violencia. No obstante se logró avanzar en una declaración política denominada “Conclusiones consensuadas”. En ellas se reafirma el compromiso por la igualdad de las mujeres y se reconoce el potencial de acción de hombres y niños. Este fue el primer acuerdo internacional de su tipo que trató sistemáticamente a los hombres como agentes de cambio en los procesos de logro de la igualdad de género y sentó las bases para discusiones futuras, al presentarla como un proyecto positivo para los hombres.¹

Conclusiones

De los imaginarios, subjetividades e intersubjetividades que giran en torno a la identidad de género depende en gran medida el tipo de relaciones de poder que establecen mujeres y hombres, así como los mecanismos de afrontamiento y eventual superación en las situaciones conflicto. La configuración de la masculinidad, así como la violencia de los varones contra la pareja, forman parte de un proceso relacional en el cual la violencia empleada como herramienta de coerción y sumisión, es un fenómeno que va, con mucho, más allá del acto. Para comprenderlo es importante dirigir la mirada al perpetrador e intentar comprender los sistemas de creencias, valores y vivencias que median en sus relaciones interpersonales, entendiendo que dichos constructos parten de un orden social estructurado y articulado para reproducir y mantener la asimetría entre los géneros.

Este artículo resalta la importancia de contextualizar la violencia contra la pareja y sus agentes, en el marco de los cambios socioculturales y políticos que modelan las prácticas sociales asociadas al género binario, en las cuales el poder se ejerce de manera relacional y el aprendizaje de dicho ejercicio a su vez genera nuevas dinámicas en la construcción de la civilización. Pese al ascenso social de las mujeres, estas continúan en desventaja frente la condición aún legitimada del dominio de los varones (Cazés, 2002). Se busca entonces dar continuidad a la reflexión de Ramírez (2005), la cual coincide con Jenkins (1990) en la necesidad de repensar al victimario, entendiendo que además de su condición proclive a la violencia, es un ser humano con capacidad de agencia, que puede comprender los

procesos y vivencias que motivan sus acciones sin justificarse en ellas. El desafío consiste en que los sectores institucionales y académicos desarrollen más investigaciones y proyectos que vinculen a los hombres y generen estrategias que les ayuden a franquear las resistencias que les impiden ver las consecuencias sobre la víctima, la familia y la sociedad, así como asumir su responsabilidad no solo sobre el acto violento, sino en la necesidad de emprender un proceso de cambio que les permita re-significar su masculinidad. Pero así mismo, que las mujeres puedan ser vindicadas y empoderadas por una educación que les posibilite visibilizar y superar desde estadios tempranos sus propias conductas en las que ellas mismas reproducen o aúpan estereotipos machistas en la sociedad y objetualizaciones de sí mismas, pero también indefensiones aprendidas, en el espacio de lo privado, el deseo y lo público, y en especial en la esfera y en la expresión de los medios masivos de comunicación y la Internet, lo cual requiere todavía de estudios más precisos.

Sin duda el trabajo para promover la equidad de género y la prevención y superación de la violencia, requiere una alianza entre hombres y mujeres, en especial frente a las determinantes socio-culturales abiertas y soterradas que impone la ideología económica dominante en el proceso globalizador. Hoy, aunque algunos grupos feministas se muestran reactivos a este tipo de alianzas y ven con mucho escepticismo la voluntad de cambiar por parte de los hombres, junto a estos grupos coexisten otros que defienden que las alianzas entre mujeres y hombres no sólo son posibles, sino indispensables (Connell, 2015). En definitiva, el proceso de cambio tanto personal como interpersonal y cultural para co-crear este nuevo futuro, requiere que la superación de la violencia de género involucre decisivamente a hombres y mujeres, pero en especial y desde un comienzo, la educación de los niños y las niñas.

Agradecimientos

Producto derivado de la tesis doctoral "Identidades masculinas y violencia contra la pareja. Un abordaje desde la perspectiva del perpetrador en Leticia - Amazonas", financiada por el programa AmaCiencias - Departamento de Amazonas.

Notas

¹ Un recuento de estas discusiones está disponible en el documento “El papel de los hombres y los niños en el logro de la igualdad entre los géneros” en:

http://www.un.org/womenwatch/daw/public/w2000/08-52641_Women2000_SP_FIN.pdf.

Referencias

- Ariza-Sosa, G. R., Gaviria, S. L., Geldres-García, D. A., & Vargas-Romero, R. (2015). Hombres cuidadores de vida: formación en masculinidades género-sensibles para la prevención de las violencias hacia las mujeres en Medellín. *Revista colombiana de psiquiatría*, 44(2), 106-114. doi: 10.1016/j.rcp.2015.01.005
- Badinter, E. (1994). *XY, la identidad masculina*. Bogotá, Colombia: Norma.
- Barrios, L. C. (2016). Alteridades de las masculinidades gay en el Departamento del Atlántico. *Justicia juris*, 12(2), 95-106. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5995418.pdf>
- Benítez, O. S. (2012). Otras masculinidades posibles: Hacia una humanidad diferente y diferenciada. *Recerca: revista de pensament i anàlisi*, 12, 87-112. doi: 10.6035/Recerca.2012.12.6
- Bonino, L. (2000). III. Varones, género y salud mental: deconstruyendo la “normalidad” masculina. En M Segarra & A Carabí (Eds.) *Nuevas masculinidades* (pp. 41-64). Barcelona: Icaria Editorial.
- Bonino, L. (2004). Obstáculos y resistencias masculinas al comportamiento igualitario. Una mirada provisoria a lo intra e intersubjetivo. En *Actes Séminaire international les hommes en changements dans une perspective d'égalité*, (pp. 177-180). Toulouse: Université Toulouse Le Mirail.
- Bonino, L. (2005a). La violencia masculina en la pareja. En B. Sichel & V. Villaplana (Eds) *Cárcel de amor: relatos culturales sobre la violencia de género* (pp. 98-101). Madrid: Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.
- Bonino, L. (2005b). Las microviolencias y sus efectos: claves para su detección. En C. Ruíz-Jarabo & P. Blanco (Eds.) *La violencia contra las mujeres: prevención y detección* (pp. 83-102). Madrid: Ediciones Díaz Santos.

- Bonino, L. (2008). *Hombres y violencia de género: más allá de los maltratadores y de los factores de riesgo*. España: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Bosch, E., & Ferrer, V. A. (2013a). Nuevo modelo explicativo para la violencia contra las mujeres en la pareja: el modelo piramidal y el proceso de filtraje. *Asparkia: investigación feminista*, 24, 54-67. <https://www.raco.cat/index.php/Asparkia/article/view/292174>
- Bosch, E., & Ferrer, V. A. (2013b). Del amor romántico a la violencia de género. Para una coeducación emocional en la agenda educativa. *Profesorado. Revista de Currículum y Formación de Profesorado*, 17(1), 105-122. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/567/56726350008.pdf>
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa. Feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Cárdenas, M., Lay, S. L., González, C., Calderón, C., & Alegría, I. (2010). Inventario de sexismo ambivalente: Adaptación, validación y relación con variables psicosociales. *Salud & Sociedad*, 1(2), 125-135. doi: 10.22199/S07187475.2010.0002.00006
- Cazés, D. (2002). El tiempo en masculino. *El Cotidiano*, 18(113), 58-70. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32511307>
- Clare, A. (2002). *Hombres: la masculinidad en crisis*. Madrid: Taurus Ediciones.
- Connell, R. W. (1995). *The social organization of masculinity*. Berkeley: University of California Press.
- Connell, R. W. (2015). *El género en serio. Cambio global, vida personal, luchas sociales*. México: Universidad Autónoma de México.
- Ferrer, V. A., & Bosch, E. (2016). Las masculinidades y los programas de intervención para maltratadores en casos de violencia de género en España. *Masculinidades y cambio social*, 5(1), 28-51. doi: 10.17583/mcs.2016.1827
- García, L. F. (2013). *Nuevas masculinidades: discursos y prácticas de resistencia al patriarcado*. [Master's Thesis]. Repositorio Digital FLACSO. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10469/6284>

- Héritier, F. (2007). *Masculino / Femenino II. Disolver la Jerarquía*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Hernández, O. M. (2008). Estudios sobre masculinidades: aportes desde América Latina. *Revista de Antropología Experimental*, (8), 67-73. Recuperado de <https://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae/article/view/1996/1744>
- Holter, O. (1997). *Gender, patriarchy and Capitalism: A social Forms Analysis*. Oslo: Work Research Institute.
- Holter, O. (2003). *Can men do it? Men and Gender Equality: The Nordic Experience*. Copenhagen: Nordic Council of Ministers.
- Jenkins, A. (1990). *Invitations to responsibility: The therapeutic engagement of men who are violent and abusive*. Adelaide: Dulwich Centre Publications.
- Lagarde, M. (1996). *Género y feminismo: desarrollo humano y democracia*. Madrid: Horas y Horas.
- López Núñez, M. I. (2013). La construcción de la masculinidad y su relación con la violencia de género. *Comunitania - Revista Internacional de Trabajo Social y Ciencias Sociales*, 5, 61-84. doi: [10.5944/comunitania.5.4](https://doi.org/10.5944/comunitania.5.4)
- Montesinos, R., & Carrillo, R. (2010). Feminidades y masculinidades del cambio cultural de fin y principio de siglo. *El Cotidiano*, 160, 5-14. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/325/32512766002.pdf>
- Novo, M., & Seijo, D. (2009). Aproximación psicosocial a la violencia de género: Aspectos introductorios. En F. Fariña, R. Arce & G. Buena-Casal (Eds.) *Violencia de género, Tratado psicológico y legal*, (pp. 63-74) Madrid: Biblioteca Nueva.
- Núñez Noriega, G. (2016). Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian? *Culturales*, 4(1), 9-31. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1870-11912016000100009&script=sci_arttext&tlng=pt
- Pichón, L. (2010). Violencia doméstica: hombres versus mujeres maltratantes en la ciudad de Barranquilla. *Revista Pensamiento Americano*, 4, 69-79. Recuperado de <https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/47365394>

- Pineda, J. (2008). *Masculinidades y feminismos. Violencia intrafamiliar en doble vía: negociando identidades masculinas*. Coloquio Internacional de Estudios sobre Varones y Masculinidades, Medellín. Recuperado de http://bibliotecadegenero.redsemlac-cuba.net/sites/default/files/09_RIAM_PDJ_MFV.pdf
- Ptacek, J. (1998). Why Do Men Batter Their Wives? En R. Kennedy (Ed.) *Issues in Intimate Violence*, (pp. 133-157). Newbury Park: Sage.
- Puente-Martínez, A., Ubillos-Landa, S., Echeburúa, E., & Páez-Rovira, D. (2016). Factores de riesgo asociados a la violencia sufrida por la mujer en la pareja: una revisión de meta-análisis y estudios recientes. *Anales de Psicología*, 32(1), 295-306. doi: [10.6018/analesps.32.1.189161](https://doi.org/10.6018/analesps.32.1.189161)
- Quiroz, F., & Duque, J. P. (2009). Subjetividad, identidad y violencia: masculinidades encrucijadas. *Universitas humanística*, 67(67). Recuperado de <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/2130>
- Quirós, W. P. (2013). La implementación de habilidades para la vida en el adecuado abordaje de los conflictos en hombres: Una perspectiva desde las nuevas masculinidades. *Revista electrónica Educare*, 17(3), 137-150. Recuperado de <https://www.scielo.sa.cr/pdf/ree/v17n3/a07v17n3.pdf>
- Ramírez, J. C. (2005). *Madeiras entreveradas - Violencia, masculinidad y poder*. México: Plaza y Valdéz.
- Rodríguez Díaz, F. J., & Rodríguez Franco, L. (2009). Relaciones violentas en el noviazgo adolescente. En F. Fariña, R. Arce & G. Buena-Casal (Eds.) *Violencia de género, Tratado psicológico y legal*, (pp. 87-120). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Sanfélix Albelda, J. (2011). Las nuevas masculinidades. Los hombres frente al cambio en las mujeres. *Prisma Social*, 7, 220-247. Recuperado de <http://www.isdfundacion.org/publicaciones/revista/numeros/7/secciones/tematica/pdf/08-hombres-frente-cambio-mujeres.pdf>
- Tjeder, D. (2008). Las misoginias implícitas y la producción de posiciones legítimas: la teorización del dominio masculino. En J. C. Ramírez & G. Uribe (Eds.), *Masculinidades. El juego de género de los hombres*

en el que participan las mujeres, (pp. 59-83). México: Plaza y Valdés.

- Thomas, F. (1997). *Conversación con un hombre ausente*. Bogotá, Colombia: Arango.
- Vázquez del Águila, E. (2013). Hacerse hombre: algunas reflexiones desde las masculinidades. *Política y sociedad*, 50(3), 817-835. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10197/10030>
- Viveros, M., Olavarría, J., & Osorio, N. J. F. (2001). *Hombres e identidades de género: investigaciones desde América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Viveros Vigoya, M. (2002). *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Viveros, M. (2016). Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes. *La manzana de la discordia*, 2(4), 25-36. Recuperado de http://manzanadiscordia.univalle.edu.co/index.php/la_manzana_de_la_discordia/article/view/1399/1506

Clarisa Martínez Bustamante, es Becaria del Programa AmaCiencias de Departamento de Amazonas de la Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia

Dra. Rocío Ivonne Quintal López, Investigadora Titular C del Centro de Investigaciones Regionales “Dr. Hideyo Noguchi” de la Universidad Autónoma de Yucatán, México

María del Carmen Amarís Macías, Docente-investigadora en el Departamento de Psicología de la Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia

Contact Address: Direct correspondence to Clarisa Martínez Bustamante, Universidad del Norte, Km.5 Vía Puerto Colombia, Área Metropolitana de Barranquilla, Colombia email: clarisam@uninorte.edu.co

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

A la Conquista del Cuerpo Equivocado

Elena Maria Gallardo Nieto¹

1) Universitat Rovira i Virgili, Spain

Date of publication: October 21th, 2019

Edition period: October 2019- February 2020

To cite this article: Gallardo Nieto. E.M. (2019). A la Conquista del Cuerpo Equivocado. [Review of the book]. *Masculinities and Social Change* 8(3), 332-333. doi: 10.17583/MCS.2019.4770

To link this article: <http://dx.doi.org/10.4471/MCS.2019.4770>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CC-BY).

Reviews (I)

Missé, M. (2018). *A la Conquista del Cuerpo Equivocado*. Barcelona: Egales - Artiñano.

Miquel Missé is a Catalan sociologist and trans activist, reference in Spain and more specifically in Trans activism centered in Barcelona since the 2000's. His contribution to LGBT and Trans studies in Spain has been central to the theorization and defense of Trans Depathologization and the advocacy for trans rights. In addition to his academic work as a researcher at Vic University, he is a trainer and independent public policy consultant for gender and sexual diversity, as well as the promotion of a diverse and critical trans culture.

His work has contributed to the trans critique to pathologization medical narratives and the call for the diversification of trans theories and embodiments. His last book, titled *To the conquer of the wrong body*¹, follows the biomedical narrative of the “wrong” trans body and draws on the discomfort provoked by this essentialising cis-narrative of the trans body. This one goes beyond theorization of structural cisnormative violence by breaking with the reasoning that relates trans identity to bodily suffering and ‘gender dysphoria’². Mainly, he reviews Trans Theory for the visibilization of gender as a socio-cultural norm that crosses and affects every body and human being, with different intensity depending on their gender belonging and context.

In the first chapter biologist and medical theorizations around the trans bodily suffering and gender dysphoria, developing into the narrative of the “wrong (trans) body,” the main object of his essay. Additionally, Missé searches for meanings and the origins of transgenderism outside biomedical theories, reflecting on the system of (cis)gender identities. The second chapter focuses on the popularization of trans activism in Spanish culture

2019 Hipatia Press

ISSN: 2014-3605

DOI: 10.17583/MCS.2019.4770

during the 2010's. More specifically, it points at the "Trans Visibilization" (101) milestone in media and social assimilation of its radicalism. Besides, he reflects on and question the lack of solutions and strategies to accompany trans children when suffering body acceptance, the most mainstream issue regarding transgender activism. The last chapter aims at a transgender ethic of the body based in questioning the social gender structure, instead of understanding practices of body transformation as the only destination for trans bodies. Focusing on how the structure provokes pain and suffering problematizes the structure and not the individual (trans)bodies, shifting guilt and pain towards the cis-gender system. Missé finalizes this essay brilliantly by acknowledging other possible trans experiences and offering the book as a space to face contradictions and painful experiences in trans lives.

Trans Studies and activism shakes gender foundations in contemporary debates and points at how gender as a power system impacts all of us, regardless of the gender we identify with. Missé is proposing new ways to think about masculinity outside the essentialization of the cis-male body. His work becomes an example of how Trans Theory generates a common and critical ground where masculinities can be made from alternative embodiments and attributes, such as trans, non-conforming, and intersex experiences. His book shows how masculinity can be performed through doubts, acknowledgments, emotionality, and recognition – attributes systematically detached of the 'strong' male identity - of trans masculine experiences, building on the review of hegemonic cis-masculinity.

Notes

¹ Original title: *A la Conquista del Cuerpo Equivocado*

² I refer to 'gender dysphoria' as the medical category and psychiatric diagnosis that recognise trans bodily suffering and allows access to certain medical treatments for body transformations (more in: [Missé, 2018, p.24](#)).

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

Using Self-other Differences to Predict College Men's Willingness to Intervene: Assessing the Moderating Effect of Masculine Gender Role Stress

Josep Maria Canal Barbany¹

1) Universitat Rovira i Virgili, Spain

Date of publication: October 21th, 2019

Edition period: October 2019- February 2020

To cite this article: Canal Barbany, J.M. (2019). Using self-other differences to predict college men's willingness to intervene: Assessing the moderating effect of masculine gender role stress. [Review of the book]. *Masculinities and Social Change* 8(3), 334-335. doi: 10.17583/MCS.2019.4771

To link this article: <http://dx.doi.org/10.4471/MCS.2019.4771>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CC-BY).

Reviews (II)

Rice, F. (2017). *Using self-other differences to predict college men's willingness to intervene: Assessing the moderating effect of masculine gender role stress*. Long Beach, CA: California State University,

La bystander intervention es una estrategia de prevención de la violencia que ha sido reconocida internacionalmente por su efectividad. En la siguiente tesis se hace especial hincapié en ella pero relacionándola con la predisposición de los hombres jóvenes universitarios a implicarse en la prevención de la violencia. En este sentido, se introducen conceptos interesantes que actúan como variable para entender si afectan en la intervención o no intervención de los hombres. Entre estos conceptos se encuentra el Masculine Gender Role Stress (MGRS) que se entiende como la ansiedad que sufren algunos hombres cuando su masculinidad se está cuestionando.

Es interesante observar como el autor de la tesis pone de manifiesto la investigación existente en el ámbito de la prevención de la violencia en educación superior vinculándola con la construcción de la masculinidad. En este sentido, se evidencia la existencia de resultados que constatan que los hombres son menos propensos a intervenir, siguiendo el patrón de la bystander intervention, cuando existe acoso o violencia hacia las mujeres en los campus universitarios. Las explicaciones que se utilizan para dicha propensión se relacionan con la internalización de las conductas sexistas e hipermasculinas dentro de los círculos de amistad masculina. Desde otra perspectiva teórica a la que se hace referencia en la tesis, la teoría de las normas sociales, se argumenta que la intención de los hombres puede estar afectada por la percepción que tienen alrededor de esta problemática. En otras palabras, el hecho de pensar que los otros hombres no analizan las situaciones de acoso como violencia.

2019 Hipatia Press

ISSN: 2014-3605

DOI: 10.17583/MCS.2019.4771

Con todo este conocimiento, el autor lleva a cabo una investigación con una muestra importante de hombres universitarios. A través de la recogida de datos llega a conclusiones interesantes vinculadas al estado del arte mencionado anteriormente. Sin embargo, introduce una nueva variable que es importante señalar: Self-Other Differences. Esta variable, desde su prisma más positivo, se entiende como aquella creencia en la que las personas suponen que otras personas responden a comportamientos problemáticos más que ellas mismas. De modo que para Rice esta creencia explica en gran parte también el hecho por el cual los hombres presentan una tendencia menor a intervenir ante este tipo de situaciones marcadas por acoso y la violencia. Sin duda, estamos ante una investigación que nos aporta evidencias significativas sobre las barreras existentes para la implementación de la bystander intervention. Partiendo de estos resultados se pueden plantear estrategias para tratar de prevenir dichas dificultades y abordar la socialización de género de las masculinidades en los entornos educativos.

Missé is a Catalan sociologist and trans activist, reference in Spain and more specifically in Trans activism centered in Barcelona since the 2000's. His contribution to LGBT and Trans studies in Spain has been central to the theorization and defense of Trans Depathologization and the advocacy for trans rights. In addition to his academic work as a researcher at Vic University, he is a trainer and independent public policy consultant for gender and sexual diversity, as well as the promotion of a diverse and critical trans culture.

Josep Maria Canal Barbany
josepmaria.canal@estudiants.urv.cat